

PAISAJES PARISIENSES

8075. — PARÍS. — TIP. GARNIER HERMANOS, 6, RUE DES SAINTS-PÈRES

MANUEL UGARTE

PAISAJES PARISIENSES

Prólogo de MIGUEL DE UNAMUNO

Epílogo de FRANÇOIS DE NION

PARÍS
GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

PRÓLOGO

Cuando acabé de leer el manuscrito de esta obra fuíme á contemplar campo abierto al cielo y por la luz de este bañado, paisaje libre, la llanura castellana, austera y grave, amarilla en este tiempo por el rastrojo del recién segado trigo. Era que me sentía mareado y oprimido; habíanme dejado los *Paisajes parisienses* de Manuel Ugarte cierto dejo de tristeza, de confinamiento, de aire espeso de cerrado recinto Quería respirar á plenos pulmones.

El título de esa obra es ya de suyo paradójico : *Paisajes parisienses*. Un recinto cerrado, en que las edificaciones humanas nos velan el horizonte de tierra viva, una ciudad parece excluir todo paisaje. Mas, en resolución ¿es

que hay barrera ó linde entre la naturaleza y el arte, entre lo que hace el hombre y lo que al hombre le hace? A los que me dicen que van en busca de naturaleza huyendo de la sociedad, suelo decirles que también la naturaleza es sociedad, tanto como es la sociedad naturaleza. Ciudad, portentosa ciudad, no de siete, como Tebas, sino de infinitas puertas, de henchidas viviendas, de enhiestas torres berroqueñas, de vastas catedrales en que sostienen bóveda de follaje columnas vivas, ciudad es lo que llamamos naturaleza, y á su vez selvática selva, selva de savia rebosante es cada ciudad. Puede, pues, hablarse de paisajes parisienses.

El único reparo que á la congruencia entre el titulo y el contenido de esta obra pondría es que se habla en ella mucho más del paisanaje que del paisaje parisiense, no la descripción de lugares, como del título podría esperarse, sino el relato de hechos y dichos de los que los habitan es lo que la constituye. Más aún así y todo ¿no se refleja acaso en el paisanaje el paisaje? Como en su retina, vive en el alma del

hombre el paisaje que le rodea. Y aún es mejor presentarnoslo así.

Porque hay dos maneras de traducir artísticamente el paisaje en literatura. Es la una describirlo objetiva y minuciosamente, á la manera de Zola ó de Pereda, con sus pelos y señales todas, y es la otra, manera más virgiliana, dar cuenta de la emoción que ante él sentimos. Estoy más por la segunda. « Era un prado que daba ganas de revolcarse en él » ó como dice Guerra Junqueiro :

Pastos tão mimosos que quizera á gente
Transformar-se em ave para os não calcar.

El paisaje solo en el hombre, por el hombre y para el hombre existe en arte. No censuro, pues, el que titulándose *Paisajes* la obra de Ugarte apenas figuren estos más que como decoración ó fondo de las animadas figuras.

Los paisajes de este libro son grises, otoñales, desfallecientes, de amarillas hojas arrastradas por el viento implacable al pudridero, paisajes de un solo rincón de bosque ciudadano, vistos

á una sola hora, á una sola luz, de una sola manera. Porque estos *Paisajes*, lo he de declarar, y sin reproche, son monotonos, monocromos; la misma nota en ellos siempre, cascada nota que suena á hueco. Una nota triste, de arrastrada melancolía, una nota que parece surgir del cementerio del viejo romanticismo melenudo y tísico. Sus alegrías parecen fingidas y forzadas, sus risas suenan á falso.

Una vez más la bohemia, las grisetas, los estudiantes, los pintores, las aventuras amorosas fáciles; Mürger de nuevo. Confieso que es un mundo al que no han logrado llevarme la atención, ni que logra convencerme. Por esto mismo he leido con calma el libro de Ugarte, con empeño por dejarme penetrar de su espíritu, á ver si consigo de una vez gustar el encanto que para otros tiene tal mundo, el espectáculo de esos pobres mozos « estragados por la bebida y la lectura, que cultivan la úlcera de la vida bohemia, con la esperanza de arrancarle el extraño pus de una nueva modalidad ». Tampoco esta vez me ha conmovido la bohemia. No sé si adrede

ó á su despecho, pero lo cierto es que me resulta haber escrito Ugarte un libro de edificación moral, un sermón contra la vida de bohemia.

Mas después de todo, tratándose como se trata de un jóven muy jóven ¿qué importa lo que Ugarte nos diga, la letra de su libro, el resultado de su esfuerzo? Lo interesante es el alma que en él ha vertido, es la música de su obra, es el intento de su esfuerzo. Es para mí la suya una voz más, una voz más de esta juventud inorientada mejor aún que desorientada, occidentada más bien. Uno más que viene por su « jornal de gloria » gloria que es « eco de un paso » — son suyas ambas expresiones — para desvanecerse luego, primero en muerte, en olvido al cabo, al correr de días, meses, años ó siglos. Uno más á la pelea por la sombra de la inmortalidad, ya que perdimos la fé en su bulto, por la perdurabilidad del nombre, del *flatus vocis*, ya que no creemos en la sustancialidad del alma; uno más inficionado del erostratismo que á todos nos corroe, del mal del siglo; uno más que aspira á que se cierna su nombre sobre el despojo de

su vida; uno más que nos ofrece su « provisión de ensueños para combatir la vida » á cambio del jornal de gloria para combatir el espectro de la muerte. ¿Quién rehusa ser padrino de la criatura de un compañero así de ilusiones y vanidades?

Lo que estas páginas te ofrecen, lector, son cuadros de miseria en que el trato sexual forma el acorde de fondo. No el amor, no tampoco la sensualidad, ni menos la pasión, porque todo aparece aquí friamente pragmático, como en un cronicón medieval, con tenue colorido en las frases. Son unas relaciones sexuales que parecen regidas por un código, no por consuetudinario menos rígido ni menos frío que otro código cualquiera. Hay cosas atroces como las razones por las que María que « amaba de verdad á Berladún » se entregó con repugnancia al primer desconocido « para poder ir al día siguiente con la frente alta, en la seguridad de que ya era mujer ». Pocos códigos más atrozmente rígidos, más de esclavos, que el código consuetudinario que semejante cosa decretase.

Me complazco en creer que tal artículo no existe, que lo hecho por María obedeció á otros móviles más humanos, al hambre acaso, ó que no amaba de verdad á Berladún aún cuando ella misma creyese otra cosa. Su ocurrencia me sabe algo á literatura *pour épater le bourgeois*.

Las figuras que por aquí desfilan, gesticulando al recitar su recitado, parecen sombras chinescas, sin carne ni sangre, ni nervios, ni músculos, sin apetitos apenas, sombras que en el tablado repiten las contorsiones y muecas que les enseñaron, atentas á una liturgia estrictamente formulada. Una opacidad y languidez enormes las envuelven. Si es así ese París debe de ser bien triste, á pesar de sus carcajadas, sus risas y sus besos, carcajadas, risas y besos que parecen responder á acotaciones del papel de la comedia, carcajadas, risas y besos de teatro. El tal París debe de amodorrar al alma con sus dibujos de Steinlen y sus estrofas de Rictus; parece una ciudad de almas cansadas, de donde huyera la espontaneidad para siempre.

Todo esto, la opacidad, la languidez, la mono-

tonía, la sombra-chinesquería, todo esto deja una impresión honda, la impresión que me llevó luego de leido este libro, á respirar aire libre á plenos pulmones, á restregar mis retinas con la visión reçonfortante de la austera y grave llanura castellana.

En medio de esta pesadilla acompasada y opaca incidentes de una amarguísima realidad viva, no teatral, como el de la niña de los anteojos en *Una aventura* y sobre todo en *Graveloche* aquel pobre hombre que « corría perseguido por otros, como una bestia, cruzando entre los carruajes y atropellando á los transeuntes, mientras los que venían detrás de él gritaban : ¡ á él ! ¡ á el !... ¡ es el ladrón ! El fugitivo se abría paso entre la multitud, con los ojos fuera de las órbitas, latigueado por el miedo. Y el grupo de perseguidores acrecía, se multiplicaba, se convertía en ejército, clamoreando su insulto, sin saber siquiera si había robado. Bastó que álguien lanzára la acusación terrible, para que todos hicieran coro, felices de hincar la garra en la víctima. Nadie se preguntaba las

circunstancias del robo. Nadie trataba de asegurarse de que el robo existía »... Aquí se pone de manifiesto uno de los más bajos instintos humanos, el instinto policíaco, tan bajo como el instinto judicial. Y ¡aquel pueblecito de tísicos de *Los caídos!* Hay, por otra parte, un *Sevilla en París* que será, en efecto Sevilla en París puesto que no es Sevilla en Sevilla; una Sevilla de teatro traducida al francés, una Sevilla tan genuina y castiza como aquella sevillana que en 1889 encontré en la Exposición, una sevillana de ancha carota rubia, con su mantilla de madroños, y que hablaba el castellano con un horrible graseo de las erres y un acentuadísimo acento francés.

Mas lo que sobretodo me llama la atención en este nuevo peregrino de la literatura, en este mozo que viene por su « jornal de gloria » es la inventiva para la frase; es su característica. Aquí leereis : masticar besos; espolear carcajadas; cascabelear una alegría delirante, ó bien risas; borbotear risas; caracolear frases dudosas; trompear canciones; mariposear la tentación

de un beso; la lengua alegre de un estudiante que campanea: ¡presente!; bailar alegrías con los labios; bufonear amores; relampaguear el placer, chisporroteando besos; hilar palabras en una conversación incesante y sorda; deshojar margaritas de porvenir; hincharse los labios para el beso... ¡y que sé yo cuantas más! Lo de « una carcajada hueca galopó bajo la noche » es pura y exclusivamente francés. Algo de forzado á las veces en tales frases, hay que reconocerlo, como en la de aquel reló que « afectaba cierto sadismo » y « desangraba lentamente los minutos ». Y expresiones vivamente gráficas como cuando Mauricio « daba manotadas sobre sus convicciones para no perder pié » mientras la embriaguez « era un anteojo que ponía los objetos á su alcance y le permitía masticarlos hasta arrancarles la savia ».

En la metáfora propende, y es propensión reveladora de mucho, á apoyar lo concreto y real en lo abstracto é ideal, lo definido en lo indeterminado, como si el mundo de la abstracción nos fuese más inmediato que el

mundo de la realidad concreta objetiva. Así nos habla de « una franja de cielo oscuro, invariable, como una pincelada de dolor sobre una vida » de « un tragaluz que se abre sobre un patio como una ambición sobre un imposible » de que « el poeta levantó los ojos como dos reproches » ó de que « las panteras se paseaban como instintos en una cárcel de voluntad ». Porque si decís que los instintos se revuelven en la cárcel de la voluntad como panteras en sus jaulas, el proceso psíquico de la metáfora es el directo y corriente. Esta manera inversa es reveladora de mucho, lo repito; puede servir de señal típica con que conocer á un escritor. Es el síntoma más característico de la peculiar manera que de ver los paisajes parisienses tiene Ugarte: él nos explica aquel tono de triste teatralidad de que hablaba.

El lenguaje... esto exigiría todo un tratado en que me explayase sobre las faltas y sobras de este lenguaje que hasta cuando es correcto parece traducido del francés. Un lenguaje desarticulado, cortante y frío como un cuchillo,

desmigajado, algo que rompe con la tradicional y castiza urdimbre del viejo castellano; un lenguaje de ceñido traje moderno, con hombreras de algodón en rama, con angulosidades de sastrería inglesa, con muy poco de los amplios pliegues de capa castellana, de capa en que embozarse dejándola flotar al viento, sin rotundos períodos que mueren como ola en playa. No lo censuro; todo lo contrario.

Esta tarea revolucionaria en nuestra lengua, con sus excesos y todo — ¿qué revolución no los trae consigo? — hará su obra. La prefiero á la labor de marquetería, cepilleo y barnizado de los que aspirando á castizos por castigar el estilo castigan al lector, como decía *Clarín*. Lo he dicho muchas veces, hay que hacer el español, la lengua hispano-americana, sobre el castellano, su núcleo germinal, aunque sea menester para conseguirlo retorcer y desarticular al castellano; hay que ensancharlo si ha de llenar los vastos dominios del pueblo que habla español. Me parece ridículo el monopolio que los castellanos de Castilla y países asimilados

quieren ejercer sobre la lengua literaria, como si fuese un feudo de heredad. Ni aún la anarquía lingüística debe asustarnos; cada cual procurará que le entiendan, por la cuenta que le tiene. Roto el respeto á la autoridad de una gramática autoritaria y casuística á la vez, cada cual verterá sus ideas á la buena de Dios, según la gramática natural, en el lenguaje que más á boca la venga, y todas las divergencias que de aquí surjan entrarán en lucha, serán eliminadas ó seleccionadas éstas ó las otras, se adaptarán al organismo total del idioma á la vez que lo modifiquen aquellas, é irá así haciéndose la lengua por dinámica vital y no por mecánica literaria, por evolución orgánica, con sus obligadas revoluciones y crisis, y no por fabricación mecánica. Cuando empiece en España á conocerse cientificamente la lingüística y no en abstracto y muerto, sino en concreto y vivo, es decir aplicada á nuestro propio idioma, cuando se generalicen los conocimientos respecto á la vida y desarrollo de este y de cómo lo hablan los que no lo escriben y cómo lo escriben los

que apenas lo hablan, entonces se sabrá para que puede servir el artefacto ese de la gramática y para que no sirve, y que es tan útil para hablar y escribir el castellano con corrección como la clasificación de las plantas de Lineo lo es para aprender á cultivar la remolacha, el cáñamo ó el olivo.

Cuenta que no defiendo los galicismos que algún purista podrá contar en este libro; ni los defiendo, ni por ahora los censuro. Me limito á hacer observar que formas hoy corrientes fueron galicismo ó italianismo ó latinismo en algún tiempo, y que prefiero una lengua espontánea y viva, aún á despecho de tales defectos, á una parla de gabinete, con términos pescados á caña en algún viejo escritor y giros que huelen á aceite. El criterio en cuestiones estas de estilo, corrección de lenguaje y *buen gusto* (*! !*) ha sido siempre para mí el más claro signo de espíritu progresista ó retrógado. Tendré siempre á un Hermosilla por un reaccionario redomado aunque se nos aparezca más liberal que Riego y renegando de todo Dios y todo roque. Vuelvo á

repetirlo, una de las más fecundas tareas que á los escritores en lengua castellana se nos abren es la de forjar un idioma digno de los varios y dilatados países en que se ha de hablar y capaz de traducir las diversas impresiones é ideas de tan diversas naciones. Y el viejo castellano, acompasado y enfático, lengua de oradores más que de escritores — pues en España los más de estos últimos son oradores por escrito — el viejo castellano que por su índole misma oscilaba entre el gongorismo y el conceptismo, dos fases de la misma dolencia, por opuestas que á primera vista parezcan, el viejo castellano necesita refundición. Necesita para europeizarse á la moderna más lijereza y más precisión á la vez, algo de desarticulación, puesto que hoy tiende á la anquilosis, hacerlo más desgranado, de una sintaxis menos involutiva, de una notación más rápida. La influencia de la lectura de autores franceses va contribuyendo á ello, aún en los que menos se lo creen.

He aquí porqué me parece la presente obra una obra de alguna eficacia en el respecto lin-

güístico. Revolucionar la lengua es la más honda revolución que puede hacerse; sin ella la revolución en las ideas no es más que aparente. No caben, en punto á lenguaje, vinos nuevos en viejos odres.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, julio de 1901.

(Todo libro es, en su primera elaboración mental, un manojo de apuntes que el autor coordina y dispone después, hasta fundir la obra. Pero á veces se adivinan los puentes de palabras con que han sido reunidos los islotes de ideas... Cuando el operador no es diestro, vale quizá más renunciar á la forma oficial y presentar las escenas en su sinceridad de orígen. De ahí la falta de unidad de estos paisajes, que — sea dicho al pasar, — no traen la pretensión de formar un libro. Son simples notas de transeunte, reunidas por la casualidad en un racimo de incoherencias, — ... como en la vida. Unamuno que, desde su punto de vista, ha dicho los defectos con cierta rudeza amistosa, me perdonará que invada su jurisdición y complete su prólogo con esta advertencia.)

PAISAJES PARISIENSES

I

LA GARÇONNIÈRE

Estamos en un pequeño saloncito atestado de libros y dibujos raros, en un entresuelo del barrio Monceau, á la hora del crepúsculo. Hay cortinas japonesas, tibores chinos, ediciones microscópicas de Venecia y pebeteros de Siam. Sobre la chimenea, parece bostezar un retrato de Byron; en las bibliotecas se amontonan muchos libros cuyas páginas no han sido cortadas; y sobre una mesa cubierta de revistas y periódicos, reina un enorme dios de porcelana china que ofrece el tabaco rubio y las pipas turças. Nada falta para realizar la *banale mise en scène* de un rastacuero de las artes que

arruga la literatura como una corbata y afirma que la poesía es un *sport*.

El thé humea. Por las cortinas de seda verde se filtra una luz agonizante que parpadea en los vidrios. Y la media docena de *snobs* (viejos *snobs* de cincuenta años, reunidos allí como en una resurrección de antiguas elegancias), siguen hilando una conversación monótona, hundidos en los sillones de piel, junto á la chimenea, fumando cigarrillos.

Hablan de la mujer y la consideran como mueble *modern style*. Solo conciben — como Prevost, ó Abel Hermant, — la eterna criatura insignificante que satisface la curiosidad de beber un dedo de Jeréz en la *garçonnière* de los amigos de su marido.

La conversación se anima. Las frases son confidencias. Y entre el humo de las palabras, como en un florecimiento de perversidades, las muñequitas que viste Paquin pasan friolentas, envueltas en sus abrigos de chinchilla, dispuestas à desnudarse entre dos luces, en alcobas *laqué blanc*, consumando la infidelidad por capricho, como se muerde una fresa.

Los *snobs* recorren sus vidas y evocan las mujeres y los besos. Sus amores fueron *bibelots* de Sèvres que olvidaron sobre la chimenea y que el

criado rompió una semana más tarde. Las sensaciones han dejado recuerdos lejanos y extremadamente imprecisos, como prenociones de ideas anteriores á la vida. Queda la memoria de los hechos, pero se han borrado los perfiles. ¿Cómo recordar la fisonomía de aquellas dos locas Pierrettes que, en una cena de Mardi-gras, en un comedorcito particular del entresuelo de Maxim's, se desabrocharon el corpiño, bebieron champaña á grandes sorbos y, después de haber arrugado sus trajes sobre el canapé, partieron con la aurora, sin dejar una cita, ni un indicio, como dos apariciones misteriosas?

Al conjuro de las voces, desfilan, cogidas de la mano, todas las bellezas pasadas, formando con sus desnudeces un corro enorme y bullicioso que se pierde entre las nubes, como las guirnaldas de bailarinas en el *plafond* de los teatros.

¿Donde está la extrangera de hermosos cabellos negros, que llevaba un descote escandaloso en el conocido salón de *placement* del *faubourg* Poissonnière y á quien álguien creyó encontrar después en una fiesta de la princesa Matilde? ¿Y la rusa imperativa y locuaz que se posesionó de París en tres días y á quien se regalaron carruajes solo porque mostrára las medias de seda?

La media luz gris en que naufraga el saloncito

se hace cada vez mas ténue, como una idea que se olvida. Es inverosímil que haya llegado á interesarse en algo, esa media docena de cadáveres elegantes, que gesticulan, fumando cigarrillos. Han visto y saben de memoria todo el horizonte que su inteligencia les permite percibir. Están aburridos de todo. No les queda pasión ni sentimiento que arrojar á la hoguera de la curiosidad... Pero han encontrado un medio de seguir calentando sus vidas. A la hora del crepúsculo, en el misterio de la *garçonnière* donde tantas mujeres han dejado algo de su espíritu, evocan los amores pasados, los cortos amores de una semana ó de un més y reviven, condensada en una hora, toda la voluptuosidad de muchos años.

Si aquellas mujeres tornáran á sonreirles realmente con el *frou-frou* de sus enaguas de seda, no se creerían tan felices: la evocación tiene excitaciones de espejo para esos organismos degenerados. Y se reunen allí, todos los días, de cuatro á siete, para realizar, conversando, su lujúria mental, hasta que la noche les sorprende deshojando mujeres artificiales en aquella atmósfera de invernáculo.

II

BULLIER

Hay varios modos de conocer una ciudad. Besando á sus mujeres. Catalogando los trastos de sus museos. Y errando por sus calles.

Los que vagan, de noche, al borde del Sena con las manos y los pensamientos metidos en el bolsillo y se inclinan sobre el parapeto para ver pasar los vapores-omnibus que se deslizan silvando sus aires burgueses, descubren casi siempre, bajo la luz amarilla de un brazo de gas, la mancha negra de un grupo de hombres que gesticulan.

En medio del corro hay un cadáver que acaba de ser robado á las aguas por un marinero. Es un suicida. Un enamorado más de los ríos...

Las contradicciones se anudan en parejas inverosímiles. Y el transeunte que no puede olvidar

la visión del cadáver del ahogado, atraviesa una calle alegre y, llevado casi por la multitud, se encuentra, de pronto, ante las puertas de un baile. Es *Bullier*. Como la vida es la eterna reedición de una antítesis, el curioso está habituado á no asombrarse ante las ironias del destino. Nada mas humano que dejar á la puerta el recuerdo del suicida, — y entrar.

En la sala llena de luces y colores vivos, se alzan olas de conversaciones libres que hacen caricatura con las palabras. Al rededor de una mesa, entre el humo, se encuentran por casualidad media docena de transeuntes, que han dejado también su suicida á la entrada.

Se repiten fórmulas inciertas sobre el tema del día.

(Cuatro modistas que se invitaron para una fiesta y que, después de encerrarse en un desván, encendieron un brasero y se burlaron por última vez de la vida, leyendo novelas de Paul de Kock.)

— De haberme invitado, — dice una mujer que está en la misma mesa, — yo habría sido de la partida.

Todo esto trunco, incongruente y borroso, como en un sueño.

De la sala se alza un rumor alegre que parece un espasmo. Los grupos bailan en el centro. Al

rededor de las mesas hay racimos de caras muy blancas.

Encendemos las pipas y escuchamos la conversación de los vecinos. Dos recien llegados se presentan mútuamente, esforzando risas interiores :

El mas alto es un pintor que trabaja quince días al año y come cada cuarenta y ocho horas. Ha hecho sobre la caída de Satán un cuadro rojo, que todos admiran, colgado en la pared de una taberna de Montmartre.

El mas rubio es un periodista travieso que hace monigotes con las letras, para divertir al público de los bulevares. Todas las noches traduce su artículo en cerveza y tiene la rara habilidad de ganar siempre dinero y no tener nunca un centavo.

Richard es el pintor, Loupette el periodista y entre Loupette y Richard han descubierto el medio de neutralizar la desgracia y hacerla inofensiva, hasta el punto de reconciliarse con ella. Viajan en tercera, pero el viaje es corto. Por otra parte, les inquieta muy poco el mundo, para tomarlo en serio.

En otra mesa resuenan palabras duras. Una mujer y un hombre se disputan á voces, por un beso extraviado.

La orquesta apura cuadrillas. Una tristeza vaga flota sobre nosotros.

Por un acuerdo tácito nos levantamos y nos dirigimos hácia la puerta. En la calle, volvemos á cargar con nuestro suicida. Y nos alejamos en silencio, por aceras llenas de sombra, sosteniendo á una mujer borracha que nos pregunta, señalando la luna : —¿Qué hay dentro de ese globo?

III

LIBROS VIEJOS

Por la ribera izquierda del Sena, junto à los murallones del río, donde instalan sus almacenes los vendedores de libros viejos, se pasea todas las mañanas un hombre extraño de ojos apagados y lento andar, que se detiene á cada instante, urga en todos aquellos polvorientos archivos de la imaginación, y se aleja siempre mal humorado, siempre triste, como si persiguiera algo que no encuentra jamás.

Curioso por saber lo que buscaba, reuní cierta vez todas mis osadías en elház de una pregunta equívoca y le dije :

— ¿ Quizá acechamos la misma obra ?

Sus ojos parecieron desperezarse para abrir los párpados; me interrogó con su mutismo; y, alejándome un tanto de la ola de compradores de ocasión, me habló misteriosamente :

— Los libros son almas y son cuerpos. Todos esos tomos que están apilados sobre las estanterias, han tenido sus noches ensangrentadas de amores brutales y se han retorcido bajo las manos febriles de un hombre, que los ha arrojado después con desdén, sobre la carpeta de la mesa de trabajo. Todas las páginas guardan los rastros de esos apasionamientos egoistas : hay anotaciones, hay hojas rotas, y hay huellas de dedos nerviosos que han dibujado su impresión sobre la márgen blanca. Y yo busco un volúmen virginal, cuyo amante de una noche haya respetado todos los candores y todas las inocencias; un libro que haya sido leido sin cortar las páginas, en medio de un recogimiento místico.

— ¿ No es posible, — añadió, — no es posible aspirar el aroma de una flor, sin morderla ?

Y me contó una historia de amores juveniles. Una mujer seducida y abandonada. Un libro más en las estanterias de los mercadéres.

IV

FRAGMENTO DE UNA CARTA

« ... Llegamos á media noche. La estación estaba desierta y en la calle sombría se alineaban tres carruajes que aguardaban un último viajero. En el fiacre nos acurrucamos el uno junto al otro.

— Dirás que soy niña, — me dijo Matilde, — pero tengo ganas de llorar.

Cuando entró al hotel se enjugó los ojos. El mozo de servicio nos guió á lo largo de las escaleras, llevando en la mano una luz que proyectaba nuestras siluetas sobre el muro pintado de blanco. Todos dormían. Cerramos la puerta y Matilde se echó á llorar de nuevo. Quise hablar y me rechazó.

Entonces me alejé y abrí la ventana, sin saber lo que hacía. El viento que entró de golpe apagó la vela. Me puse de codos sobre el antepecho. La

noche era clara. Y me invadió la tristeza de aquella tranquila ciudad de provincia. ¿ Por qué lloraba Matilde ?

Las casas sombrías con sus muros ennegrecidos por las lluvias; las horas largas de la noche contadas por un reloj que palpita como un corazón y se queja con un lamento sin lágrimas; las torres de la Catedral caladas como un encaje; y las luces inciertas que bordean los muros, me impusieron una sonrisa dolorosa.

En el fondo de mis recuerdos de hacía seis horas, brillaba París, como una mancha de luz que se amenguaba gradualmente, mientras el tren corría por los campos, como una bestia rabiosa.

Al día siguiente supe el secrèto de Matilde. Ha nacido en esta ciudad. La abandonó á los quince años para seguir á un acróbata. Es una historia lamentable y vulgar que no quiero contarte.

Por las noches, cuando regresamos al hotel por las calles estrechas bañadas de luna, los relojes nos interrogan con sus ojos inmóviles, mientras acompañan con sus campanadas solemnes el último taconeo de los transeuntes retardados. Y á veces, al volver un callejón bordeado de casas tristes, solemos encontrar una pareja de

gente jóven que se habla al oido y se abraza con ternura, aprovechando los recortes de la sombra, en la soledad de las encrucijadas. Matilde dice que esa es su historia. Todos sus instintos corrompidos se han borrado desde que está otra vez en la ciudad donde nació. Las noches claras al borde del río, las oscuras callejas apretadas entre dos muros y las vastas llanuras bañadas de sol, la arrastran á confidencias inesperadas. Me cuenta sus crímenes de alma y me obliga á vivir en complicidad con el pasado. Mi hástío acrece por momentos. Somos dos versos sin rima. ¿Qué me aconsejas?

Por el camino que vá á la Bouille, entre dos verdes colinas coronadas de picachos y viviendas de pastores, hay, junto al borde del río, una soberbia casa de campo circundada de jardines y semioculta trás una cortina de árboles espesos, que estienden las ramas y las unen como chiquillos que se toman de la mano para jugar al corro en la plazuela de su pueblo. Durante nuestros paseos, nos detenemos á veces ante la gran empalizada que circunda la propiedad y recreamos los ojos en los enormes plantíos de rosas moras que se agrupan, á manera de colmenares, sobre la alfombra verde de las almácigas.

Es la huerta del *loco*. Por lo menos, así la

llaman las gentes del país. El mozo de labranza que me trajo la cesta de claveles rojos que encargué ayer en un caserío comarcano, me dijo que es un viejo doctor que hace experiencias de mágia. Ya adivinas la historia. Después de haber mordido en las asperezas del estudio y haber compilado la sávia de todos los textos, en el desenfreno de la curiosidad, de pié sobre el límite de lo averiguado, ha añadido escalas de hipótesis para salvar el infinito...

Pues bien, desde que Matilde ha oido la historia, tiene miedo del *loco*. No sabe que todos llevamos dentro del alma un loco desconocido que nos conduce. De no ser así, ¿quién la habría inducido á ella á abandonar la ciudad para seguir á un acróbata?

A veces vamos á la iglesia de Nuestra Señora del Buen Socorro, situada sobre una colina, en los alrededores de la ciudad. Frente á la iglesia hay un cementerio, á cuya entrada se alza una cruz enorme, donde sangra un Cristo de tamaño natural. Por los tortuosos caminos que se enroscan en la colina como lenguas de arena, suben grupos de agonizantes tan flacos y tan vencidos, que no se sabe si van á la iglesia ó al cementerio.

Les persigue un enjambre de mendigos sobre

los cuales parece reinar una vieja pequeña y encorvada que estiende la mano, cantando una copla antigua. Se dice que ha visto pasar dos generaciones de moribundos bajo la ojiva del templo y que sabe cuantos días de vida le queda á cada uno. Algunos la consultan. Y después de haber ganado ó perdido una esperanza, los desgraciados vuelven á bajar la cuesta, mientras el crepúsculo cae sobre el rio, las primeras luces de gas hacen brotar puntos amarillos en la ciudad lejana, y el Cristo continúa inmóvil, indiferente, como si no oyera los sollozos, como si desdeñára los llantos. Cuando Matilde vé pasar á los enfermos, que arrastran penosamente los piés, como si les venciera la fatiga, me aprieta el brazo y me dice : — Así va mi alma... »

V

BLANCHETTE

Aquella tarde había en Montmartre una fiesta rara: el carnaval de los pintores. Un cortejo alegre y bullicioso debía desfilar por los bulevares exteriores, en grandes carros simbólicos que representaban la Imaginación, la Locura, la Quimera y la Libertad. En la plaza Pigalle, subimos á una plataforma improvisada y alquilamos dos sillas.

Cuando las primeras fanfárrias y los primeros alabarderos, desembocaban trás los castaños de la avenida, Paul me sacudió bruscamente y me dijo :

— ¿ Quieres ver una muerta ?

Le interrogué con la mirada.

— Aquella, — insistió — la que está de codos sobre el antepecho de las tribunas, con un libro de versos sobre las rodillas.

Era una chiquilla pálida y flaca, vestida de blanco. Dos trenzas de cabellos lácios y rubios le caían sobre los hombros. Su cara demacrada tenía reflejos amarillentos ; su cuerpo era anguloso y escuálido ; y sus brazos se desplomaban, sin fuerza, sobre la falda, bajo la cual se dibujaban los huesos de dos piernas miserables. Parecía tener veinte años y parecía sobrevivirse. Era una muerta que andaba.

Nos miró con sus grandes ojos inmóviles y sonrió con una mueca.

— Perdón, — dijo Paul, adelantándose y tomando el libro que tenía sobre las rodillas.

Volvió las primeras hojas, leyó el nombre del autor y, devolviéndoselo con tristeza, añadió :

— Es veneno.

Y como en este encuentro adivinábamos una página de novela, no aguardamos á ver el fin de la *Vachalcade.*

Con un pretexto vago, salimos de la fiesta y nos sentamos en la terraza de un café.

La extraña mujer vino con nosotros y nos contó su historia, mientras humedecía el terrón de azúcar que debía endulzar su ajenjo.

Se llamaba Blanchette. No había conocido familia. A los ocho años vagaba junto á los murallones del río y entraba á los lavaderos á pedir limosna.

Cuando tuvo catorce, un pintor la recogió una noche de la acera y la hizo modelo. Y en esas horas muertas del taller, en la languidez de los días de sol, leía á veces libros raros. Conoció á todo el mundo artístico de París. Durmió unas noches en el desván miserable del poeta anónimo que llega de provincia y otras en el sofá del pintor famoso que la desnudaba para buscar los efectos de la luz sobre la carne. Se asimiló algo de aquel espíritu exquisitamente intelectual que respiraba á todas horas y, empujada por deseos desconocidos, se dió á frecuentar los sitios donde se reunen los hombres de arte. Dijo dos ó tres agudezas que hicieron reir y todos la trataron como á un camarada. Algunos llegaron hasta creer que tenía talento. Allí se enredó con un escultor muy jóven que murió seis meses después.

Para subrayar su luto, reanudó su vida pasada. Todos la vieron otra vez respirando con dificultad la atmósfera pesada de las tabernas. Estaba tísica. Tosía con una tós incómoda y su carne amarilla no encontraba aceptación sobre el diván de los talleres. Entonces hizo canciones que se cantaron en los *cabarets* con éxito mediocre. Después se dedicó á leer, buscando libros enfermos como su carne y su espíritu. Pero su alma

era inquieta y no había encontrado todavía su ruta. ¿A donde iba?

Un pilluelo saboyano nos interrumpió. Vendía estátuas de escayola y se obstinaba en ofrecernos una Venus.

— Le traerá suerte, señora, — decía dirigiéndose á Blanchette, — ¡un franco, señora!

Ella le apartó con una mirada y continuó la conversación. Pero como el saboyano insistía, Paul sacó un franco, le compró la estátua y la ofreció á Blanchette.

(Era el anochecer. Los obreros volvían de la fábrica encorvados bajo la lluvia. Algunos entraban á una taberna y bebían en silencio. Un hombre y una mujer se destacaron de los grupos y se hundieron en una calle oscura, hablando quizá en voz baja de una hija abandonada al nacer, trás el hueco de una puerta.)

Cuando nos separamos, pocos minutos después, como personas que están seguras de volver á verse muy pronto, Blanchette nos interrogó, acariciando la espalda de la Venus:

— ¿Me traerá suerte?

Y aquella noche la encontré en un café: estaba beoda.

Y dos días después me dijeron que había muerto.

Pero desde ese día no hemos vuelto á discutir con Paul sobre la miseria. El individualista de antaño, se ha trocado en humilde altruista. Y á veces, como si completara una historia que no me quiere contar, murmura para sí :

— Son las ignominias del hambre. ¿ Quién se atreve á condenarlas? Faltaba un pan ó sobraba una boca.

VI

EL FRIO

Los jardines públicos, las plazas y los desembarcaderos de los ríos, están cubiertos de nieve. La ciudad tiene un aspecto hostil. Grandes caravanas de harapientos peregrinan al acaso por las avenidas. Y los diarios refieren la aventura de los que, acosados como bestias, no se resignan á morir sin haber mordido.

Hoy es la historia de la mujer flaca, vestida de verano, que arrebata una cartera al transeunte; mañana el episódio del profesor desgraciado que sustrae un abrigo en un escaparate; y pasado, el drama de dos hambrientos que asesinan á un hombre para robarle el alfiler de la corbata.

El gendarme y el juez no amedrentan á nadie. Hay muchos que cometen el delito con el fin de dormir algunas noches bajo techo. Los asilos están colmados — y tratan de hacerse admitir en las prisiones.

Los paisajes de París son contradictorios. Los lagos del bosque de Boulogne se hielan á veces y se cubren de gentes felices que patinan envueltas en abrigos de pieles. Los carruajes aguardan al borde de la avenida y, como los jardines, los caminos y los árboles están muy blancos, todo parece dispuesto para una boda. Los caballos se impacientan y piafan, protegidos del frío por mantas gruesas que llevan coronas en las puntas. Las damas sa pasean con perros diminutos, de patas muy finas, que envuelven en mandiles de lana ó esconden en el hueco del *manchon*. Las parejas se anudan y se alejan sobre un pié, escribiendo geroglíficos con el patin sobre el hielo. Otros se calientan junto á los braseros, apurando vasos de licores finos. Y hay tanta felicidad en torno nuestro, que el paisaje parece primaveral, aún en medio de la nieve. Pero al caer la tarde, cuando todos se precipitan en tumulto hácia la ciudad, la avenida está llena de hombres pálidos y mal vestidos, que corren detrás de los carruajes, á riesgo de perecer entre las ruedas y se encaraman sobre los estribos, para ofrecer un ramo de flores y pedir una limosna.

Por las noches, los cafés se encienden y brillan con reflejos de oro. Al través de los vidrios empañados se ven mesas muy blancas, salpicadas

de luces de colores. Las parejas se despojan de sus abrigos y comen á boca llena, con grandes risas holgadas de gente sin inquietudes. La espuma del champaña rebosa y humedece los manteles. Las hermosas se vigilan en los espejos, ofreciendo labios muy rojos y manos llenas de diamantes. La música arrulla. Pero cuando los grupos salen, siempre les detiene una mujer andrajosa, con un niño en brazos, que estiende la mano sin llorar, porque se le han helado las lágrimas.

El frío subraya todos los contrastes. Los teatros rebosan de multitud curiosa. Se estrenan obras nuevas. Y el autor dramático que se retira triunfante, después de haber encantado á su público con un problema psicológico á la moda, encuentra, al entrar á su casa, un niño abandonado detrás de la puerta. El verdadero problema, que no es posible resolver con frases raras, ni giros de alcoba elegante, es el destino de ese desgraciado. Pero como parece haber huido la moda de sentir y como el público se enfada con el que interrumpe sus digestiones, el autor dramático vuelve la hoja de su día y reanuda al siguiente su eterno juego inofensivo de tejer intrigas al rededor de una muñeca de *boudoir*.

Que la nieve siga cayendo sobre los techos y

sobre las esperanzas. El sér humano se adapta á todo. Los que tiritan, acabarán por encontrar una extraña voluptuosidad en su tortura. Y no faltará un hambriento que grite, con el cuello en la guillotina: — ¡ Viva el frío!

VII

LA MUERTA

Para salir del café tuvimos que atravesar dos largas filas de mesas grises cubiertas de vasos semi-vacíos. Las caras de los beodos, las cabelleras rubias de las mujeres, los trajes de seda rosa y las barbas goteadas de licor, ondularon á nuestro paso.

Cuando llegamos á la puerta y recibimos la primer bocanada de aire fresco, oí una tós que se sacudía en accesos bruscos bajo la cáscara de un pecho de mujer. Un brazo débil se enlazó al mío para detenerme.

— Llévame...

Me volví. Era una mujercita menuda, coronada de cabellos negros, con dos ojos agostados y tristes y dos mejillas pálidas, aradas por surcos hondos.

La dije una banalidad para esquivarme y eché á andar por las calles oscuras.

Recuerdo que solo estaban abiertos los cafés y que por las puertas salía una luz dorada que se abría en abanico sobre la acera.

Dos noches después, en el mismo barrio de Montmartre, al subir une calleja empinada, divisé dos sombras, — un hombre y una mujer, — que luchaban bajo la luz de un farol, al abrigo de un recodo. Fué una escena rápida. La mujer cayó, lanzando un gemido y el hombre se perdió corriendo al volver la esquina. Cuando me acerqué, oí la misma tós que me había impresionado dos noches antes, al salir de la taberna.

Así que hablé, la mujer se irguió, bamboleándose, y una carcajada hueca galopó bajo la noche.

— Oye, — me dijo, apoyándose para no caer, — estoy borracha...

Los faroles rojos de un fiacre brillaban á lo lejos y se aproximaron oscilando, como pupilas de monstruo. Llegaron frente á nosotros y se detuvieron. La mujer se resistió. La levanté en brazos y la senté en el fondo del carruaje, sobre la banqueta verde. Luego subí trás ella, diciendo al cochero una calle y un número, — mi casa. El fiacre se deslizó sin ruido por las avenidas. Y

los dos nos miramos asombrados, con una interrogación muda que ninguno se atrevió á formular.

Cuando entré á mi cuarto, no alcancé á explicarme por qué estaba allí, con aquella mujer extraña que paseaba los ojos sobre los muros. La dejé caer sobre el lecho y me acurruqué sobre el diván. La noche fué larga. El reloj se lanzaba al asalto del tiempo, matando horas con sus dos manecillas que brillaban como puñales, pero afectaba cierto sadismo y desangraba lentamente los minutos.

De pronto, cuando el sueño empezaba á envolverme, la mujer abandonó el lecho y se sentó á mi lado, sobre el diván.

Estaba en camisa. Los muslos flacos temblaban bajo la seda y el pecho descarnado se estremecía bajo los encajes, con un silbido de fatiga. La tós seguía danzando en la garganta. Solo entonces tuve la visión de la realidad.

Un escalofrío de ternura relampagueó en mi alma.

— ¿Sabes por qué te he traido? — la dije, estrechando sus manos húmedas.

— ¿Por qué? — preguntó.

— Porque sabes toser así.

Y la conté una historia de mi juventud, de

mi niñez casi, una vieja letania lamartiniana donde había « paseos en los bosques », « amor imposible », « fantasma de la tísis », « noches de imsomnio », « un retrato », y « un manojo de claveles rojos ». Lloró como una niña y me contó, á su vez, otra historia donde había « amor sincero », « abandono », « un hijo », « despedida del taller » y « muchas lágrimas ». La luz del alba comenzaba á colorear los vidrios. Un frío desapacible se apoderó de nosotros.

— ¿Sufres? — le pregunté.

— Ya no tengo alma, — repuso; — soy una caja vacía.

Luego nos venció el sueño. Y cuando nos despertamos, á la hora de almorzar, el sol doraba los hierros del balcón. Ella se vistió perezosamente; yo acerqué el caballete á la ventana y me dispuse á pintar. Era un día domingo. Las calles estaban silenciosas. Las mujeres volvían de la iglesia buscando el borde de la sombra en las aceras. Había cierta misteriosa solemnidad en aquel día de estío, muerto en la mitad de su vida. La extraña mujer había puesto una pincelada de tristeza sobre mi juventud.

Mientras se colocaba el sombrero ante el espejo de la chimenea, me miró de soslayo. Yo la miré

también. No teníamos nada que decirnos. En una noche de fiebre, nos había juntado una crísis de imposible: la luz del día nos separaba. Pero nos dominaba una misma idea. Mientras ella se calzaba lentamente los guantes, buscando forma para decir : « ¿Por qué me voy? », yo apretaba los dientes para no gritar: « ¿Por qué no te quedas? »

Un mútuo movimiento nos separó.

— Adios, — me dijo, al trasponer la puerta.

— Adios, — repuse.

Y no nos volvimos á ver.

Dos meses más tarde, una mañana de otoño, álguien entró á mi cuarto muy temprano. Era un enfermero del hospital que traia un manojo de claveles y una carta. La carta decía sencillamente : « Es un recuerdo. »

Levanté temblando los ojos para hacer una pregunta, pero el enfermero me lo impidió con dos palabras :

— Murió anoche.

Y mientras el sol enfermo de otoño ensayaba sonrisas tristes ante los vidrios, me pareció ver un torrente de cosas desgarradas y sangrientas que se atropellaban, perseguidas por un hombre gordo que se llamaba : la Sociedad.

VIII

CARNES

(Una flor de bohémia nacida en el bulevar.)

— Vamos... — dijo él con rábia, — ¿ vienes ó nó ?

La luz amarilla del reverbero iluminó dos caras : una de alabastro, rodeada de búcles rubios y otra morena, militarizada por dos bigotes rizados.

La muchedumbre se hacinaba en la acera estrecha y se deslizaba con rumor de ola.

— ¿ Vienes ?

— Nó.

La cara enérgica se contrajo horriblemente; los lábios temblaron, escupiendo una palabra súcia. Era el hermano y era su deber. La cogió brutalmente por el brazo y la empujó.

— ¡ Vuelve á casa !... Tú no eres... (una palabra murió en los lábios).

— ¡ Déjame ! — gritó ella.

Frases sordas y ahogadas se entrechocaron en la sombra. Las manos robustas del soldado se crisparon en una amenaza.

Y la chiquilla echó á correr, entre la multitud. Su hermano la perseguía. Una ola humana la separó de él.

Cuando se vió en salvo, se detuvo. ¿Qué hacer? Estaba sola...

Vaciló, dió algunos pasos, volvió después sobre ellos y por fin, agitada, nerviosa, se precipitó sobre el primer carruaje de alquiler que halló á su alcance, abrió la portezuela y se encajonó en un rincón.

Luego, una cosa siniestra.

— ¿Á donde vamos? — preguntó el cochero.

— ¡Á tu casa ó á donde gustes! — gritó una voz ahogada de histérica.

Y mientras el carruaje cruzaba velozmente las avenidas, los nervios se desataron en un movimiento de laxitud. La que iba á ser mujer, se sacó el sombrero y abrió sus grandes ojos, desorientada.

(Entre dos luces.)

Sin dos ojos húmedos, que brillaban en el fondo de las órbitas rojas y sin un lábio pastoso y

colgante que se agitaba bajo los bigotes goteados de saliva, nadie hubiera reconocido un sér viviente, en aquella cabeza encorvada de viejo estúpido.

Las copas rodaban vacías. Las mujeres fumaban, reían y remangaban la falda.

La mas gorda, le cogió por las manos y le arrastró, dando tropiezos, por aquella escalera misteriosa que olía á perfumes acres. Los pasos se apagaron en la alfombra.

Al cabo de un rato, reaparecieron los dos; ella indiferente, abrochándose el corpiño, y él extenuado y sacudido por estremecimientos bruscos.

Al llegar á la puerta, la mujer le dirigió un insulto innoble.

Y aquella bolsa de huesos carcomidos, rió alegremente y se alejó esforzando el picoteo de sus pasos vacilantes y tosiendo con una tós sorda, mientras escondía su saliva espesa entre los pliegues del pañuelo.

(LA ALMONEDA DEL « PASSAGE DE L'OPÉRA ».)

Era un hombre jóven, que accionaba con desembarazo y clavaba los ojos con holgada superioridad.

Al entrar, dejó caer distraidamente el cigarro sobre el cenicero y se sentó.

En los otros asientos, había hasta media docena de hombres y mujeres que aguardaban. Pero una puerta entapizada se abrió enseguida y el jóven elegante atravesó el salón y desapareció por ella, mientras algunas cabezas salían de la sombra para verle pasar.

Cerró la puerta trás sí.

— ¿ Qué hay ? — dijo, imperioso.

En la penumbra de aquel gabinete estrecho y ahogado, apareció la cara amarilla de un hombre que respondió sonriendo :

— Nada, señor conde.

Fué una conversación rápida, á media vóz.

— Eres un estúpido; ... sabes que necesito dinero.

— Cinco millones, es mucho...

— Pon trés.

— Tampoco. No hay casamientos á ese precio. Ayer llegó una. Familia noble, seducida por un pariente, un hijo de tres meses : un millón doscientos mil.

— Es poco. ¿ Y los reconocimientos ?

— Nada. Muñecos de quinientos mil, de trescientos mil, hijos de burguesas... El señor conde no puede...

— ¡ Quién sabe ! ¿ Y la otra comisión ?

— Sí; trece años, rubia, va todavía al colegio. Mil francos.

— ¿ Retrato ?

El hombre le extendió una fotografía.

— Bien (arrojando un billete sobre la mesa), para esta noche.

Y el bandido blasonado abrió la puerta, atravesó el gabinete y bajó por la escalera oscura diciendo versos.

(PARA DIBUJOS DE STEINLEN Ó ESTROFAS DE JEHAN RICTUS.)

Una vieja amarilla y andrajosa, coronada de cabellos grises; un hombre macilento, enfermo y súcio, vestido de miseria; y un perro enflaquecido por las vigilias, arrastran un carretón cargado de desperdicios. El hombre se encorva, ensayando pasos penosos, con los brazos tendidos en un arranque para atraer las varas; la mujer empuja desde atrás, con sus manos manchadas de lodo; y el perro, jadeante, con la lengua fuera, ayuda también, tirando de una cuerda atada al collar.

Tres esqueletos bajo la llovizna.

Las calles, húmedas y angostas, pasan ante

ellos con la doble hilera de almacenes bañados de luz y las aceras estrechas, donde se entrechocan las gentes bajo un techo de paraguas abiertos. Se hallan desterrados en la propia ciudad natal.

Al llegar á una calle oscura, se detienen.

El hombre urga en el carretón y después de sacar algunos huesos y mendrugos, liberta al perro. Los tres se sientan en corro al borde de la acera, resignados á despistar el hambre. Al cabo de algunos minutos se levantan, se uncen otra vez el yugo y echan á andar de nuevo hácia los barrios donde anida la miseria. Van á vender alimento á otros más desgraciados todavía. Y esa carretada de mondaduras repugnantes, es el festin futuro de la ciudad de las lágrimas.

IX

UNA AVENTURA

(Cartán fué una de esas amistades dolorosas que la casualidad trae y la casualidad se lleva. No sé si ha muerto. Una noche nos dijo en el café que partía y le vimos alejarse, como una barca aventurera, con rumbo à mares desconocidos. Desde Holanda, nos envió á París el croquis de una aventura. Es la siguiente :)

« *S'Gravenhage, agosto* 27. — Era pequeña y nerviosa. Cuando la dirigí la palabra, articuló un « no », cortante, como un chasquido de látigo.

El tren corría por llanuras indecisas y borradas, plantadas de árboles pequeños y tajadas por canales brumosos, de aguas inmóviles, donde dormían las barcas. Era una eterna serie de puentes oscuros, arroyos grises y céspedes de un

verde húmedo, como manchas de vermellón sobre la arena. A lo lejos se erguían los molinos, con las aspas amenazantes, como si aguardáran la arremetida de un Quijote. Y un cielo súcio y espeso como el humo de una locomotora se desplomaba sobre las cosas, empapándolas de melancolía.

Veníamos de Rotherdam. Habíamos visto desaparecer por la ventanilla del wagón aquel hacinamiento de casas extrañas, que alzan sus techos agudos como las puntas del bonete de Erasmo. Estábamos solos. Ella se había acurrucado en un rincón del coche, con los ojos entrecerrados. Yo soñaba en frente, cortando las páginas de un libro.

El crepúsculo caía sobre los campos; el sol se hundía lentamente en el bosque; y en la media sombra del wagón, relampagueaban de tiempo en tiempo dos ojos azules, que me atisbaban por las rendijas de los párpados, creyendo no ser vistos.

Aquella mujer jóven y hermosa me inquietaba con su silencio. La dirigí la palabra una vez más. Creo que la dije una insignificancia sobre los canales. Ella movió la cabeza sin responder y cerró los ojos.

Cuando llegamos à S'Gravenhage, la ví alejarse entre la multitud, como un eco de algo que que-

daba vibrando en mí. ¿ Para qué seguirla? Me dejaba la ilusión de un poema no realizado y profundamente sentido. Solo son perfectas las obras que no han sido escritas. »

« *S'Gravenhage, agosto* 28. — Parecía que la noche era mas hermosa en aquel barrio pobre, junto al canal estrecho, encostrado de musgo. En las casas blancas y modestas brillaban las luces rojas de las lámparas encendidas. En las aceras jugaban y reían muchos niños, vestidos de azúl y de rosa, con las cabelleras sueltas y flotantes, como neblinas de oro.

De pronto, dos sombras blancas cruzaron ante mí, serpenteando sus vestidos : una madre con su hija. No sé por qué, pero adiviné que era mi compañera de viaje.

Corrí trás ellas y ellas debieron oir mis pasos, porque echaron á correr también. Fué una fuga loca, una persecución tenáz, por calles, pasajes y murallones, hasta que nos encontramos en el fondo de un callejón sin salida, sin saber siquiera por qué habíamos acelerado el paso.

Nos miramos en silencio. Ella, amedrentada, tomó á la niña en brazos y la apretó contra su cuerpo. Yo no supe que decir. La luz vaga de un farol, nos prestaba perfiles raros. Y había un

detalle : la chiquilla lloraba detrás de sus anteojos, mirándome con dos pupilas borrosas, como dos agonías. Entonces me arrebató un vértigo, acorté distancias, devoré razones y, apoyando mis ojos en los de aquella mujer misteriosa, le dije en voz baja : « ¿Me quieres? »

Ella se desasió, prolongando una sacudida y, desde lejos, huyendo, volvió la cabeza para contestar : « ¡Te ódio! »

« *Scheveningen, agosto* 29. — Scheveningen es una playa de baños á cuatro kilómetros de S'Gravenhage. Me alojo en un pequeño hotel alemán, lejos del centro, en un barrio de pescadores. He venido para olvidarla y la encuentro. Dos horas después de mi llegada, la ví pasar por la rendija de una puerta entreabierta. Ocupa un cuarto junto al mío. Solo nos separa un tabique de yeso. Su marido es un hombre grosero, de manos ásperas, un capitán de barco mercante.

No he comido en el hotel por no encontrarme con ellos en esa horrible mesa redonda de pueblo de mar, donde todos se manosean en una misma conversación vacía. No quería verla más ;... pero, sin poderme dominar, he acechado su salida desde una calle desierta y la he seguido. Su hija la acompañaba, asida á su falda, como si temiera

perderla. El marido quedaba en el café, bebiendo rón con los calafates.

Entrellovia. Las gotas caían dispersas y silenciosas, en medio de la noche, como lágrimas. El cielo oscuro y apelotonado, gravitaba sobre el mar. Un frío de invierno latigueaba sus ráfagas sobre la playa. Toda la vida de aquel pequeño puerto de pescadores invadido por la moda, se había refugiado en el casino, que resplandecía á lo lejos, con el incendio de sus luces, en una altura.

Fuí audáz por la primera vez en mi vida. Avancé, la cogí suavemente por el brazo y seguimos andando, — en silencio. Ella me había presentido. Solo se asombró la chicuela, que nos miró alternativamente, interrogándonos con el brillo de sus anteojos.

La luna pendía sobre el mar, como un disco de acero enmohecido. Llegamos hasta el borde de la playa, hundiendo los piés en la arena húmeda. Y la misma ráfaga de viento se llevó dos palabras. Una pregunta mía :

— « ¿ Mañana ? »

Y una respuesta suya :

— « ¡ Nunca ! »

« *Scheveningen, agosto* 30. — Hoy no he salido

de mi cuarto. Por una coincidencia extraña, mi vecina ha hecho lo mismo. He oido el rodar de las conversaciones. Su marido ha zarpado con un bergantin, muy de mañana. Será un viaje de cuatro meses. Y ella no ha llorado.

A las diez de la noche me asomé à mi balcón. Ella estaba también en el suyo, de codos sobre el parapeto. No nos dijimos una palabra y pasamos muchas horas con los ojos fijos en la luna, que fué subiendo, subiendo, hasta quedar enganchada en un pararrayo, como un corazón blanco atravesado por una flecha. »

« *Amsterdam, setiembre* 2. — No sé como decidimos el viaje. Fué algo superior á nosotros. Aquellas dos horas de ferrocarril en un compartimento atestado de viajeros, se hicieron muy largas. La chicuela dormía con sobresàltos nerviosos. Mi presencia la inquietaba desde el día anterior. ¿ Quién era aquel extranjero que se incorporaba á su vida? Y en su cerebro infantil debían rodar ideas confusas de peligro, porque me miraba con desconfianza y me evitaba siempre que podía.

Hoy nos encontramos á las tres, en una de esas viejas tabernas alemanas, situadas en sótanos húmedos y oscuros, con vídrios de colores y

muebles antiguos, donde los bebedores se pierden en la penumbra, somnolentos, como el medio ambiente en que están. Decidimos ir á Marken. Cuando bajamos en Monikendan, seguimos un camino estrecho, junto al canal y entramos al cementerio. ¡Pobre pequeño cementerio! Encerrado entre tres muros, lloraba la muerte con sus piedras oscuras y modestas, solitario y vacío, á la sombra de los árboles verdes. Apenas si cambiamos dos palabras durante todo el paseo.

Tres horas más tarde, regresamos á la ciudad, en una barca pescadora que se inclinaba sobre un costado, empujada por el viento. Era de noche. Cuando llegamos al dique, desembarcamos entre dos filas de marineros que fumaban la última pipa, sentados al borde de los murallones.

— ¡ Ah ! — dijo uno, chanceando ; — los maridos, al mar ; las mujeres, al amor.

Nos miramos sorprendidos. ¿Conocían nuestra aventura ?... Y nos separamos, con un « adios » entrecortado. Ella entró á la ciudad, y yo me quedé en el puerto, oyendo el bordonear de las aguas. »

« *Amsterdam, setiembre* 3. — Hoy á las diez de la noche nos sorprendimos en el balcón. Un

murmullo, un furtivo apretón de manos y una querella. Exigí la rosa encarnada que llevaba en el corpiño. Y como me la negó, una terquedad grosera me empujó á quitársela. Las manos crujieron en la lucha, los cuerpos se arquearon, y, de pronto, sin saber cómo, estalló un beso. Se enfadó. Y no sé lo que la dije; fué un vertigo: la cogí por la cintura, la obligué á entrar á mi cuarto y, en la sombra, me apoderé de todo su cuerpo, hundí mis labios en los suyos y la estrujé brutalmente, mientras ella desfallecía.

Nos desnudamos, más que con nuestras manos, con nuestros besos.

De pronto, una voz angustiosa gritó en la pieza vecina. Y mientras ella, amedrentada, recogía su ropa, la puerta se abrió de golpe, dos anteojos empañados por el llanto nos buscaron en la oscuridad y un grito terrible retumbó sobre nosotros:

— ¡ Madre !

Un hedor de vergüenza nos subió á la cara. No intentamos siquiera una excusa. Ella se alejó encorvada, con sus enaguas de blonda bajo el brazo. Yo me dejé caer sobre un sillón. Y, desde la puerta, toda rosa dentro de su camisita blanca, la niña me miró con encono,

abrumándome con una palabra inocentemente espantosa : « ¡ Malo ! »

Al día siguiente se recibió la noticia de que un bergantin había naufragado en la costa. La viuda y la huérfana partieron para Zandvoort donde las esperaba un cadáver. Y yo salgo mañana para Throndhjem con un nuevo peso de tristezas en el saco de los recuerdos... »

X

MENU PARISIEN

En un dibujo de Cheret, lleno de manchas alegres que desbordan sobre la cartulina, surge, de la confusión de los colores, la eterna silueta delicada, de ojos oscuros y labios sangrientos, que, envuelta en un torbellino de sedas remangadas, deja ver las medias de color de carne. Al márgen, estas estrofas :

Son tus labios, aunque jures,
Dos manojitos de fresas,
Para adorno de·marquesas
En sombreros Pompadures.

Son tus ojos, aunque llores,
Dos diamantes circundados
Por záfiros y encerrados
En estuche de rubores.

Son tus manos, aunque hieras,
Dos campánulas mecidas
Por inquietudes y huidas
De palomas mensageras.

Y es tanta tu distinción,
Que siempre serás tomada
Por la princesa enguantada
Que sale de su Trianón.

Ninguna cual tú en la villa
Con tanta gracia ha fingido
No ver que, cabe el vestido,
Mostraba la pantorrilla.

Ni nadie cual tú en amores
Supo, amorosa y discreta,
Recibir una tarjeta
Comprando un ramo de flores.

Cien veces he pretendido,
Cuando pasas, orgullosa,
Decirte que eres hermosa,
Pero nunca me he atrevido.

Porque no puedo olvidar
Que más de un hombre está preso
Por la mentira de un beso
Que no le quisiste dar.

XI

LA LLUVIA EN EL BOSQUE

En el café. Un relato, casi una confidencia, entre dos cigarrillos :

En los días en que me ahogo, cuando todo el hedor de la vida me sube á la garganta, suelo internarme en el bosque, como si abriera una ventana para respirar otros vientos. Son paseos solitarios, de una tristeza alegre que me reconforta. Cuando regreso á la ciudad, llevo provisión de ensueños para combatir la vida.

Aquella primera tarde de invierno, que era el prólogo de las nieves futuras, la despedida del sol, y el envejecer del año, sentí un deseo imperioso de renovar mis lágrimas y pasear mis recuerdos bajo los árboles de las avenidas húmedas y desiertas.

Cuando llegué al bosque, la lluvia caía en gotas menudas, clavando dardos blancos sobre la

superficie de los estanques, — estrellas sobre un cielo. Era algo así como un caer de humo gris que me azotaba el rostro y me empapaba los vestidos, envolviéndome en la vaguedad de una pesadilla dentro de la cual gesticulaban las cosas.

Los árboles parecían vivir una vida de pasiones como la nuestra. Los unos erguidos, como espadas, blandiendo su orgullo; los otros dispersos y desgajados, como almas en derrota; aquellos con hojas todavía, prolongando su primavera y su esperanza; estos desnudos y sombríos, tiritando un invierno moral; y los más, encorvados sobre el lago, en un empuje de suicidas, meditando el epílogo de su propio drama. Algunos parecían hacinarse en grupos y en corrillos, conversando y discutiendo, plácidos ó amenazantes, como si renováran antiguas querellas sobre el fondo de las cosas, mientras los demás se aislaban en una actitud meditativa ó se paseaban en parejas, hablando quizá de amores y arrancándose las hojas para probarse que se querían.

Un fraile jóven, — el único habitante de aquella soledad, — se deslizaba por los caminos estrechos, prisionero de sí mismo, leyendo un breviario. A veces se detenía ante los árboles.

Los nombres y las fechas tatuadas en los troncos parecían interesarle.

Es seguro que, desde el fondo de su renunciamiento, pensaba en todas las vidas que habían vuelto á rehacerse, desde que las manos trazaron, en un momento de entusiasmo, aquellos signos.

El bosque estaba triste. Los cisnes se deslizaban sobre los estanques, huyendo del surco que les perseguía. El fraile los acompañaba con los ojos y huía con ellos, hasta que extrañas voces de caminantes que pasaban muy lejos, le volvían á la tierra, haciéndole sentir el frío de la lluvia. Dos mujeres arrebujadas en gruesos pañolones, recogían, en un claro del bosque, las ramas que el viento había desgajado. Parecían simbolizar la miseria y el abandono, con sus caras de mómias y sus pasos lentos.... ¿Qué extraña analogia había entre ellas y las hojas secas y amarillas que se amontonaban sobre el césped y sobre los caminos, en grandes montones informes, como una nueva cosecha de cosas devoradas por la vida?

El cielo impreciso y cargado de nubes como un porvenir, parecía precipitarse sobre la tierra.

La noche caía, cabalgando sobre la lluvia, en sacudidas de sombra. Y el fraile pasaba á la

distancia, entrecortado por los troncos de los árboles y casi perdido entre las tinieblas. Quizá en su corazón, tranquilo como el lago, se levantaban inquietantes burbujas de recuerdos.

Lo cierto es que, como si huyera de algo monstruoso, ganó la avenida, hasta penetrar en la población. En la calle desierta, solo se oyeron sus pasos, que martillaron un instante, hasta ahogarse en la noche.

XII

PIERRETTE

Cuando se sentó á mi mesa, — con el vestido corto todavía y con los brazos desnudos, — entre el tumulto de las gentes que salían del café, yo estaba casi dormido, en un ángulo de sombra, junto al muro, con la pipa entre los dientes. Se sentó en silencio, como si fuésemos viejos amigos y cogió el paquete de diarios que yo había entreleido apenas. Eran hojas de su tierra, de su rincón de pasado, de su orígen de lágrimas quizá.

— Déjame, — me dijo, — que me repatríe.

Y comenzó á recorrerlos con una sonrisa vaga. Yo no la conocía. Había entrado á ese café por la primera vez, extenuado de cansancio, después de errar seis horas por aquella ciudad misteriosa, donde la vida terminaba á las diez de la noche.

— ¿Y como sabías?, — le pregunté.

— Los vi desde la escena, cuando cantaba, — repuso, haciendo un mohin, —¿tú eres también de allá?

La lluvia azotaba los vidrios. Las luces comenzaban á apagarse. Y sobre las banquetas rojas del café, solo quedaba una media docena de hombres, que aguardaban la salida de las mujeres, ante las mesas vacías. Recuerdo que conversamos mucho tiempo con los codos apoyados sobre el mármol, fumando cigarrillos. Me contó que en cinco años había recorrido todos los cafés-cantantes de Italia, entregándose á todos los públicos. Había acabado por cantar mejor en italiano que en francés. Y en el abandono de la conversación, me abrió todo el horizonte de su vida.

Vivía sola, completamente sola. Su corazón no admitía más que transeuntes de amor. Su existencia indecisa y borrosa evitaba todo arraigo, porque, como las flores del mar, se abandonaba á todas las corrientes. En esos cinco años de aventuras inciertas había codeado muchas llagas.

— Y estos entretelones de *beuglant*, — dijo, reconquistando su *argot* parisiense, — son siempre los mismos.

Cuando nos dispusimos á abandonar el café,

eran las dos de la mañana. La ciudad estaba muerta, bajo la luna. Pierrette se echó un ancho abrigo sobre las espaldas y salió sin cambiar de traje, arrebujándose para esconder el descote. Yo la acompañé, sin saber lo que hacía. Subimos á una góndola, nos acurrucamos en el fondo de la garita oscura como un feretro y nos deslizamos por los canales solitarios, mientras el remo daba acompasadamente sus manotadas sobre el agua y las casas pasaban ante nosotros con una monotonia desesperante.

Pierrette me habló del baile de Bullier, de su primer amante y de un hijo sin nombre, abandonado á la caridad oficial. Me dijo que su alma estaba en París, en el desván del estudiante que la había arrojado al arroyo. Luego nos encontramos en un cuarto de hotel. Y fué una noche macabra.

Al día siguiente, cuando me levanté á las seis para tomar el tren directo, Pierrette estaba borracha.

— Si vas á París, — murmuró sordamente, — vé á casa de Julio y róbale mi alma.

Los puentes estaban desiertos, bajo la tristeza de un día de lluvia. Venecia parecía agonizar. Y pensé en la innumerable cantidad de almas robadas, de almas sin cuerpo, que gimen su olvido en

el abandono de las grandes ciudades y en las dolientes caravanas de Pierrettes, que corren tierras y tierras con el pecho vacío, sin la esperanza de rehacer sus vidas y sin poder llorar, porque no tienen alma.

XIII

EL LOCO

En la oscuridad del cuchitril invadido por la sombra, el viejo carpintero veía á veces surgir una polvareda de historias viejas.

El fantasma de la mujer que le había abandonado, pasaba por su imaginación, con una mueca de desdén, riendo y cantando. Pasaba como una obsesión y huía, corriendo trás el placer, con los cabellos sueltos, el corpiño desceñido y los labios húmedos, calle abajo, calle abajo, hasta perderse en la noche.

Yo observaba el drama desde mi balcón, cuando apoyaba los ojos en los vidrios para ver pasar la vida. A la hora en que el taller comenzaba á poblarse de sombra y los muebles dibujaban siluetas vagas que parecían trepar por los muros para agazaparse en los rincones, el carpintero esforzaba una sonrisa para acariciar á un

chicuelo enfermizo de ojos muy grandes y muy abiertos. Era su hijo.

La historia fué corta. Desde mi ventana ví cuando el chiquillo cedió á la enfermedad, se echó en brazos del padre y murió, dándole un viejo abrazo prometido. Luego, el entierro miserable, que se perdió al volver la esquina, entre la indiferencia de todos. Y después, durante muchos días, el cuchitril cerrado y mudo, con un papel de bordes negros pegado á la puerta.

Fué un incidente que se olvidó muy pronto. Bastaron unos días para que todos se habituáran á ver la puerta cerrada. Pero, cuando al caer de una tarde lluviosa se abrió otra vez el tugurio, la primer vecina que se acercó á la puerta, retrocedió espantada.

El taller estaba atestado de ataúdes pequeños, de ataúdes para niños, de ataúdes negros de tela y de caoba, de pino pintado y de cedro oscuro, que abrían sus bocas vacías, aguardando la presa codiciada. Los cajones fúnebres se amontonaban en grandes pilas y avanzaban hasta la puerta, invadiendo casi la calzada y ofreciéndose al caminante con una sonrisa y un guiño que recordaban un desastre posible y un desenlace inevitable. Parecía que todos estaban pidiendo á voces su ración de carne tierna y brindando su estuche á

la podredumbre del cuerpo, con ademanes voraces de monstruos á la entrada de un bosque.

Ha pasado mucho tiempo y el carpintero no descansa. Su martillo sigue dando cabezadas sobre la madera, como una voluntad sobre un obstáculo. Cuando el sol declina y empiezan á brillar las luces trás los escaparates de las tiendas, abandona la labor y se sienta á meditar. Pero así que apunta el alba, vuelve al trabajo. Cuando los vecinos se acercan, les mira con ojos extraviados y les rechaza.

— ¡ Hay que trabajar ! — dice siniestramente.

Y sigue fabricando ataúdes pequeños, como si estuviera acechando el cadáver de todos los niños.

XIV

SEVILLA EN PARÍS

Durante la Exposición, Sevilla estuvo en París. La Andalucía al borde del Sena, que fué el sueño de Gautier, es una visión familiar que nos persigue.

La acera angosta. Los balcones con tiestos de flores. El aguador, en la calzada. En la esquina, el anuncio de los toros. Y de trecho en trecho, un hombre hablando por la reja. Se oye el taconéo gracioso de las mujeres que pasan. Sin verlas, las vemos : mantón sobre los hombros, flores en la cabeza, malicia bajo las pestañas y desenfado sobre los labios. Una que lleva flores encarnadas, las arroja con desprecio á los piés de un hombre que está á la entrada de una calleja. El hombre grita un insulto y abre la navaja. Dos guardias le detienen. Y las mujeres se pierden, riendo, al volver la esquina. ¡ Sevilla cabe en esa pandereta !

El café flamenco de París, tuvo el color local indispensable.

Sobre un fondo borroso, donde naufragan las bocanadas de humo, un baile de manchas de colores vivos, una orgía desenfrenada de rojos de sangre, verdes húmedos, azules de Niza y anaranjados Sevillanos. La luz eléctrica esparce una lluvia de claridad pesada, que pone albayalde sobre los rostros, y subraya los pliegues de las telas, como en los cuadros de los primitivos. En los muros sonrien oleografías hirientes y espejos empañados, donde las figuras se multiplican al reflejarse.

En el escenario solo se percibe, á primera vista, un entrevero de capas y sombreros cordobeses, una confusión de pañolones y peinetas, un jardín de labios rojos y cabelleras florecidas. Se habla mucho y muy fuerte, en explosiones de risas injustificadas y grandes chasquidos de palabras duras. Los cigarros huméan, la atmósfera se enrarece por instantes, las conversaciones se funden en un clamor de alegría, y la vida subterránea de aquel rincón de ciudad andaluza, sigue hilando perezosamente sus minutos y desangrándose en un baño tibio de voluptuosidades que cosquilléan.

Las *cantaoras* llevan vestidos de percal, ena-

guas almidonadas y mantones de fleco largo. Al compás de las palmas, sonriendo á los que ocupan las mesas más próximas y dedicándoles sus mejores sacudidas, baila una mujer, con los ojos entrecerrados en una falsa promesa. Sus movimientos son lentos ó rápidos, segun se desata ó se refrena el huracán de lujúria que hace de los bailes españoles un trasunto de las danzas orientales.

Al compás del zapateo contínuo que picotea bajo las faldas remangadas, el cuerpo ondula y se retuerce, ofreciéndose en la escala de todas las posiciones y desnudándose de los muslos al talle y del talle á la garganta. Los vestidos contribuyen á revelar las líneas, las manos aletean en giros graciosos, la cabeza desmaya en languideces intermitentes, la nuca tiembla bajo el cabello rizado y al compás brusco de los « ¡ Olé ! » y los « ¡ Anda chiquilla ! », se desenvuelve el poema de amor y de deseo que una mujer borda, con la simple ondulación de su carne, en la imaginación de un público.

¿ Quién no ha reparado en esa gitana de cuerpo ductil que sonrie en la sombra, asediada por tres nóvios que la ofrecen flores y dulces, corazones y heridas ? ¿ Cómo extrañar que un cronista enamorado la escriba lo siguiente, al dorso de un programa de concierto ?

Si hubo una riña y un duelo
Y una navaja enterrada
Por esa flor encarnada
Que sangra sobre tu pelo;
¿ Por tu sonrisa, qué hubiera ?
¿Qué, por tu boca encendida ?
Y ¿ qué, por esa atrevida
Mirada que es una hoguera ?

Tu más pequeño favor
Con vidas debe pagarse
Y hasta es justo improvisarse
Criminal por una flor,
Con tal de verte tranquila,
Junto al cadáver que queda,
Arrebujada en la seda
De tu mantón de manila.

Bien sabes que á nadie enoja
Dejar vagar la mirada
Sobre tu falda manchada
Por flores de sangre roja,
Porque ya está convenido
Que son esos lamparones
Un fleco de corazones
Al borde de tu vestido.

Y cuando te alejas, sola,
Con tu mirada salvaje
Oculta trás el encaje
De la mantilla española,
Desatas nuevos delirios
Y vas pisando engreída,
Sobre una alfombra florida
De capas y de martirios.

Y á la salida, cuando los grupos se desatan ó se anudan en parejas, los amantes de una noche ó de un beso, se juran eterno amor, porque son andaluces.

XV

BAJO LA LUNA

Oí un rasgueo de alas y me volví. Era la Musa.

— Oye, poeta, — me dijo. — Sé que eres el cantor desgraciado, y el peregrino del recuerdo; sé que en las noches de luna, vienes al bosque para ver danzar tus ilusiones sobre el césped y que después de haber saboreado la libertad durante algunas horas, te alejas lentamente, con tu libro de versos bajo el brazo, camino de la prisión, camino de la vida. Te he oido dialogar con las nubes errantes y con los árboles viejos, inquiriendo el secreto de la existencia, y no ignoro que en este banco donde te sientas amenudo á soñar, has ido dejando, uno á uno, tus cabellos negros y rizos, y que por cada cabello que has dejado, has ganado un surco en la frente. Te he sorprendido contem-

plando las estrellas, como si quisieras ensartarlas con los ojos y te he mirado con asombro, cuando crispabas los puños y los levantabas hácia el cielo. ¿Por qué sufres?

— ¿Yo?

— Sí.

— Es una vieja historia que solo te contaría en cambio de un beso.

— ¡Eres ambicioso!

— Y tú, esquiva.

— Cuéntamela; y después...

— Después dirás que nó. ¿Piensas acaso engañarme de nuevo? Me prometiste hace muchos años, una flor roja, de pétalos impalpables, que se abriría para mí y moriría con mi ausencia.

— ¿Y?

— La espero aún...

— Eres un niño, — me dijo; — ¿qué era esa flor, sinó un alma?

— ¡Ah!

(La luna se escondió trás un árbol, para escuchar mejor.)

— ¿No fué tuya esa alma?

— Sí.

— ¿No abrió sus pétalos para tí?

— Sí; pero murió antes de que yo me ausentára...

— Tu alma... tu alma la había abandonado ya.

— Es verdad, — murmuré desorientado; — ¿por qué no se podrá amar siempre á las flores rojas?...

— ¿Me cuentas tu historia? — insistió, sentándose en mis rodillas.

— ¿Me dás el beso? — repuse.

— ¡Tú primero!

— ¡Primero tú!

Y como pretendí robárselo, me rechazó bruscamente. La perseguí, huyó y corrimos, corrimos, hasta que se perdió en la selva...

Todas las noches me atisba, escondida trás el tronco de los árboles y así que la miro, echa á correr.

— ¿Me cuentas la historia? — grita desde lejos.

Y ya han pasado muchas lunas sobre esta reyerta. Ella alimenta el deseo de saber la historia de mis lágrimas, y yo el afán de robarle el beso que ha de hacerme inmortal.

XVI

LAS ALDEAS

Salimos de París y echamos á andar por el largo camino solitario, en medio de la noche azúl, diciendo versos alegres. Yo la dí un beso en los labios y ella se enfadó.

— Un audaz ladrón te invoca, para perdonar su exceso.

— ¿Qué ha robado?

— Solo un beso.

— ¿Y en qué rosal?

— En tu boca.

— Me dá tu crímen sonrojos...

— ¿No hay perdón?

— Eso recelo...

— ¡Lo hallaré!

— ¿Dónde?

— ¡En el cielo!

Y la dí un beso en los ojos.

La luna, molendera del tiempo y amiga de Pierrot, nos miraba desde lejos. Parecía una enorme moneda de plata puesta de canto sobre la tierra. Nos asaltó un deseo de acercarnos hasta ella, para humillarla.

— ¡Oye! — le diríamos, empujándola con el codo. — ¿Por qué nos mientes, vieja molendera?

A lo lejos, trás una espesa columna de árboles frondosos, brillaban dos luces que se destacaban sobre el horizonte oscuro. Era una aldea, uno de tantos caserios acurrucados en torno de un campanario y aislados en medio de la llanura.

La posada del lugar estaba escondida trás un viejo castillo, cuyas torres semi-derruidas parecían gigantes maltrechos, después de una batalla con la muerte. Nos alojaron en una habitación angosta que miraba al jardín. Un perro ladraba á lo lejos. Se oía la disputa de dos beodos, que jugaban al billar, en el piso bajo, y las voces del hostelero que intentaba imponer silencio. La luz de la bujía temblaba sobre el velador. Hacía frío.

Junto á la cama estaba un reloj enorme, que se lamentaba fatigado, como un obrero invisible que trabajára en la sombra.

Cuando dieron las doce, la casa cayó en un

silencio de muerte. Pero no pudimos dormir. Fugitivos y desordenados, como un ejército en derrota, pasaban ante nosotros los recuerdos, en grupos compactos que se empujaban. Iban vestidos de luto y tenían risas siniestras de sepultureros borrachos. Algunos se detenían ante mí y me saludaban. Pero los que venían detrás les obligaban á seguir. Unos abrían la boca, en una carcajada muda. Otros trataban de esconderse. Y el reloj continuaba agotando tranquilamente las horas, con la lentitud de un viejo bebedor de cerveza...

Entonces hubo un diálogo en voz baja.

— ¿Qué es olvido?

— Una virtud.

— ¿Qué son almas?

— Son desiertos.

— ¿Qué es la muerte?

— La salud.

— ¿Qué es tu boca?

— Un ataúd, donde yácen besos muertos.

— Si tus pasiones pasadas, son tus amores futuros, ¿por qué han huido tus miradas, como sombras asustadas, que se escapan por los muros?

— No lo sé.

— Guarda el secreto, pero dáme un beso.

— Mira, que los besos sin objeto, son crujidos de esqueleto, sobre lechos de mentira.

Cuando el día llegó, huyeron los fantasmas y nos pusimos de codos sobre la ventana que mira al jardín, soñando en una vida ausente.

En el cajón de una mesa, encontramos esta página comenzada, que un viajero desconocido había escrito quizá en una hora de insomnio :

« Hay espíritus mecidos por hondas perplegidades, almas austeras temerosas del mal y macizas de buenos deseos ; pero hay también carnes sin alma, vientres sin hombre. En la tranquila soledad de los campos, cuando me paseo al borde de la carretera, bajo los árboles amarillos de otoño, suelo pensar en el zagal de la vaquería de Palaiseau, un gañán espeso de estupidéz á quien he encontrado muchas veces junto al arroyo, haciendo pacer el ganado. Hoy está en la cárcel. ¿Por qué? Porque una noche al volver con su hija por el camino de Champlan, la forzó junto á una cruz, bajo el muro de un cementerio. Y ahora las vacas van solas hasta el arroyo, con su paso tranquilo de bestias mansas. »

Seguimos abriendo los cajones de los muebles vacíos de aquel cuarto de hotel por donde habían debido pasar tantas gentes. Un olor de cosas muertas se escapaba de todos los objetos

y, al tocarlos, nos parecía entrar en la intimidad de centenares de transeuntes que los habían rozado al pasar, durante una estadía de veinticuatro horas.

Una tristeza extraña nos invadió. Al salir de la posada sorprendimos un cuadro :

Sobre el cielo sin nubes, se destacaba un sol rojo que sangraba sobre los árboles. Los pájaros huían, presintiendo el rigor de las lluvias. El viento encorvaba las ramas, haciendo remolinos con las hojas secas. La campana del cementerio modulaba sonidos que eran versos de una estrofa que nadie entendía. El sepulturero aguardaba á la puerta, sacudiendo un manojo de llaves. Y por la avenida solitaria, avanzaba un grupo de gente vestida de negro que llevaba un cajón cubierto de rosas frescas. Sobre una corona, esta frase : *A mi hijo.* Y las hojas de los árboles caían como nieve amarilla sobre las cabezas descubiertas.

Mi compañera se apretó á mi brazo, como si tuviera miedo :

— Huyamos, — dijo, — de estas aldeas; son cementerios de almas.

XVII

LA ROSA ENCANTADA

Cuando oigo el lejano gorjeo de un piano que prelúdia amores de una primavera, me parece escuchar el relato de una historia. Las historias comienzan también, como las serenatas, con un arrobamiento de pasión y terminan con el tañido de una campana llamando á muerto.

En las horas vacías de la noche, cuando el invierno llora sobre París sus lágrimas blancas, es muy hermoso ceder á la imaginación y volver á pajarear por los campos del pasado. La ventana no deja ver, trás los vidrios goteados de nieve, más que una calle oscura, raspada de tiempo en tiempo por los fiacres y, un grupo de transeuntes retardados, que se deslizan, bordeando los muros. Solo en frente, en la buharda de un edificio gris, distingo la silueta de una

mujer jóven que activa su labor, hundiendo la aguja, bajo una luz que parpadéa.

La noche infiltra en el alma las más hondas inquietudes, los recuerdos cascabelean, como labios que hicieran vibrar gritos de angustia, y un escalofrío de imposible relampaguéa sobre las espaldas.

Estoy solo. La mesa de trabajo se destaca en medio del aposento oscuro, bañada por la luz que se abre en abanico bajo la pantalla de la lámpara. El humo de la pipa se desvanece á medida que se aleja, como un recuerdo de amistad. Me paseo lentamente y mi cuerpo proyecta sobre el muro grandes sombras extrañas que gesticulan. El silencio me ahoga.

Sobre la mesa yace una rosa de Sión que cogí hoy por la tarde, en un cortijo abandonado, al regresar por el camino de Joinville. El rosal se alzaba orgulloso, pero la rosa se asomaba por sobre la tápia, como una mujer infiel, ofreciendo un beso al caminante. No sé qué misterio encerraba esa flor, pero me ha hecho temblar.

Las calles estaban desiertas, la nieve caía en grandes copos blancos y en la buharda de enfrente, la obrera continuaba su labor, empujada por el hambre.

Creí escuchar una canción vaga.

Eran écos ténues que no partían de ningún sitio y se hacían oir en todos. Las puertas estaban cerradas; la calle, en silencio; yo, solo.

Algo absurdo comenzó á rodar en mi cabeza. Me volví instintivamente, como si adivinára la presencia de álguien. Busqué con los ojos...

La rosa había cambiado de color.

Me acerqué, pero antes de que alcanzára á tocarla, los pétalos se desprendieron y se transformaron en mariposas doradas que revolotearon bajo el techo.

Eran los heraldos de la Felicidad, que rompían su encantamiento para ir á consolar á los tristes de la tierra. Todas esas mariposas, eran mensajeras de una ilusión. Estuve á punto de ser egoista y retenerlas todas. Pero una fuerza desconocida me obligó á abrir la ventana. Las mariposas se precipitaron en tumulto, bajo la nieve. Luego salpicaron la calle, buscando rumbo. Y la más pequeña penetró á la buharda de la costurera por el agujero de un vidrio roto. ¿ Qué la dijo al oido?

Debió ser una promesa muy dulce, porque ella sonrió, abandonó su labor, escribió rápidamente una carta y se acicaló con sus mejores prendas. Luego apagó la luz y abrió la ventana. ¿ Tenía una cita?

Al día siguiente, cuando me levanté, las calles, todavía solitarias, estaban cubiertas de nieve, Junto al edificio gris, sobre la acera, yacía un cuerpo humano. Un presentimiento me sacudió, bajé.... y ayudé á levantar el cuerpo de la obrera, convertido en un montón informe de carnes desgarradas y trapos súcios. Sobre la nieve brillaba un charco de sangre y, sobre la sangre, flotaba la mariposa de oro que había llevado á un desgraciado la felicidad de morir : — el suicidio.

Cuando, algunas horas después, la autoridad dispuso un entierro en un cementerio de arrabal, yo me encontré solo detrás del carro fúnebre. Atravesamos las calles y las plazas, entre una multitud indiferente. La muerte tiene también sus harapos, como la vida. ¿ Quién ensaya una frase ó una mirada de compasión, ante un muerto que no va en carroza ?

La tumba fué un agujero cavado en la tierra húmeda y la nieve cayó en copos lentos sobre el féretro, antes de que pudiéramos rellenar el hoyo. Hacía mucho frío. Los sepultureros me pidieron cuatro sueldos para encender las pipas.

Cuando salí del cementerio me asombró que los cafés estuvieran llenos de gente alegre. Una murga tocaba al volver la esquina. Una mujer me rozó al pasar, diciendo un précio. El rego-

cijo de los rostros me pareció una mueca criminal. Sordos gritos de dolor me subieron á la garganta, como vahos de licor fuerte. Creí que todas las manos estaban teñidas en sangre. Y me interné por calles solitarias, con los ojos bien abiertos, como un sonámbulo.

XVIII

METRÓPOLI MUERTA

Los museos son los cementerios del arte : — no muestran, evocan.

Las grandes galerías claras y silenciosas, como salas de hospital, nos sumerjen en sonambulismos extraños. El guardián dormita, sentado al pié de una columna. Por los vidrios polvorientos se filtra la luz del sol. Los escasos visitantes pasan indiferentes, haciendo sonar sus gruesos botines sobre los mosaicos, y se detienen ante las mismas obras, con un gesto de aburrimiento, porque han venido, más que por venir, para poder decir que han venido. Desde la calle sube el vaho de la vida : gritos de mercaderes, ecos amenazantes de multitud que pasa. Por la ventana, abierta como un marco, se vé un recorte de cielo, — la mejor de las telas. Los muros enne-

grecidos abren sus grietas como arrugas de vejez. Los chapiteles, las cornisas y los bajo-relieves, cubiertos de años y de recuerdos, sonríen con sus egoismos de historia. Parece que vivieran todavía su época en la nuestra, por un contrasentido de los sentidos. Y todo nos habla de la muerte. El artista que pasa, parece seguir un convoy por una avenida plantada de cipreses. Su sombra se alarga en las galerías como un mástil, — y se rompe contra el muro.

Se piensa en el eterno contrasentido de las artes, obstinadas en invadirse y arrebatarse entre sí sus prerogativas. El pintor busca el relieve de sus cuadros, el escritor quiere pintar escenas y el escultor se empeña en hacer hablar á sus estatuas. Quizá fué para conciliar estas ambiciones que los romanos aventuraron la pintura sobre los mármoles. La tentativa fué grotesca. Pero si una mano sobrehumana consiguiera amontonar en un solo rayo de luz todo lo divino de todas las artes, estaría resuelto el problema de los Dioses. ¿ Qué pensaríamos de un *Prometeo* esculpido por Miguel Angel y pintado por Velázquez, que dijera palabras de Hugo, entre el torbellino de una música de Wagner?

Son divagaciones. La atmósfera helada de las galerías inmensas; el silencio interrumpido de

largo en largo por el ruido de un objeto que cae ó una indicación del guardián que repercute en todas las salas; la misteriosa pasividad de los retratos, cuyos ojos siguen al visitante, como si le reprocharan la fantasía de vivir, cuando ellos descansan detrás de la tela; la resurrección de las lecturas; el atavismo de las supersticiones, y un sentimiento extraño que nos invade ante el esfuerzo de tantas voluntades victoriosas, inspiran al visitante ingenuidades de Pierrot y gestos incongruentes.

Pero por la fúnebre solemnidad de las salas, pasa á veces una pareja joven con trajes alegres y ojos de domingo. Son dos enamorados que desdeñan las telas y las estatuas y buscan una cueva ignorada y un rincón solitario para seguir hilando hermosos proyectos de mentira. Pasan ajenos á todo, con una sonrisa y un beso en los labios. Los personajes de las pinturas se asoman para verlos. Un caballero de Velásquez, que baja por una escalera de piedra, les saluda ceremoniosamente con un sombrero emplumado. Pero los enamorados están aturdidos de felicidad y no ven nada. Cuando encuentran el sitio tranquilo que buscan, se sientan sobre la banqueta roja y hablan atropellada y caprichosamente, en pelotones de alegría, haciendo caricaturas con las

palabras. ¿ Qué tienen ellos que ver con Murillo y con Rembrandt ?

Si Goya surgiera de improviso ó Delacroix bajára de su retrato, habría una obra maestra más. Con cuatro pinceladas decisivas fijarían el grupo sobre el muro, dándole una auréola de estrofa. Los colores tendrían ironías de Rabelais y antítesis de Hugo : — En el muséo, en la metrópoli muerta, donde los cuadros parecen lápidas sepulcrales que hacen el elógio de los artistas que fueron, el estravío de dos almas locas que ignoran los destinos y corren detrás de una quimera, empujadas por un contrasentido risible que hace nacer la vida de la muerte.

XIX

LOS CAÍDOS

París, como todos los campos de batalla, tiene sus vencidos. A la caída del invierno, salen de la gran ciudad inmensas caravanas friolentas de cuerpos flacos y caras amarillas, que se alejan en diferentes direcciones y ván á encallar á los Pirineos, á Malta, á Córcega y á todas las tierras cálidas, desde Nápoles, hasta Alejandría. Los trenes huyen, atestados de hombres, mujeres y niños que ahogan sus toses en abrigos de lana y se calientan los piés en caloríferos portátiles, mirando ávidamente por las ventanillas, como si hicieran provisión de paisajes que no esperan volver á ver.

En la cumbre de las montañas ó al borde del Mediterráneo, abundan los caseríos melancólicos, tajados por avenidas largas y silenciosas, plantadas de árboles muy verdes. Los techos de las

casas son rojos, los muros están pintados de colores vivos, el sol cae de lleno sobre las calles y entra por las ventanas como un intruso, pero en la atmósfera hay una tristeza extraña que nadie puede definir.

Todos esos pueblecitos que viven de la muerte, tienen el mismo aspecto de cementerio. Las calles parecen desiertas y abandonadas, como después de un desastre. Las casas se alinean dejando grandes huecos entre sí, como si temieran el contagio. Y solo de tarde en tarde, se divisa la cara amarilla de un enfermo, que pasa sobre un sillón de ruedas, empujado por un lacayo.

Los días de fiesta, cuando los vecinos bajan à la plaza donde toca una murga y las campanas de la iglesia dan grandes saltos, asomándose por las rendijas de las torres, los tuberculosos llegan unos trás otros, acompañados por madres ó hermanos que les sostienen, trayendo abrigos y almohadas. Se instalan al sol, con la cara vuelta hácia los pinos que aparecen por sobre las últimas casas, en la cumbre de la colina. Tienen los ojos hundidos, la piel amarilla, los pómulos puntiagudos, las manos blancas, las orejas transparentes y los labios teñidos de un rosa muy pálido, como ciertas corolas de rosa thé. Han sido pintores, cortesanas, artistas,

enamorados, soñadores y prometidas; han vivido en las grandes ciudades y han luchado; han tenido afectos, ambiciones, ó esperanzas y se encuentran de pronto vencidos, emasculados, desterrados de la vida, en un caserío.

La plaza se llena de gente y se oyen conversaciones vacías entre los grupos. Los unos se informan de la salúd de los otros y se mienten impresiones favorables, afirmando mejorías problemáticas que nadie puede comprobar. Las familias intervienen y confirman la inocente mentira, para evitar los desalientos. La música repite sin cesar sus mismas polcas antiguas. Y todos parecen niños caprichosos que se entretienen con frivolidades bajo la vigilancia de las institutrices.

A veces una enferma y un enfermo jóvenes, vecinos de silla, y compañeros de paséo, sienten revivir las quimeras de antaño y esbozan un amorío de adolescentes, con el vago presentimiento de que realizan, ella, su último *flirt* y él su postrera aventura.

Pero hay una amenaza tan inflexible en la atmósfera, que los padres y los tutores callan, dejándoles correr trás un peligro irrealizable.

Cuando el mar está tranquilo y el sol cae de lleno sobre la ensenada, hay muchos tuberculo-

sos que se hacen llevar hasta el embarcadero y ensayan excursiones tímidas hácia la puerta del Océano. Una involuntaria glotonería de aire les lleva á buscar los sitios más anchos y à respirar á grandes sorbos, como si quisieran hacer el vacío para los demás. Las barcas parten y se alejan con sus velas blancas tendidas y un marinero en la popa. Los enfermos descansan sobre sillas que se alargan como lechos. Visten trajes claros y telas de colores vivos que contrastan con la palidez de los rostros. Algunos hojean un libro ò un periódico de París. Y así que el sol declina, las embarcaciones están de regreso y todos vuelven á sus prisiones, unos en carruaje, otros en sillón de ruedas, otros á pié, apoyados sobre un bastón.

La monotonía de la vida en la pequeña ciudad provinciana, es desesperante. De mañana solo se ven los carruajes que se detienen ante los chalets. El médico desciende, entra á la casa y sale al cabo de un rato acompañado por un padre ó un hermano que insiste y le apura, como si quisiera arrancarle una promesa imposible. Por las ventanas abiertas se ven á veces caras graves y pensativas que escudriñan la soledad. De tiempo en tiempo aparece el dependiente de una droguería con una bolsa de oxígeno bajo el brazo.

Y por las conversaciones sorprendidas al vuelo entre dos proveedores ó á la puerta de un almacén, se sabe la agonía de X ó la muerte de Z que ayer eran nuestros vecinos en la plaza.

Al caer la tarde, suele pasar un entierro, rodeado de cierta pompa teatral que contrasta con la simplicidad de la naturaleza. Los caballos cubiertos de paños negros, el carro con filetes amarillos y los lacayos indiferentes, están en oposición con el paisaje. Los enfermos ven pasar el convoy con cierta amargura resignada. ¡Un compañero ménos con quien escuchar el domingo las polcas antiguas de la murga de la ciudad!

En el silencio de la noche, cuando el caserío dormita bajo la luna y la floresta de pinos levanta su masa negra en la cumbre de la colina, se oyen á veces las canciones malvadas de los muchachos del país:

Que vengan los moribundos;
Aquí los tratan muy bien:
El cementerio es tan grande
Que todos caben en él.

Los enfermos son de toda nacionalidad y toda categoría. Hay parisienses, coquetas que parecen escapadas de una novela de Prevost y tosen escon-

diendo los labios en pañuelos de batista, sin olvidar su elegancia para remangarse el vestido; ingleses correctos y graves que traen los bolsillos llenos de periódicos y se hacen llevar en brazos hasta la iglesia protestante; rusas ensimismadas, de ojos celestes y cejas rubias; y españoles de téz cobriza que se acuestan envueltos en la capa. Ese conjunto heterogéneo se funde en un grupo armónico. Parece que todos olvidáran su orígen y se creáran una nueva pátria común, en las lejanías de un destino.

La calle principal del pueblo está llena de modistas que trabajan día y noche, haciendo vestidos de seda que las enfermas ensayan una vez y abandonan enseguida en el armario para estrenar otro, como si quisieran agotar en dos meses la provisión de telas que habrían consumido en muchos años. Parece que Mimi Pinson y Marguerite Gautier tuvieran celos de sus rivales y soñáran acaparar, antes de morir, todo el arte y todo el ingénio de las costureras.

Para los enfermos que se dedican á catalogar medallas ó trastos viejos, hay grandes almacenes de anticuarios. Las vidrieras están atestadas de bronces enmohecidos, porcelanas rotas y muebles cubiertos de polvo que aguardan una mano que los descubra. Allí hay sillones Luis XV, grabados

meticulosos de artistas del siglo XVII, bomboneras de esmalte, encajes raros, manuscritos del Rey, y muebles inexplicables y arcáicos que parecen construidos con el único fin de monstrar gráficamente la diferencia entre dos épocas. Los tuberculosos aficionados á esas exhumaciones, se hacen conducir hasta el almacén del anticuario y revuelven todas aquellas cosas que han muerto, con un gesto grave de viajeros ante un enigma.

Para los intelectuales, las dos librerías de la ciudad se convierten en santuarios que exigen una peregrinación diaria. Son algo así como un rincón de París al que se puede entrar con corbata *Lavallière* y pipa entre los dientes. Los parroquianos son pocos y, — aparte de dos ó tres profanos, prisioneros de la moda, que quieren poseer un *Quo Vadis*, para dejarlo sobre la mesa del salón, — todos son directa ó indirectamente del oficio. Su destreza para orientarse en las estanterías y su laconismo para informarse de las últimas publicaciones de Stock ó de Fasquelle, establecen entre ellos una especie de franc-masonería. Es fácil reconocerlos en un detalle : demuestran una predilección rara por autores que, como Rodenbach, Jean de Tinán ó Emmanuel Signoret, han dejado obras inacabadas como sus vidas.

Á veces hay *matinée* en el teatro de la ciudad. Y es de ver como los asíduos de los grandes coliseos de Europa, aplauden á los cómicos famélicos que estropean los versos de *Ruy Blas*.

Los que todavía pueden salir, van en carruaje hasta la puerta del teatro y asisten á las escenas más inverosímiles con una indulgente credulidad de niños. La sala parece un hospital. Durante los entreactos se oye toda la gama de las toses, desde la muy profunda, que parece resonar en el fondo de una caverna, hasta la apenas perceptible, que acaba en una burbuja de sangre. Y apesar de los roces y el espectáculo de tantos compañeros vencidos, nadie parece tener una visión neta de la muerte.

Cuando salen, los carruajes se dispersan por la ciudad y cada cual vuelve á su sillón de incurable. La resignación parece ser parte de la enfermedad misma. Algunos llegan hasta felicitarse de la calma y el retiro en que viven. El recuerdo de viejas decepciones y antiguas luchas, les hace saborear quizá el placer de hallarse lejos de la batalla humana. Pero como todas las casas miran hácia la estación, ningun enfermo vé salir sin tristeza los trenes rápidos que huyen hácia la gran ciudad, — hácia la vida.

XX

UN SUEÑO DE MARGOT

Durante el viaje, Margot solo había percibido las miniaturas y los matices de las cosas, como si el mundo fuese un juguete japonés, colocado, para distraer languideces elegantes, en el *boudoir* de una modista célebre. Sus frases habían sido detalles preciosos é inútiles que cosquilleaban agradablemente el oído sin decir nada: (« Hermoso color de nube para cinta de un sombrero de viaje »... « Como esa luna, pero con más relieve, es el broche de diamantes de René »... « ¿Sabes?; la naturaleza es muy grande; prefiero el jardín del Luxemburgo »). Sin embargo, aquel cerebro de marfil, pequeño y minucioso como una máquina de reloj, había tenido durante una noche de ferro-carril la visión de un gran drama.

Pero, apesar de todo, confieso que mi asombro

fué grande cuando, al reunirnos en el comedor del hotel para tomar el desayuno, me refirió con gestos graves lo siguiente, que compendio tanto como puedo, aún á riesgo de hacerle perder su sabor original.

Margot había soñado que estaba en su pequeño departamento de la Chaussée-d'Antin, de regreso del Odéon, leyendo un periódico de modas, mientras Luisa, que ya había calentado el lecho, la despeinaba con un peine enorme, fabuloso, que desgarraba al moverse las cortinas persas que sonreían desde los vidrios. De pronto oyó grandes voces y vió una multitud compacta, que pasaba por la calle, agitando teas encendidas. Era un tropel interminable de harapientos. Parecían borrachos. Uno de ellos, el más grande, el que llevaba un pañuelo rojo anudado al rededor de la cabeza, agitaba una pica y parecía dirigir a los demás.

— Son los amigos, — dijo Luisa, apoyando la cabeza en la ventana para verlos pasar.

(¿Los amigos? ¿Aquella turba de andrajosos que bajaban por la calle lanzando alaridos salvajes, aquella escória humana barrida por un viento de pasión, eran los amigos?)

— Son los amigos, — insistió Luisa, como si hablára para sí, — porque son los que sufren.

Y con un gesto tranquilo se despojó del delantal y la cófia, los puso sobre la mesa, hizo un saludo y salió.

Margot la oyó bajar las escaleras. Y á través de un vidrio que ella misma empañaba con su respiración, la vió salir á la calle y unirse á la multitud que seguía pasando, en pelotones de miseria, como un torrente quc bajaba de la montaña, después de un deshielo.

— Es indiscutible que todos están locos, — pensó Margot; — ¿Qué voy á hacer ahora? ¿Quién me traerá los escarpines al bajar del lecho?

Y tuvo una de esas ideas caprichosas de mujer engreida. Se anudó el pelo sobre la nuca, se calzó los guantes, se echó sobre los hombros su abrigo de teatro y bajó resueltamente las escaleras. La puerta no estaba cerrada. Los porteros habían salido... (¿A dónde iban, á esa hora?) Y sobre la acera, cerrándole el paso, había un charco de sangre...

Margot se estremeció. Era la primera vez que veía sangre. Tuvo miedo. Luego se remangó el vestido de baile y pasó. Sus botinas de charol se reflejaron confusamente sobre la mancha roja. La calle estaba desierta. Parecía que todas las gentes de la ciudad habían huido. A lo lejos, muy lejos, se oía un clamor de multitud, tajado por

disparos de armas de fuego. ¿A dónde ir? Se arrepintió de haber salido. Su proyecto de refugiarse en casa de Nelly, le pareció impracticable. ¿Cómo atravesar esas calles solitarias y oscuras donde los pasos resonarían trás ella como si vinieran persiguiéndola?

Entonces se detuvo al borde de la acera, apoyándose contra el muro, sin saber que hacer.

¿Debía avanzar hácia el misterio que la esperaba en el fondo borrado de la ciudad, ó regresar á su casa vacía y pasar otra vez sobre el charco de sangre? Optó por lo primero, y echó á correr por el bulevar Haussmann.

Bajo la luz amarilla que escupían los faroles, se veían regueros de sangre que se perdían bajo las puertas. A la distancia se oían los gritos de la muchedumbre, y á veces un cañonéo apagado.

Margot seguía corriendo. De pronto oyó un ruido confuso de gentes que se acercaban en tropel. El viento traía rachas de canciones y carcajadas. ¿Eran vendimiadores que volvían de una aldea? Margot tuvo la curiosidad de verlos; una curiosidad imperiosa, como un deseo carnal. Y se acurrucó en el hueco de una puerta.

Las primeras claridades del día comenzaban á levantarse sobre la ciudad. El tropel confuso se acercaba. Se oía el ruido sordo de los pasos.

Margot sintió un frío agudo que la hizo crujir los huesos. Y la multitud desembocó sobre el bulevar...

Los hombres blandían picas, cuya punta enrojecida goteaba sobre los rostros. Las mujeres llevaban gorros encarnados. Todos repetían estribillos siniestros, que Margot no había oido nunca. Y pasaban, pasaban sin trégua, con las mismas caras bestiales y los mismos gestos groseros.

De pronto, resonó un grito. Alguien la había descubierto y la designaba con el dedo á los demás. Un grupo se precipitó sobre ella y la rodeó. Fué un entrevero salvaje. Un hombre la besó en la boca. Una mujer le escupió á la cara.

¿Que hacía allí? — le preguntaron, — la ciudad pertenecía al pueblo.

Margot respondió frases entrecortadas y quiso desasirse para huir. Pero no le permitieron moverse. Estaba prisionera. Un hombrachón de pelo rojo la cogió por el talle y se la echó á la espalda. La llevaron en hombros. La multitud seguía cantando. ¿A dónde la conducían?

La vislumbre de la aurora apenas permitía distinguir las caras. En el límite del bulevar asomaba un sol encarnado de lluvia. Atravesaron cien calles. Las ventanas estaban cerradas y había mucha sangre sobre las veredas. Margot se hun-

día las uñas en la garganta para ahogar los gritos. Estaba helada de terror. Sus ojos permanecían clavados sobre el esqueleto de guillotina que se levantaba en el fondo de la calle. Trató de convencerse de que no era para ella. (« Margot no había hecho daño á nadie. ¿Por qué razón la matarían? ¿Porque habia amado el amor, el Champaña y los trajes de Paquin? Las mujeres hermosas han nacido para eso. »)

Pero, apesar de sus razones, tiritaba de miedo. Quiso llamar, suplicar, ofrecerse... Pero no podían escucharla. Las canciones ahogaban su voz frágil. Trató de desasirse para bajar y hüir, pero dos manos brutales le detuvieron las piernas...

Y la guillotina estaba allí. La dejaron caer sobre el entablado y ella se desplomó como si no tuviera huesos. La multitud seguía cantando. Margot tuvo la sensación de ver el sol por última vez. La noche se apoderó de su alma. Por su memoria pasaron, al galope, mil recuerdos. Después se hizo el vacío. Sintió algo helado en el pescuezo, lanzó un grito que no pudo oir..., y el golpe fatal la despertó.

Pero el horror de la pesadilla la perseguía aún. Le quedaba algo así como la amargura de un preságio.

— Ocurrirá, — me decía, con la boca llena de fresas, — ya verás como ocurrirá. La ciudad comenzará á arder y nadie podrá apagar el incendio. El fuego cundirá por el mundo. Lo que siento, es no poder realizar mi capricho de poseer un castillo en Anjou. El imbécil de Vidart tartamudéa que son muy caros.

GRAVELOCHE

I

Graveloche era un estudiante melenudo, alto, flaco, grotesco, más aturdido que mal intencionado y menos rico que dichoso. Tahur de amores, burlador de libros, travieso como el gato, tramposo como el gendarme, decidor, franco y desembarazado, pasaba por la vida como una racha, cascabeleando risas, forjando chistes y masticando besos, en un delirio de despreocupado, con la garganta ronca de canciones y el bolsillo repleto de carcajadas.

Vivía, ó, mejor dicho, parecía vivir, porque no se le veía allí muy amenudo, en una casa de la calle de los Frailes, en el centro desenfrenado

del París estudiantil, y en todo el barrio, á quinientos metros á la redonda, Graveloche alegre, Graveloche enamorado, Graveloche deudor, gozaba la fama, la honra y el provecho de beber más vino, seducir más mujeres y tener más acreedores que nadie.

Le conocí una tarde en Verrières, al abrigo de un crepúsculo, en una fonda donde se comía y se bebía peor que en ningún sitio, pero donde el hostelero con mucha habilidad ó poco cálculo, consentía en dar langosta, trufas y sorbetes, en cambio de las promesas y las sonrisas que le prodigaban los estudiantes y las grisetas, ávidos de gozar, bajo el empuje de sus vidas vertiginosas.

Recuerdo que cuando Mimí y yo entramos á la fonda, fatigados y hambrientos, después de haber corrido muchas horas por el bosque, sorprendimos un espectáculo curiosísimo.

En medio de un desórden inexplicable y junto á una pobre chicuela borracha que reía y lloraba al mismo tiempo, se erguía Graveloche, amenazante, junto al tragaluz de la bodega, mientras el medroso hostelero caracoleaba frases dudosas, escondido trás un tonel, en la media luz de la tarde que caía.

— ¡ Hola ! — tronaba Graveloche, apostro-

fando al huésped. —¿Crees tú acaso, cancerbero de la alegría, que el vino debe ser ágrio como el talento ó que mi gusto está adulterado como el vino?... Bajaré á hurgar en las arcas de tu viña ¿Me vendes el Macón por Siracusa?... ¡Damócles!... ¿ignoras que mis puños están suspendidos sobre tu cabeza?

Y mientras corría esa avalancha de palabras grotescas y conminatorias, el hostelero maldecía de su suerte, los curiosos se agrupaban á la puerta y Graveloche y su querida, borrachos de juventud, bebían en la misma copa, con los labios casi unidos, enjugando el vino con un beso y humedeciendo un beso con el vino.

Aquella noche comimos juntos. Y al regresar á París por los campos desiertos trompeteando canciones para alegrar la marcha, nos juramos amistad, hicimos huella en el recuerdo, y en tanto que los perros ladraban, los labios reían y la luna nos miraba con asombro, nos cogimos de la mano, en medio de la carretera, para danzar una ronda vascongada en torno de nuestros cuatro portamonedas vacíos

II

La calle de los Frailes es una de las más angostas, más cortas y más miserables de París. En aquel barrio singular donde se amontonan todas las risas y todas las lágrimas, se la conoce bajo el nombre de la « entrada del infierno ». Es súcia y mal oliente. Sobre los muros grises, calados por las lluvias y enguirnaldados de musgo, se recortan ventanas mezquinas que asoman á la calle la miseria de las viviendas. Los pequeños almacenes entreabren sus puertas mal pintadas, dejando ver sus escasas mercancías y las caras escuálidas de sus dueños. Arriba, entre dos largas hileras de chimeneas humeantes, se dibuja una franja de cielo oscuro, invariable, como una pincelada de dolor sobre una vida.

A la derecha de la calle se vé un taller de planchadora. Más lejos dormitan las tiendas de un ropavejero, un fondista y un mercader de libros usados. A la izquierda se abre un ancho

portal mugriento, especie de plazuela mal frecuentada, donde instalan sus tiendas ambulantes una florista, una vendedora de periódicos y un viejo mozo de cordel que pasa las horas durmiendo, sentado sobre las piedras, con la cabeza hundida entre las rodillas.

El portal da entrada á un pequeño patio mal empedrado á cuyos costados se alzan dos mal seguras y empinadas escaleras, cuyos viejos peldaños crujen bajo los piés, amenazando ruina.

Subiendo por la de la derecha y siguiendo un estrecho corredor á la izquierda, se divisa, al fondo, en la media luz de un crepúsculo eterno, una puerta mezquina sobre la cual ha escrito álguien con letras gordas esta leyenda: *Aquí hay cama para todo el mundo.*

Y si somos curiosos y entramos, hallaremos una habitación de cuatro metros por cinco, que se ahoga bajo un techo de color de humo y trata de respirar por un tragaluz que se abre sobre el patio como una ambición sobre un imposible. El mobiliario se compone de tres colchones, arrojados al azar sobre el piso de baldosa; una mesa agobiada bajo el peso de una montaña de botellas, libros y papeles; dos sillas cojas; y un espejo *menguante*, porque solo tiene media luna.

III

Una tarde de Junio, á la hora en que el sol se aleja de la ciudad lentamente, como si se volviera para enviar sus últimos besos, una muchacha ágil y hermosa trepó las enmarañadas escaleras y golpeó precipitadamente á la puerta del desván de Graveloche.

Cuando la puerta se abrió, salió una bocanada de palabras tumultuosas y la muchacha se detuvo en el umbral, con una sonrisa.

— No veo, — dijo — ¡ qué oscuridad ! Y luego vosotros fumais como chimeneas.... ¿ Ha venido Mauricio ?

De la atmósfera espesa surgió, en el fondo de un rincón, al resplandor de una pipa, la cara de un jóven pálido que hizo una seña y volvió á hundirse en la sombra.

— ¿ Estás ahí ? — gritó entonces la muchacha llena de gozo y con los labios burbujeantes

de palabras, — hoy he salido más temprano del taller. ¿Verdad que he envejecido menos desde esta mañana?.... ¿ Y tú ?....¿Has conseguido ver al director de la revista ?

Mauricio hizo una mueca negativa, se sacó la pipa de la boca y buscó en la sombra los labios de Raquél, que le buscaban también, mariposeando la tentación de un beso.

Las voces, las imprecaciones y las risas, continuaban librando una batalla bajo el humo. En la sombra, cada vez más honda, se divisaban cuerpos acostados y se adivinaban vagamente los ojos brillantes de las mujeres. De tiempo en tiempo parpadeaban en la penumbra los resplandores de las pipas, con incertidumbres de fuegos fátuos y vacilaciones de luciérnagas. La razón naufragaba en aquella marejada de humo, y las titilaciones rojas del tabaco encendido despistaban la curiosidad, surgiendo inesperadamente y apagándose, con inquietudes de almas en fuga, hasta que la imaginación, espoleada por el misterio, suponía una armonía en aquel desórden, adivinando manos temblorosas que arrancaban escalas y acordes de chispas en un pentágrama de fuego.

De pronto, álguien preguntó :

— ¿ Y Graveloche?

La puerta se abrió como por encantamiento y la lengua alegre del estudiante campaneó:

— ¡ Presente !

La oscuridad era completa y el recién llegado avanzó dando tumbos y tropezando con los cuerpos de todos, entre risas y juramentos.

Graveloche emite las ideas como pistoletazos.

— ¡ Silencio ! — gritó encendiendo un cabo de bujía que traía en el bolsillo, — voy á leer una carta.

La luz doró las fisonomías, prestándoles relieves grotescos. Había allí una veintena de estudiantes, poetas, modistas y pintores.

— ¿ Una carta de amor ? — preguntó Mauricio, acercándose para encender su pipa en la llama.

— ..... O cosa parecida.

El poeta levantó los ojos, como dos reproches y volvió á acurrucarse en el rincón, con su eterno gesto cansado. Graveloche sonrió, insinuando una sonrisa de sátiro jóven. Las pipas continuaron su sinfonía de luz. Y, mientras la luna se asomaba por sobre los tejados, con curiosidades de Pierrot, el estudiante sacó un papel y leyó una carta que decia así :

IV

« *A la Señora Condesa de L**** :

« No ignoráis, señora, que, aunque la mujer es más antigua que el demonio, el desmayo es más antiguo que la mujer. Dícese que es vieja enfermedad femenina y vos la habréis heredado de Eva, vuestra ilustre antepasada. A fuer de sincero, debo declararos que esto no lo insinúo por vos, sino por la verdad, pués á decírosla me obliga el respeto que os profesa, quien os lo tuvo tanto, que no se atrevió á faltároslo en cierta ocasión que no habéis echado en olvido. Se vive en el mundo, es fuerza mentir la mentira común y el sexo débil prueba su fuerza, exagerando su debilidad. Cosas son estas que os harán sonrojar, si vuestros sonrojos no tienen hora fija, por venir del pincel. Pero el desmayo está aceptado oficialmente desde ha siglos. Solo falta un reglamento que especifique su duración en los distintos casos en que se emplea. Y no he

10.

de ser yo quien siente plaza de revoltoso, desconociendo esa costumbre venerable en la que cifraron su orgullo tantas generaciones. Desmayaos, pués, señora, con toda tranquilidad, que lo que tengo que deciros es grave.

« Se encierra en dos palabras y cinco letras : *Os amo*. Y vergüenza no me da confesarlo, sino sentirlo, que esconder la jiba no es quitársela. De ser uno de esos poetas que se pasan las noches en claro buscando algún nuevo calificativo con que ofender á la luna, encontraría medio de confesaros mi amor sin confesároslo. Pero, después de todo, vale más que comprendáis lo que os digo. Bien sabéis que recogí el pañuelo que dejastéis caer á mis piés, por negligencia sin duda, al regresar del Bosque. Es una merced de sultana.

« Si fueráis una Nini *tout-court* ó una simple *Friné* de bulevar, me habría contentado con resistir al vértigo. Pero estoy seguro de que, aunque no seré el primer amante platónico á quien sólo se abandonan los labios, ni el segundo á quien se entrega todo el cuerpo, alcanzaré de vos más de lo que pude esperar. Sois condesa, señora, y no podéis imaginaros la emoción de un estudiante que no se ha visto nunca á tanta altura sobre el nivel de sus méri-

tos. Solo he conocido *amuseuses.* Y, aunque una privilegiada *amuseuse* vale tanto como una dama de abolengo, porque, si bien se mira, solo hay entre ellas una diferencia frágil (la segunda paga las deudas de su marido y la primera hace pagar las suyas por el marido ajeno), quiero creer que vos las superáis á todas.

« Aceptad mi amor y os juro que seré el hombre más felíz de que haya noticia. Dadme una cita y recibid un beso.

« Bibi Graveloche. »

— ¡ Muy bien ! — dijo Luisa, que había asistido á la lectura de la carta con los ojos húmedos, — ¿ y yo qué haré ?

— Encontrarás, — repuso Bibí, — un amante que te pagará pendientes gordos como avellanas y sortijas que harán rabiar á tus amigas.

— Prefiero tener hambre, — gritó la muchacha, estallando en sollozos.

— Como gustes, — concluyó, Graveloche.

Y echó á correr por el pasillo con la gorra en una mano y la carta en otra, llamando á voces á la portera para pedirle tres sueldos y comprar un sello.

V

Eran las tres de la mañana. Las calles se perfilaban desiertas y silenciosas bajo la luna. Los brazos de gas parpadeaban luces inciertas de cirios fúnebres. De tiempo en tiempo, á lo largo de los muros, se deslizaba la silueta encorvada de un trapero que removía la linterna como un ojo de monstruo y escarbaba con el gárfio. A lo lejos se oía la canción monótona de un bebedor que se obstinaba en repetir el mismo estribillo, tropezando con las palabras y disputándose con las frases.

Un hombre y una mujer descendían, cogidos del brazo, la calle Dauphine, en dirección al Sena.

— Date prisa — decía el hombre, — llegaremos tarde.

La mujer hizo una mueca de contrariedad.

— ¿Pero, estás seguro de que hacen eso? — preguntó, dudando.

Él contestó en voz baja, y ella se echó à reir, con una risa nerviosa. Luego aceleraron el paso, atravesaron el Puente Nuevo y se internaron en la calle de la Monnaie.

A medida que avanzaban, se notaba una animación creciente. Estaban en el barrio de los mercados. Enormes carretones cargados de legumbres, estacionaban, en filas interminables, obstruyendo las calles angostas. Las tabernas hormigueaban, atestadas de puesteros y mozos de faena. Y en los huecos de las puertas, bajo la luz de una lámpara de aceite, dormitaban las vendedoras de castañas, atizando sus hornillos.

Doblaron por un callejón, luego viraron á la derecha, luego á la izquierda y al llegar á una pequeña puerta mezquina por la que se filtraba un rayo de luz, una voz aguardentosa les detuvo.

Era la voz de Laviet, que estaba más borracho que de costumbre. Se había apoyado en la pared, para no caer.

— ¡ Graveloche !... ¿ Eres tú ?... ¿Y quién es la dama que te acompaña ?

— Esta dama... — repuso Graveloche con un gesto inverosímil, después de un momento de duda, — no es una dama ; es Vaniat, que se ha disfrazado para cobrar los cinco francos de Julian.

El borracho se estregó los ojos.

— ¡ Vaniat ! — esclamó con la cómica ternura de los beodos.

Y se empeñó en abrazarle. Después de lo cual se alejó, dando traspiés y gritando desde el fondo de la calle : — ¡ Adios Vaniat !

— Tienes talento Bibí, — dijo entonces la desconocida, apoyándose en el brazo de Graveloche para entrar al *cabaret*.

— ¡ Bah !

Era una sala pequeña y oscura, sembrada de mesas de mármol y de banquetas verdes. Un hombre extraño saludaba á la entrada, con una sonrisa incierta. Las caras de los bebedores desaparecían en la penumbra y solo se veían las manos que subían y bajaban en la sombra, llevando el vaso à los labios. En el fondo, se abría una estrecha escalera de caracol.

— Por aquí, — murmuró el estudiante deslizándose entre las mesas.

Y, ella delante, él detrás, subieron los peldaños, sosteniéndose en la balustrada para no caer.

Arriba, les recibió una horrible mujer de cabellos grises. Se entreabrió una puerta, y entraron à un cuarto pequeño, rodeado de divanes. En el fondo se alzaba un escenario mi-

núsculo, cubierto por una cortina roja. — Graveloche atascó la pipa y se acercó á un mechero de gas para encenderla. Estaban solos.

— Oye, — observó la dama, — no parece muy frecuentado tu *cabaret*.

— No son las cuatro todavía.

En ese momento vibraron cuatro campanadas. En las escaleras se oyeron los pasos vacilantes de los bebedores. Subían.

— Bájate el velo, — gruñó Bibí, mientras un violín escondido atacaba una sonata alegre.

Los recién llegados se dejaron caer en desórden sobre los divanes. Algunos se acostaron. Dos mujeres se disputaron un rincón, injuriándose.

Cuando las luces se extinguieron y solo quedaron dos bujías encendidas al borde de la escena, se descorrió la cortina que hacía de telón de boca.

En la sala casi oscura, solo se oyó el cuchicheo entrecortado de Graveloche y su compañera. Ella encontraba que aquello era estúpido. El baile de dos mujeres desnudas, no era un espectáculo original. Y además, las carnes ofrecidas así, sin la atenuación de la malla, eran repugnantes. Pero la escena ó los personajes debieron cambiar pocos instantes después, porque la dama se

llevó el pañuelo á la boca y comenzó á reir con sacudidas ahogadas.

— ¡ Es demasiado, — decía; — estallaré de risa ! ¡ Mira que caras ponen ! Él ensaya una mueca de placer y ella parece estar recibiendo los sacramentos...

Pocos minutos después las luces volvieron á encenderse y todos bajaron lentamente por la escalera, hasta llegar á la calle.

— ¿ Es original ? — preguntó Graveloche.

— Sí, — repuso la mujer riendo todavía, — no lo hubiera imaginado nunca. Y quiso saber todos los detalles. Se asombraba de que en pleno París y en un barrio central fuese posible asistir á esos espectáculos.

Al llegar à la plaza Saint-Michel se detuvieron.

— ¿ A dónde vamos ?

— A cualquier parte menos á mi cuarto, — dijo Bibí, atascando otra vez la pipa, — á esta hora deben estar roncando en él una docena de personas : no encontraríamos sitio.

Y después de una pausa :

— ¿ Tienes dinero ?

Ella le extendió el portamonedas. Él hizo un saludo de mosquetero para dar las gracias. Y llamaron á la puerta de un hotel.

Mientras subían alegremente las escaleras, Graveloche arrojó una enorme bocanada de humo y esclamó, sonriendo :

— ¿ Qué diría, si nos viese, tu marido, el noble conde de L***, senador católico y reaccionario ?

VI

(El lector nos perdonará que olvidemos un momento á Graveloche y la condesa, para asistir á otro cuadro. La vida es muy enmarañada y no tiene principio y fin como los folletines.)

Las dos hermanas habían corrido por París desde el amanecer, con sus caras pálidas y sus ojos entrellorosos, buscando labor á cualquier precio, y en todos los talleres les repetían secamente la misma frase : « Era el més de los baños de mar : todos los clientes estaban en la costa; no había trabajo. »

— ¡ Canallas ! — decía Laura, rebelándose, — no basta que ellos se diviertan, es necesario que nosotras comamos.

Raquél bajaba los ojos, roida por la timidez, sin arriesgar una queja. Eran dos hermanas que solo se parecían en que jamás pensaban la misma cosa.

Cuando llegaron al jardín del Luxemburgo, se dejaron caer pesadamente sobre un banco.

Era una espléndida tarde de estío. Los transeuntes se detenían á conversar á la sombra de los árboles; los pintores pasaban en grupos, hablando en síntesis, con sus gruesos pantalones de pana y sus sombreros anchos; los poetas se perdían á la distancia con la nariz al viento y un libro bajo el brazo; y la vendedora de bizcochos se debatía junto al estanque entre una turba de chicuelos que cambiaban sus monedas de cobre por golosinas, y se alejaban corriendo, con la boca llena. Enfrente, trás la reja que rodea el jardín, resplandecía la terraza de una fonda, con sus mesas vestidas de blanco. El camarero se paseaba á pasos cortos, aguardando clientes.

Y las dos obreras, sumidas en una postración vaga, pasaban revista á sus vidas, arrebatadas por una especie de sonambulismo del pasado. Lo veían todo. Los padres que quedaron allá, en el rincón de provincia, labrando los campos; la infancia de privaciones y de castigos; la aventura de un viaje á una ciudad que era un mundo; la parienta malhumorada que las acogió al llegar; el primer taller, donde vegetaron un año, sin recibir un sueldo; la tristeza de las noches en casa de aquella extranjera que las maltrataba; la primer moneda de oro, ganada en un més de

tarea; la avaricia de aquella mujer que les arrebató el premio de su trabajo; la insurrección; la fuga; y el pequeño desván de hotel amueblado donde fueron á esconderse. Luego la falta de trabajo, la miseria, el hambre y la acechanza de la ciudad, que morisqueteaba ante ellas como un fauno, brindando placeres al precio de un placer, en la abierta facilidad de las caídas. Las dos habían estado mil veces à punto de ceder y marchitar sus labios de quince años, deshojando besos sobre las bocas. Pero las detenía un temor ante lo desconocido. Sabían que caerían en poder de los hombres misteriosos y perseguidos que habían visto pasar bajo los puentes, empujando á las mujeres con palabras súcias, exigiéndoles dinero y vigilándolas. Tendrían que ofrecerse á los transeuntes y dejarse maltratar por los gendarmes.

Raquél había apoyado los codos sobre las rodillas y hacía crujir la arena del jardín, golpeándola con sus zapatos rotos. Laura miraba hácia la calle, clavando sus ojos en los carruajes.

Cuando el reloj del Senado marcó las cinco y una música militar apostada trás el estanque, entonó una marcha alegre, con estallidos de clarines, palpitaciones de tambor y golpes de bombo, Laura se puso de pié.

— ¡Basta! — dijo, irguiéndose. — No seré la primera.

Raquél la miró asombrada, suplicando con los ojos.

Y mientras aquella se alejaba, remangando el vestido para mostrar la pierna; ésta clavó sus ojos en el suelo, sin atreverse á levantarlos, esperando que el Dios de que le había hablado el señor cura, bajaría á traerle un mendrugo.

Y fué esa tarde, al caer del crepúsculo, cuando Raquél y Mauricio se encontraron por la primera vez. El poeta regresaba del café Procope, por el jardín del Luxemburgo, rumiando un verso nuevo. Vió una mujer que lloraba en la sombra y la dirigió la palabra. Debió establecerse entre ellos un lazo secreto de intimidad, porque se hablaron balbuceando y casi sin mirarse.

Media hora después, Mauricio la acompañó hasta la calle Fleurus N°... donde Raquél habitaba un cuchitril de diez francos al més.

Al llegar á la puerta, se detuvieron. Mauricio insistió para que viniera á comer con él, jurándole que la reconduciría enseguida, pero Raquél rehusó obstinadamente, con lágrimas en los ojos. El poeta quiso saber la causa de esas lágrimas y ella inventó una historia. Solo después de mucho tiempo, supo que había llorado de hambre.

VII

Al entrar al hotel, Raquél cayó en la escalera, sin fuerzas para levantarse. Una vecina se apiadó de su suerte, la socorrió y, tres días después, le indicó una casa, en la calle de Rennes, donde entró hacer sombreros para un almacén de novedades. Trabajaba diez horas diarias, por dos francos.

Mauricio había pasado muchas veces ante el hotel, esperando encontrarla. Cuando supo donde trabajaba, la sorprendió y se hablaron.

Los dos estaban encantados de haberse conocido. Ella tenía diez y seis años, él veintitrés; ella era rubia y pequeña; él alto y moreno. Las gentes se detenían para verles pasar, cuando volvían por las calles llenas de luz, cogidos del brazo y hablándose al oido.

Así transcurrió un més más corto que una semana. Ninguno de los dos había pensado en que podían subir juntos al pequeño cuartito de la calle Fleurus. Al llegar á la puerta, se separa-

ban con un beso y se daban cita para el día siguiente. Ella comprendía que aquel hombre sería un día su amante; él sabía que aquella muchacha sería al fin su querida, pero no tenían priesa: eran tan felices en aquellos paseos inocentes, que se contentaban con entregarse á ellos, sin pensar en otra cosa.

En la primera semana del més de Agosto, Mauricio cayó enfermo. Las costumbres ya establecidas, se alteraron entonces. A la salida del taller, Raquél iba hasta el *faubourg* Saint-Jacques donde Mauricio habitaba un camaranchón grande como un taller, pero frío y desnudo, bajo las baldosas del techo.

Llegaba á las nueve, arrojaba su sombrero sobre una silla y comenzaba á maniobrar emplastos y pociones, con una sonrisa cariñosa en la comisura de los labios, endulzando el remedio con una palabra amable y esforzándose por detener el dolor ante la perspectiva de un beso muy hondo. Luego se sentaba al borde del lecho y refería las murmuraciones del taller, riendo como una pandereta cuando remedaba los gestos de Marión ó de la vieja Elvira. A las once cogía su sombrero, abrazaba á Mauricio y se perdía trás la puerta, escondiendo una lágrima.

Una noche en que el enfermo parecía estar más

grave, resolvió quedarse. Después de todo, era libre y nadie le reprocharía nada al día siguiente. Así pasaron algunas semanas. Mauricio, devorado por la fiebre, no se daba cuenta de las cosas. Sus amigos venían de tarde en tarde, en entreactos de fiesta, ardiendo en deseos de apurar la visita para volver á sus placeres. Un estudiante de medicina, compañero de café, entraba por las mañanas con un gesto aburrido, entreleyendo un diario, se sentaba, tosía, formulaba una receta y se alejaba, al cabo de diez minutos, repitiendo su eterna chanza estúpida sobre la proximidad de la muerte.

Raquél acabó por instalarse definitivamente en el camaranchón del *faubourg* Saint-Jacques. Se ausentaba de mañana para ir al taller y regresaba á las ocho de la noche.

Cuando Mauricio comenzó á restablecerse, comprendió que la situación era definitiva. Y una de las últimas noches de Agosto, mientras la luna proyectaba su resplandor vago sobre el lecho, se apercibieron de que ya no podían separarse.

VIII

En el « Café del Gato » donde entramos, volveremos á encontrar á Graveloche.

El camarero sabe que, en sonando las once, es indispensable recoger vasos y botellas, porque las discusiones se encrespan de tal suerte, que los más inofensivos instrumentos de ebriedad se convierten en razones concluyentes. Los contertulios comienzan á llegar á las nueve. Es un desfile pintoresco. El primero es Laviet, que no desemborracha nunca. Avanza á pasos desiguales, después de haber hecho crujir la puerta con un golpe seco, se deja caer pesadamente sobre la banqueta y continúa bebiendo á grandes tragos, dándose papirotazos en el estómago.

Luego vienen Germán y Louste, los dos « amigos irreconciliables » que solo se ponen de acuerdo para no estarlo, enredados en su eterna discusión sobre el arte pictórico. Trás ellos, Rispi, el revistero del *Gil Blas*, con dos ó tres modistas fáciles que ríen á carcajadas, oyéndole

hablar en negro. Más tarde Mauricio con Raquél; Rhorthe con Emma; Boulot con Jeanne. Y por fin, en una bocanada de alegría que hace temblar los vidrios, Bibí Graveloche con Vaniat, Pontalier, Chisde, Lebrun y una colección de cabecitas rubias ó morenas, — costureras, estudiantas ó institutrices — que adoran esa vida desigual y se dan á la aventura de un encuentro con la misma facilidad que un hombre. A última hora, entran el norte-americano Breuer con su eterna gorra de viajero y su gesto indiferente; Blanca Masculin con sus cabellos cortos y su desenvoltura de muchacho calavera; y el griego Cyclo, gruñendo contra los problemas matemáticos. A veces viene también Lolotte, una *amuseuse* del bulevar por quien siente Pontalier una verdadera pasión; Bertha, una comedianta del Cluny, á quien encontró Lebrun borracha, una noche, á espaldas del Panteón; y una docena de mujeres despreocupadas y hombres alegres que se conocen entre sí, sin haber sido presentados nunca.

Aquella noche se bebía más que de costumbre. Chisde, que era interno del hospital Broca, y que había cobrado los 450 francos de su trimestre, pagaba todo. Al cabo de una hora, las ideas rodaron dando tumbos, un sílbido tenáz de grillo

ronco clavó su ritmo en los oidos, y el café se balanceó en un mar furioso, como una barca desamparada.

Laviet daba puñadas sobre la mesa, pretendiendo hacerse oir y afirmando que allí estaban todos locos. Rispi, el periodista, se esforzaba por escribir su crónica, sin dejar de hablar en negro (*Musiu volé vou cheté dé sou*). Louste y Germán relampagueaban insultos, acusándose de ser dos asnos, el uno porque denigraba el impresionismo y el otro porque se apasionaba por él. Blanca Masculin, en traje de ciclista, había puesto los piés sobre la mesa, mostrando sus pantorillas flacas de mujer sin sexo. Rhorthe y Emma discutían á gritos por una saya de cuatro francos. Graveloche pellizcaba á las modistas y las ponía en lotería, con una docena de números revueltos en el fondo de un sombrero. Mauricio hacía lagrimar á Raquél, acusándola de haber tenido otros amantes. El norte-americano Breuer aporreaba una canción con su pronunciación inglesa. Y Vanlat, Pontalier y Lebrun discutían sobre si la extremidad posterior de la foca es una cola que se ha abierto en dos patas, ó dos patas que se han juntado en una cola. Pero dominaba la voz de Chisde que agitaba un billete de cien francos y exigía nuevas botellas para

brindar á la salud de los enfermos que no se habían muerto todavía.

La calle, desierta, dormitaba á la vislumbre de un farol que escupía resplandores débiles al través de sus vidrios cubiertos de polvo. Los escasos transeuntes se detenían un instante, husmeaban por las rendijas y seguían andando.

Pero la puerta se abrió de pronto para dar paso á una mujer hermosa, ataviada con esa inexplicable distinción de dama de alto rango.

— ¿ Eres tú, Bobette? — gritó Graveloche, desde su asiento.

Ella sonrió picarescamente, se sentó y vació su primer vaso...

A la una, cuando todos salieron del café, en grupos bulliciosos, Rispi se acercó discretamente á Graveloche y le preguntó quién era la desconocida.

Ella le oyó y lanzó una carcajada.

— ¡Adivina! — dijo, dejando caer su mano blanca sobre el hombro del periodista.

Y como él vacilára, aguardando, ella añadió con su vocecita adorable:

— La condesa de L***

Y echó á correr calle abajo, del brazo de Graveloche.

Al día siguiente el *Gil Blas* publicó una cró-

nica sensacional. Rispi contaba la aventura con frases canallescas, atosigando la moral con sobreentendidos crueles que provocaban la curiosidad y encendían el escándalo. Daba las señas del café, é insinuaba el nombre de la condesa, hasta ponerlo al alcance de todas las bocas.

IX

Blanca Masculin vivía sola en un granero de la calle Jean-Bart, estudiaba medicina, y era una mujer extraña, en el agotamiento prematuro de sus veintidos años. Había dejado trás ella en Moscou une leyenda imprecisa y terrible. Se hablaba de una conspiración descubierta, y de un hermano y un amante, — un primer amante, — enviados á morir á la Siberia por órden del Czar, mientras ella, burlando la vigilancia de los gendarmes, se dirigía á pié, sobre París, en la mitad del invierno.

Cuando entró á la Facultad, los estudiantes se burlaron de su traje semi-masculino y de sus maneras varoniles, pero ella se abrió paso con su energía, y un día en que álguien, más atrevido que los otros, quiso abrazarla contra su voluntad, le enseñó un revólver.

Sus condiscípulos acabaron por respetarla y se contentaron con sustituir á su apellido, Katoepeck, el de Masculin, que encuadraba mejor con

su energía y sus gustos. Las teorías de Blanca Masculin, sobre el amor eran un tanto revolucionarias. Afirmaba que los dos sexos tienen derechos iguales y recorría el barrio latino, bebiendo en todos los vasos, con una eterna llamarada roja en las pupilas, como un proyecto fijo de venganza. Los agentes secretos de la policia rusa la vigilaban obstinadamente, y más de una vez, á raiz de un atentado anarquista, invadieron su domicilio. Pero nunca encontraron nada que la comprometiera. Blanca seguía viviendo su vida de estudio como si ignorase la curiosidad, el desprecio y las simpatías que levantaba á su paso. A veces, cuando bebía mucho, se complacía en explicarse.

— Las mujeres — decía — que colocan el problema de su existencia en un despreciable deseo carnal, agigantándolo y haciendo de él un conflicto, un drama y un misterio, son estúpidas, hipócritas ó cobardes. Yo solo temo el « que dirán » de mi razón. Juzgo yo misma. Soy libre. La mujer puede tener ideales más grandes y preocupaciones más nobles que esa ridícula pantomima de un crepúsculo. Su misión consiste en muchos casos en vengar crímenes. Las que se limitan á fingir pudores y dedican todo su talento á la diplomacia hipócrita de un

apetito, no se han despojado todavía de su animalidad. La vida tiene fines más altos. El amor es solo un incidente, como la sed. Cuando en medio de la labor se tiene sed, se bebe un vaso de agua en la fuente más próxima y se sigue trabajando...

Y aquella mujer misteriosa, estudiaba diez horas todos los días, hurgando en el polvo de las bibliotecas y llenando gruesos cuadernos de notas, con un solo fin y una sola ambición insensata de derramar el bien sobre el mundo.

Cuando el periodista Rispi golpeó á la puerta del granero de Blanca, eran las cuatro de la tarde.

—¿Sabes? — dijo, enjugándose la frente. — El hermano de la condesa me ha enviado sus padrinos.

Y explicó el conflicto que había provocado su crónica del *Gil Blas*. El conde estaba indignado, pero sus sentimientos católicos le impedían provocar un lance. Desgraciadamente el hermano de la condesa, un capitán de húsares, no lo entendía así y le había provocado con cuatro líneas más insultantes que una bofetada. Lo cierto es que andaba á la caza de dos amigos para encomendarles el asunto. Y á aquella hora, no era fácil topar con ninguno. Por eso había

subido, creyendo encontrar á Graveloche. Traía noticias para él : la condesa estaba á punto de abandonar el hogar conyugal y se hablaba de divorcio.

— ¡Bah! — murmuró Blanca Masculin, — ¡Revolución de ranas! ¡Y todo por una cosa que no vale cuatro sueldos!

El periodista se encogió de hombros, afirmando la misma opinión y bajó, de cuatro en cuatro, los escalones, mientras Blanca, con su eterna sonrisa irónica, maniobraba una montaña de libros y folletos y reanudaba su estudio comparativo entre la Biblia y el Korán.

X

Después del escándalo, que los diarios habían detallado con tanta complacencia, los contertulios no volvieron á reunirse en el « Café del Gato ». Sospechaban que los curiosos, espoleados por las descripciones de los cronistas, acudirían con anteojos de teatro para verlos vivir. Y como no querían ser observados, como un grupo de hotentotes por una expedición inglesa, resolvieron cambiar de café.

Entre los que se ofrecían á sus costumbres eligieron el Procope, vieja taberna de fama arcáica, donde se dan cita aún muchos escritores y artistas que perpetúan la tradición de los cafés literarios del 40. Los parroquianos son gentes tranquilas y soñadoras, que instalan en el *estaminet* su gabinete de trabajo y exigen silencio para poder seguir haciendo juegos malabares con las rimas. De suerte que la entrada de Graveloche y su cortejo, fué un paso de *cancan* en una iglesia. Las cabelleras se agitaron,

como al empuje de un viento insólito; las frentes se cubrieron de pentágramas de arrugas; las plumas se precipitaron dentro de los tinteros irguiendo el rabo con desconfianza y veinte ojos vengativos dispararon miradas mortíferas contra los irreverentes, que hablaban á gritos y reían á carcajadas.

Pero los estudiantes no parecieron notar la hostilidad con que se les acogía. En el fondo, bajo su aparente felicidad, esperaban con angustia el resultado del duelo de Rispi. Los padrinos habían prometido traer noticias.

Cuando Mauricio y Tonelle aparecieron, seguidos del periodista, con caras alegres de gentes que acaban de ganar un premio gordo, les saludó una aclamación entusiasta.

Los detalles eran poco interesantes. Había sido uno de esos duelos tan comunes, en que el neófito vence al espadachín, sin saber cómo. En el primer encuentro, cuando el capitán desvió el brazo, preparando un golpe mortal, Rispi alargó instintivamente el suyo y le atravesó la muñeca.

El periodista distribuyó apretones de mano, dijo esas dos ó tres balandronadas inocentes de duelista feliz y la conversación reanudó su giro tortuoso con sus remansos imprevistos y la inva-

riable sonrisa incrédula, que flotaba, como una nube, sobre las almas.

En un ángulo del café, gruñía un hombre pequeño de barba gris y tez roja, un alcohólico, un *raté*. Ni escribía, ni parecía pensar, sumido en un letargo vacío. Era Champeaux, el viejo bohemio tan mentado por su abyección y sus desgracias. Un hombre sube en razón inversa del talento de que puede disponer, pero baja en razón directa : su intelectualidad, es un peso que tiene que levantar cuando asciende y que le arrastra, á su pesar, cuando rueda. Las llagas se agrandan con el desaseo y el renunciamiento es un abandono que ensancha los vicios. Champeaux había luchado; pero, después de la derrota, se abandonó á todos los vientos, sin voluntad, incapaz del menor esfuerzo para contenerse ó para empujarse, como una hoja sobre la calzada, cayendo en todos los charcos. Había tenido su hora de celebridad, su nombre había brillado en la primera página de todos los periódicos y luego había resbalado y caído, sin causa aparente, en uno de esos hundimientos sigilosos que socavan los cimientos y acaban por tragarse el edificio. Era el resto de un naufragio. Todas las impurezas encontraban una puerta abierta en su voluntad; vivía respirando microbios de

alma, y, sin embargo, en el fondo cenagoso de su conciencia, florecía aún algo del ensueño de su primera juventud : una flecha de audácia, dirigida sobre imposibles.

Graveloche era filósofo á ratos y observaba al bohemio con cierta frívola compasión. Se inclinó al oido de Laviet:

— Mira, — le dijo, — lo que serás cuando tengas cuarenta años. Has adoptado un vicio (el ajenjo), creyendo embellecerte, como las mujeres se ponen un lunar postizo. Y hay lunares que se agrandan y acaban por cubrir el rostro.

Yba á añadir algo más, pero miró hácia la calle y contuvo un movimiento de asombro. De un carruaje que acababa de detenerse à la puerta, bajó una mujer jóven. Era la condesa. Su silueta elegante avanzó entre el humo. Una mano enguantada de blanco estrechó la mano de Graveloche y dos ojos brillantes saludaron á los demás. Luego se sentó junto á Rispi. Y cuando vió que el periodista, sorprendido, no sabia que decir, le echó un brazo al cuello y le dijo en alta voz :

—No tiene Vd. porque temerme, señor Rispi. No he autorizado á mi hermano para que defienda una virtud que no tengo. Si él le ha desafiado á Vd., ha sido por seguir la moda. Vd. ha sido más diestro y le ha herido. Eso no impide que

sigamos siendo tan buenos amigos como antes. En cuanto á las indiscreciones, están perdonadas. Las escribió Vd. con mucho talento. Y además, creo en la aristocracia del escándalo. Comerá Vd. con nosostros, ¿ verdad Bibí ?

Graveloche sonrió desde su asiento y la condesa escribió, al márgen de una crónica de Rispi, el *menu* que encargarían aquella noche en el *Rat mort.*

— Sea como sea, — dijo á media voz Louste, que no abandonaba sus prevenciones burguesas, — me parece demasiado. No contenta con exhibir la continuación de sus relaciones con Graveloche, abandona á su hermano herido para venir á estrechar la mano del heridor y comer con él. El capitán se ha batido para defender la honra de una mujer que tiene muy poca.

— Eres un estúpido, — repuso Tonelle, en el mismo tono, — admiro su concepción de la vida. Todos esos sentimientos y deberes con que la sociedad nos acorrala, son decoraciones de teatro. La única ley, está dentro de nosotros.

Y poco después, cuando salieron en grupos, Rispi y Graveloche subieron al carruaje de la condesa.

XI

(Nadie puede enfadarse con Berladún, que interrumpe con su entrada el hilo de la narración. Berladún es uno de esos personajes indisciplinados, indignos de la novela, que ignoran su verdadera misión de muñecos de trapo y emiten la pretensión de entrar y salir á su antojo, sin prévio permiso del autor. Hay que aceptarlo como es, — ó, como era, para hablar más propiamente :)

Flaco, anguloso y rezongador, más tímido que indiferente, menos entusiasta que obstinado, harto altivo, vagamente original, y mediocre, profundamente mediocre, como un boceto de aprendiz. Era músico y habitaba un camaranchón junto al desván de Graveloche. Su ajuar se componía de una cama de hierro, una maleta destartalada y un violín. El violín era el arma de Berladún.

Al salir de Gascuña, á la conquista de París, con un entrevero de melodias dentro del cráneo

y ochenta francos escondidos en el forro del chaleco, lo limpió, lo lustró, lo acicaló y, colgándoselo á la cazadora sobre la espalda, echó á andar por la carretera, tarareando una marcha triunfal, en un *stiple chasse* de semifusas. Durante los primeros meses de estadía en París, el violín fué su único compañero. Y era de ver como, al rayar la aurora, descendían los dos las escaleras y atravesaban las calles y los campos hasta llegar á la floresta de Saint-Germain, donde, á la sombra de un árbol añoso, se animaba el arco deshilachado, haciendo flotar sus hilos como crenchas de mujer desgreñada y arrancando acordes que enloquecían á los pájaros, fingiéndoles un compañero cautivo en el vientre polvoriento de la caja

Berladún no tardó en estrechar amistad con Graveloche. El temperamento desenfrenado del estudiante, se impuso á los asombros del provinciano. Berladún formó parte de la caravana alegre. Y una noche, en el Café del Gato, trabó relación con una obrera que había entrado allí por casualidad, entre un grupo de amigas bulliciosas. Se llamaba María, tenía diez y ocho años y su timidez la hacía pasar desapercibida casi siempre. Sus compañeras le daban bromas porque no había tenido ningún amante todavía y le

aseguraban que, á su edad, su estado era ridículo.

Cuando Berladún se sentó al lado de María y la habló con su incurable bonhomia provinciana, la muchacha se puso roja de emoción y, ella tímida, él tímido, conversaron toda la noche sin decirse nada. Fué una sinfonía que duró casi un més, hasta que una noche, sin saber cómo, compartieron el camaranchón de la calle de los Frailes.

Las amigas de María se divirtieron mucho con la aventura. Una de ellas, Suzón, una mujerota grande y risueña, que, aunque vivía con sus padres, encontraba medio de vivir con sus amantes, contó una noche en el café, la historia de los escrúpulos de María. La muchacha había acabado por creer que su estado era ridículo, y, como amaba de verdad á Berladún, temblaba, en el temor de que éste la despreciára, al saber que no se había librado todavía. Esa fué la razón que la indujo á resistir durante tres semanas. En sus conversaciones con el músico hacía esfuerzos para afectar desenfado y hacerle creer que lo sabía todo. Hasta que una noche, la víspera de una cita definitiva, se entregó con repugnancia á un desconocido, para poder ir al día siguiente con la frente alta, en la seguridad

de que ya era mujer. Y así fué, concluyó Suzón, riendo á carcajadas, como María se dió á otro por amor á Berladún.

El músico vivía del producto de dos lecciones, que daba á vil precio, y de una pensión de seiscientos francos al año que le enviaban sus padres, en trimestres de doce luises. María trabajaba también en un taller de la calle de la Paix; cobraba todos los sábados al rededor de veinte francos.

Y el violín aguardaba el momento de conquistar el mundo, acostado en su estuche de cartón, de donde solo salía para caer en brazos de Berladún. La espera se hacía larga. La gloria era una coqueta que pasaba sonriendo, con su vestido abierto á la romana, pero que se esquivaba siempre. Berladún comenzaba á impacientarse. Cuando salió del pueblo, prometió á sus padres, que le bastarían seis meses para hacerse famoso, creyendo que al día siguiente de su llegada, podría escribir el *Vini, vidi, vinci,* de César. Y había pasado un año sin que ningún editor aceptase su música y ningún director de teatro le llamára á dirigir una orquesta. Las cartas de sus padres se hacían cada vez más premiosas. ¿Cómo? ¿Todavía no le habían coronado como á ese señor Wagner que no pasaba de

ser un alemán? Á su edad, veintitrés años, el hijo de la Tomasa había recibido el primer premio en el concurso agrícola. Berladún se disculpaba como podía, pidiendo paciencia y afirmando su confianza en la victoria. Pero comprendía que un día ú otro le significarían la órden de volver al terruño. Aquellos honrados campesinos no podían comprender que se necesitára más tiempo para adquirir un nombre, que para recoger una cosecha.

Berladún se consolaba empuñando el arco y ejecutando variaciones vertiginosas, para tranquilizarse y convencerse de que tenía talento. Cuando Graveloche entró una tarde y le dijo que había conseguido hacer incluir su nombre en el programa de un concierto, estuvo á punto de caer sin sentido. Ese concierto era una puerta abierta sobre la inmortalidad. Bien podía valerle un puesto de profesor en la academia. Y, sobre todo, así que oyeran su *Sinfonía á la luna*, su fortuna estaba hecha.

XII

El concierto fué una idea de Rispi, aceptada alegremente por aquel extraño cenáculo donde soplaba un viento de motín. El pretexto era recolectar fondos para los obreros mecánicos que estaban en huelga desde hacía dos meses; pero, en realidad, se trataba de una jornada de retozo, en la que, sin dejar de brindar por el triunfo de la república social, se hablaría más de amor que de política y ménos de revolución que de arte. Aquella jauría juvenil, empalidecida por la incredulidad, acogía todas las doctrinas con una sonrisa de escepticismo. Llegado el caso, acudiría á la barricada, pero consumaría el sacrificio sin creer en su utilidad, segura de que hay un fatalismo insobornable que nos empuja constantemente hácia el mal, en una caída sin fin de pesadilla.

Flageole, un cancionista de Montmartre, se había ofrecido para recitar su famosa *Historia de un beso*, Jeanne Dahur cantaría dos ó tres *grivoi-*

series, Palthon y Lolotte detallarían una pantomima sugestiva : « La Belleza y el Amor », Louste improvisaría cuadros al carbón, y una media docena de aficionados interpretarían un sainete en el que habían colaborado todos. Las poesías de Mauricio y Tonelle, un terceto de mandolinistas y la *Sinfonía á la luna* de Berladún, completaban el programa.

Nunca se había amontonado tanta y tan bulliciosa gente en aquella pequeña sala de la calle de Assas. Los grupos desbordaban sobre el patio, borboteando conversaciones alegres. Era un entrevero donde flotaban, como olas, los birretes de los estudiantes, los grandes chambergos de los artistas, las cabelleras desordenadas y los sombreros multicolores florecidos de rosas vivas, que formaban un techo de primavera sobre las cabecitas rubias de las mujeres. En el hacinamiento de aquel público original, las manos se estrechaban, las risas partían como cohetes y las bromas gordas se aplastaban sobre las víctimas, levantando una tempestad de exclamaciones.

Como no había asientos para todos, los hombres sentaron á las mujeres sobre las rodillas. Luisa, la antigua querida de Graveloche, se había acurrucado en un rincón, buscando con los ojos al estudiante á quien hacía

una semana que no veía. En el fondo, entre un grupo agitado, se destacaba la silueta impasible del norte-americano Breuer.

El concierto empezó entre aplausos y risas. Los actores cambiaban saludos y frases con el público. De tiempo en tiempo se oía el grito agudo de una muchacha á quien pellizcaban las pantorrillas y luego una risa nerviosa, ahogada por el aplauso que saludaba la entrada ó salida de un actor y el estribillo picaresco de una canción popular.

Pero cuando Berladún, enjuto bajo sus cabellos desteñidos, apareció en la escena con su violín, empuñó el arco y arrancó la primer nota, una exclamación brotó de la sala. Aquella nota era un chirrido de gonces tomados de orín, una voz dolorosa y grotesca á la vez, que hincaba el aguijón en el tímpano, prolongando un cosquilleo. Trás de esa nota, vinieron otras, en pelotones confusos que desafilaban los dientes y hacían correr escalofríos sobre la espalda. Las gentes se miraban sorprendidas y el mismo Berladún parecía inquieto, porque vigilaba á hurtadillas su violín y parecía recibir una sorpresa en cada nota. Porque el violín no sonaba aquella tarde como de costumbre. Parecía que las vibraciones se escapaban por rendijas invisibles, con sílbi-

dos agudos de bestia que se queja. Pero Berladún se decía que el violín no podía haber cambiado de voz en tan poco tiempo, atribuía la desafinación á un espejismo de sus oidos, y continuaba rascando las cuerdas, con grandes gestos de inspirado, sustituyendo, mentalmente, las notas falsas por las verdaderas, y entregándose al vértigo de su sinfonía, como á una tromba.

Pasado el primer momento de estupor, las protestas comenzaron á hacerse oir, primero sordamente y luego en voz alta. Berladún comprendió que aquellos rumores iban contra él y palideció, sin dejar de tocar y sin poder detener su brazo, como el hombre lanzado en una carrera vertiginosa va más allá de donde se propone, llevado por el ímpetu. La sala se encrespó. Algunos gritaron : ¡ basta ! Y Berladún perdió la cabeza. Sus grandes ojos se clavaron en la multitud, sus piernas vacilaron, en un temblor convulsivo y, en uno de esos contrasentidos de la razón que nos hacen prolongar una carcajada ante el miedo, siguió rascando las cuerdas, inundado de sudor y ensordecido por el espanto, sin explicarse por qué reían y amenazaban, arrancando notas y notas, en la insensatez de un hombre en medio de un desastre, obrando sin saber lo que hacía.

El tumulto fué indescriptible. El clamor de las voces, ahogó las notas del violín.

— ¡ Está loco ! — gritó álguien.

Y cinco estudiantes treparon á la escena. Pero Berladún, en esa última crispatura de la desesperación que precede al llanto, empuñó el violín por el cuello y lo dejó caer sobre la primer cabeza que surgió del grupo. El instrumento se astilló, lanzando un último gemido estridente y, mientras cien brazos se estendían, Berladún se abrió paso entre la muchedumbre cimbreando el arco como una fusta y huyó, desmelenado y atónito, como un ciervo perseguido por los canes.

Una carcajada formidable sacudió los vidrios. Algunos aplaudieron. Todos convenían en que era necesario tener audacia para burlarse así de las gentes. Los mismos amigos de Berladún no se explicaban aquella fantasía. Pero todas las risas y todas las burlas se apagaron, cuando, junto al muro, entre un grupo compacto de curiosos, vibraron los gritos de una mujer víctima de un ataque de nervios. Era María, que no había podido resistir el desastre de su amante.

XIII

Al día siguiente, cuando se reunieron por la tarde en el desván de Graveloche, los amigos estaban indignados. Se sospechaba que el fracaso de Berladún era debido á la malevolencia de un tercero. Rispi, que recogió las astillas del violín después de la batalla, descubrió que la caja tenía agujeros de barreno. Y, adicionando recuerdos, se vino á saber que Valipeaux, un muchachote mofletudo, célebre por sus travesuras, había tenido el violín en sus manos, poco antes del suceso.

Berladún había cedido á una crísis de locura. Cuando huyó del concierto, Breuer le detuvo en momentos en que trataba de arrojarse al Sena. Fué preciso maniatarle, para conducirle al manicomio. Y allí estaba, en su celda fría y húmeda, creyendo arrancar notas de un violín invisible y escuchar aplausos atronadores. Ya no le volveremos á ver. Fué una silueta y pasó.

Lo cierto es que la reunión de aquella tarde era numerosísima. Por la noche había baile de máscaras en Bullier y todos discutían sus disfraces, concertándose en parejas para pasar una noche de locura. Blanca Masculin iría con Louste, con los disfraces invertidos, ella de Pierrot y él de Colombino; — Germán iría con Emma, á quien Rhorthe había abandonado por una figuranta del Odeon; — Mauricio con Raquél y Boulot con Jeanne, de pescadores napolitanos; — Breuer con Bertha, la comedianta del Cluny; — y luego, en un grupo confuso, Rispi, Lebrun, Vaniat, Pontalier y Chisde con Sarah, Lolotte y una turba de modistas, en trajes de guerreros, chulas, ingleses, bailarinas, frailes y japonesas. Laviet iría solo; sus compañeros, la botella y el vaso, le esperaban en Bullier como en todas partes. Graveloche se disponía á acompañar á la condesa, á quien había prometido, desde hacía mucho tiempo, un baile de estudiantes.

De pronto, la puerta se abrió bruscamente y entró Luisa.

— ¿ No esperabas verme? — dijo dirigiéndose á Graveloche, — ¿ verdad ? He venido á buscarte cien veces, te he escrito, te he esperado en los sitios que frecuentas, pero has sabido esquivarte. Eres muy hábil. Pero yo lo soy casi tanto como

tú, puesto que te encuentro al fin. ¿Por qué me has dejado?

— No quiero discutir historia antigua, — murmuró el estudiante; — cuando Napoléon se vió obligado á abandonar el trono, no tuvo la fantasía de venir á preguntar por qué lo había abandonado.

— ¿Sí?

— Indudablemente.

— Fué un error. Yo me he dado á tí toda entera y tengo derecho á pedirte cuenta de lo que has hecho conmigo.

— Bueno, — interrumpió Graveloche, á quien estas escenas desagradaban, — mañana continuaremos, como en los folletines.

— ¡Ahora! — repuso la muchacha, con una firmeza que hizo temblar á todos. — No te haré el reproche de haberme seducido; si compartí tu lecho, fué por mi voluntad. Pero hay una cosa que no te perdono. ¿Por qué no me dijiste que mi cariño era un juguete? Fingiste amor, creí en ese amor y te amé. De haberme advertido que nuestro idilio acabaría tan pronto, habría combatido mi cariño, sin dejar de estar en tus brazos. Pero has sido refinadamente cruel. Me has jurado cosas que no deberían creerse nunca y me has empujado á la pasión, para tener

después la cobarde voluptuosidad de verme sufrir. Hablo sériamente. Ahora, no puedo vivir sin tí. ¿ Me entiendes ? Te necesito. Y sea como fuere, has de volver á mí; — te lo juro.

— Eres una niña; las primaveras...

— Conozco tus frases. Pero hoy no las escucho. No vengo á pedirte consuelo; vengo á exigirte amor. ¿ Sabes lo que es una mujer que quiere ?... ¡ Ah ! si, lo sabes; te han querido muchas veces en tu vida y eso es lo que ha paralizado tu corazón. Pero las otras... las otras no te querían como te quiero, porque sinó, te hubieran obligado á quererlas siempre. Sé que esta noche vas al baile con la condesa y vengo á exigirte... — (y luego, en una transición dolorosa), — no, no, vengo á rogarte... vengo á rogarte que no vayas, que olvides esos amores de capricho y vuelvas á mí. No sabes cuanto he llorado. Si eres bueno, comprenderás...

— Comprendo, — dijo Graveloche, sin saber lo que decía.

— No irás con ella, ¿ verdad ? — continuó Luisa sollozando y tratando de envolverlo en una caricia inmensa. — Iremos los dos, como en aquellos primeros días, cuando yo era una chiquilla inocente que lo ignoraba todo y te preguntaba si un hombre puede querer á dos

mujeres al mismo tiempo. Vendrás conmigo.

— No es posible, — interrumpió Graveloche, — he dado mi palabra á la condesa y no puedo faltar.

— Te juro, — gritó la muchacha, en una brusca emboscada de pasión, — que no entrarás al baile.

— ¡ Bah ! — murmuró el estudiante, con un gesto desdeñoso.

Ella le miró fijamente, afectando tranquilidad. Su boca tenía una mueca. Desde la puerta, con la mano en el picaporte, murmuró :

— ¿ Estás decidido ?

— Naturalmente.

Y se fué. Su taconéo se prolongó á lo largo del corredor y la escalera, hasta ahogarse en el patio.

Eran las ocho de la noche y todos bajaron á comer en grupos dispersos, unos á la cremería de la calle de la Sorbona, otros á la taberna del Escudo y los más á una pensión de estudiantes de la calle Thenard, donde se hacía crédito. Luego volvieron, para vestirse.

A las diez, los grupos bulliciosos remontaban el bulevar St-Michel y una muchedumbre alegre se amontonaba á las puertas del baile. Graveloche y su compañera se abrieron paso con los codos. Y allí se desató el drama.

La condesa sintió que una mano se apoyaba sobre su hombro desnudo y que una voz le murmuraba al oido: « ¡ Ladrona ! » Apenas tuvo tiempo para volverse y lanzar un alarido de dolor.

— ¡ El vitriolo ! — gritó, cayendo desmayada.

Y mientras una bocanada de valse se escapaba por las puertas de Bullier y se perdía caracoleando en la calle, los gendarmes se apoderaron de Luisa, la condesa fué conducida á la farmácia y Graveloche, presa de una de esas crísis de sentimentalismo que le eran tan propias, se echó á correr calle abajo, gritando que era un miserable.

XIV

Era la hora en que las mujeres harapientas se asomaban á los figones, buscando á sus maridos, que bebían en torno de las mesas manchadas. Los grupos se detenían ante las puertas, hablando á media voz, acechando por las rendijas y aguardando, sin atreverse á entrar, hasta que un juramento brutal los dispersaba. Entonces los hombres continuaban bebiendo, discutiendo y dando puñadas sobre las mesas, mientras las mujeres se alejaban, arrastrando por la mano á sus pequeños que sollozaban en el silencio de calles oscuras.

Aquel barrio de obreros, cavado, como un agujero de sombra, en medio de la ciudad resplandeciente, no ofrecía otro espectáculo á las nueve de la noche. De tiempo en tiempo un beodo que zigzagueaba bajo el resplandor de los reverberos, dos gendarmes que le prendían y le llevaban calle abajo, y luego, el interminable

desfile de mujeres medrosas que pasaban ante los figones, recortando sus sombras sobre la claridad de los muros.

Esas tabernas miserables, con sus paredes frías y sus pisos de baldosa, eran el último refugio de los desterrados de la vida. Allí se desataba el nudo de las tragedias del hambre, y allí nacían á veces las ideas de venganza que provocan las hecatombes. Las mujeres temían esas rebeliones y vigilaban sin reposo, llevando de la mano á sus chicuelos, como una razón suprema que desarmaría los brazos.

A tales horas solía pasar por esas calles un hombre misterioso que, arrebujado en su abrigo se detenía á acariciar á los pequeños y á distribuirles monedas de cobre, con palabras dulces que hacían llorar á las madres. Nadie le conocía, pero todos le veían llegar con cariño. La moneda que dejaba caer en una mano, servía muchas veces para apagar el hambre de una familia.

Una noche en que Mauricio y Raquél entraban á París por la puerta de Clignancourt, después de un largo paseo por los campos, le sorprendieron en los alrededores de la calle Ordener, entre una rueda de criaturas ávidas que lloraban de alegría. El hombre les vió avanzar á la claridad de un farol, distribuyó precipitadamente

las últimas monedas y se alejó, apretando el paso para no ser reconocido. Pero Mauricio se obstinó en saber quien era; había encontrado un corazón en medio de tantos egoísmos y no quería perder la pista.

El desconocido se apercibió de que le seguían y se internó por callejuelas estrechas, hasta llegar á la calle de Orán. Allí vaciló un instante y se precipitó en la de los Guardias, hasta el bulevar de la Chapelle. Luego entró en la de Guy-Patin y se deslizó por la de Rocroy hácia la de Hauteville. Al llegar al bulevar Bonne-Nouvelle volvió la cabeza y, como sus dos perseguidores vinieran siempre trás él, se abandonó al acaso en un dédalo de callejas enmarañadas, atravesó los mercados y ganó la ribera izquierda del Sena. Al pisar el murallón de los Agustinos, Raquél confesó que no podía seguir. Estaba encinta de cuatro meses y aquella carrera desenfrenada había agotado sus fuerzas.

— Cien pasos más, — insistió Mauricio.

Y efectivamente, al cabo de algunos pasos, el misterioso personaje dobló en la calle de los Frailes y se perdió en el hueco de un portal.

— ¡ Es Graveloche ! — gritó Mauricio triunfante, — tiene más alma de la que le concedemos.

La muchacha olvidó su fatiga ante aquel desenlace inesperado.

— Después de todo, — gruñó el poeta, mientras se sentaban en un banco de la avenida, — el corazón es el carozo; la fruta puede estar podrida, sin que él sufra.

Y luego, en un hipo de escepticismo, mientras encendía la pipa:

— Pero... haya un filántropo más; — no habrá ménos lágrimas.

XV

Dos semanas después, Graveloche, que había olvidado el drama de Bullier, comió con un antiguo amigo de colegio, el vizconde de Z***, Gastón, como le llamaban sus íntimos. El estudiante, con sus costumbres vagabundas, no aceptaba la prisión de un barrio determinado y los recorría todos, desde la Villette hasta la Opera, con el raro talento de parecer estar siempre en el suyo. Comieron en un gran café del bulevar. Los dos adoraban estos encuentros periódicos: el vizconde hacía provisión de alegrías, escuchando al estudiante, y el estudiante se fingía una nobleza, con la proximidad del vizconde.

Cuando apuraron el último sorbo de café, salieron de la terraza y remontaron el bulevar de los Italianos, lentamente, cogidos del brazo. Eran las diez. En las esquinas brillaban grandes letras de luz, anunciando los espectáculos; los carruajes se entrecruzaban en la cal-

zada, tripulados por mujeres alegres que reían á boca llena; y la multitud les codeaba al pasar, compacta y burbujeante, con un rodar de conversaciones incoherentes, tajadas por risas.

Gastón observó que dos mujeres que caminaban delante de ellos, volvían á menudo la cabeza, incitándoles á abrir conversación. Las observó á la luz de un escaparate. Una tenía cuarenta años y era hermosa todavía, dentro de su traje circunspecto de señora formal; la otra tendría dieciseis y exageraba su juventud con un vestido corto y aires de colegiala.

— Artículo para extranjeros, — dijo el vizconde. — Madre é hija. Un producto parisiense que abunda. Me imagino todos los detalles: un entresuelo en la calle de Roma ó Lepelletier; reciben en su casa; se dicen viuda é hija de un antiguo prefecto; la madre se ha retirado de los negocios para asumir la gerencia de los intereses de su hija; las dos tienen un mismo amante que las explota, pero ellas se vengan sobre los tontos, que se ponen á su alcance. Déjalas pasar y vamos á casa de Julia.

Pero Graveloche se opuso resueltamente. Sus principios no le permitían rehusar un beso. Casualmente, aquel día estaba vestido como un hombre del mundo. Mitad por orgullo, mitad

por ironía, cuando debía encontrarse con el vizconde buscaba medio de procurarse un frac y un sombrero de copa.

— Está bien, — dijo Gastón, sonriendo; — siempre que asumas toda la responsabilidad del ataque.

Graveloche las invitó á entrar á un café. En la sala dorada, cubierta de espejos y pinturas, la madre se dió á lamentar su suerte. La vida era muy difícil y los hombres no parecían ahora tan galantes como en otros tiempos.

Graveloche no aguardó á saber más.

— Mira, — dijo á la muchacha, tomándole familiarmente las dos manos, — ¿quieres que sea tu novio de esta noche?

La madre sonrió complacida y habló de una deuda que la atormentaba. Diez luises que tenía que pagar el día siguiente.

El vizconde había encendido un cigarro y fumaba en silencio, con su fría indiferencia aristocrática y el escepticismo de sus veinticinco años. En una mesa próxima reinaba un rastacuero, haciendo relampaguear sus brillantes entre dos cabecitas rubias. Más lejos, sonreían dos mujeres solas, absorbiendo un helado y aguardando. Y en el fondo, bostezaba un matrimonio inglés, digiriendo mal sus asombros y

viendo naufragar todas sus prevenciones en aquella atmósfera libre.

Cuando la chicuela se insinuó directamente, Graveloche se irguió sobre su silla, con una indignación fingida que hizo reir á los vecinos.

— ¿Qué razón tenía ella para creer que él era un imbécil? Es verdad que aquella noche estaba bien vestido, pero no bastaba un indicio para condenarle. ¿Le había ella visto encender un buen cigarro para arrojarlo enseguida? ¿Le había oido citar el nombre de un autor griego? ¿Le habían dicho que él leía á Sainte-Beuve? ¿Le constaba á ella que él tenía dinero?... Y si ninguna de esas cosas eran ciertas, ¿por qué se aventuraba á suponerle tonto?

— Estoy bien vestido, — concluyó, — pero hay una circunstancia atenuante : el traje que llevo puesto es alquilado y no pienso pagarlo. Por lo demás, no he descendido aún hasta comprar los besos.

Y, arrebatado por su propio empuje, siguió acumulando redundancias, con su elocuencia nativa de provenzal.

El vizconde observaba la escena con interés. A medida que Graveloche hablaba, la cara de la madre se contraía, perdiendo toda su fingida bondad y amenazando con los ojos, y la de la

hija se humanizaba, olvidando sus contornos estudiados de virgencita enfermiza, para sonreir como mujer, bailando alegrías con los labios.

— ¡Vámonos! — dijo de pronto la madre, con un laconismo agresivo.

Pero la muchacha se negó á seguirla, arguyendo que ya estaba harta de sonreir todas las noches á gentes que no le gustaban. También tenía ella derecho á elegir, de tiempo en tiempo, sus amantes. Y como la vieja insistiera, diciéndole que Graveloche era un harapiento, que no tenía cuatro sueldos en el bolsillo, la chicuela repuso que no le importaba y que quería divertirse. Si él no tenía con qué pagar la cena, ella encontraría medio de pagarla. Al fin y al cabo, había cobrado horror á aquellas dos sortijas que la lastimaban los dedos.

— Tienes razón, pequeña, — dijo distraidamente el vizconde, mientras la madre trasponía la puerta del café, volviéndose para lanzar una última mirada que era un insulto.

Fué un incidente. Y todo acabó ahí.

Gastón pretextó su partida de *bacarat* y se alejó en un carruaje hácia los Capuchinos. Graveloche y Alicia echaron á andar hácia la puerta San-Martin, con los brazos entrelazados, como dos camaradas que salen de la escuela. Y el

bulevar, inmenso y mezclado como una síntesis de la vida, siguió rodando la avalancha de sus dramas y sus comedias, en grandes olas de carmín, de engaño y de desenfreno.

XVI

El primero de Noviembre, para festejar el comienzo del año escolar, almorzaron en un *cabaret* de la calle Malebranche. A decir verdad, no había allí más estudiantes que Graveloche, Vaniat, Pontalier, Boulot, Chisde, Cyclo y Blanca Masculin; —pero había tres pintores: Germán, Louste y el norte-americano Breuer, — dos poetas: Mauricio y Tonelle, — un periodista : Rispi, — un escultor : Rhorthe, — dos bohemios incorregibles : Laviet y Lebrun, — y un puñado de muchachas alegres : institutrices, modistas y figurantas, entre las cuales no faltaban naturalmente, Raquél, Jeanne, Emma, Lolotte, Bertha, — y Alicia, que no había abandonado á Graveloche desde la noche anterior y que no pensaba en volver á su casa.

Era un pequeño salón en el entresuelo, de paredes color humo, vestido con el aséo de los mesones de Holanda. Una mesa angosta de pino

pintado, dos docenas de sillas, una alacena con anaqueles recubiertos de papel azúl y cuatro oleografías históricas, componían el ajuar de lo que en aquel pequeño establecimiento se llamaba pomposamente la *sala de fiestas.*

El propietario era un hombre flaco y desdentado que unía á su comercio de fondista, otro no ménos lucrativo de posadero turbio : alquilaba cuartos á crédito á las muchachas que venían de provincia buscando trabajo y si estas, como ocurría casi siempre, no habían encontrado empleo al cabo de dos meses, las obligaba á elegir un protector, entre el grupo de viejos opulentos que venían por las noches á su trastienda, husmeando carne jóven. Aparte de esta pequeña habilidad de huésped, *le père Emile* era un hombre incomparable que había sacado á los estudiantes de más de un apuro.

Cuando supo que el grupo había elegido su casa para celebrar el almuerzo, se apresuró á combinar un *menu* de á dos francos por cabeza, dispuso sus célebres ramilletes de trapo y colocándose entre los dientes, á manera de cigarro, su mejor sonrisa, se dió á vigilarlo todo, con la servilleta bajo el brazo, mientras la criada que era el único servidor á sus órdenes, corría de un lado á otro con las pilas de platos gruesos,

maldiciendo de las fiestas y de los que se prestaban á organizarlas.

Apesar de todo, el banquete no fué muy alegre. La inmensa tristeza de un primer día de invierno, teñia de gris la calle casi desierta. La lluvia azotaba los muros y el huracàn sacudía las persianas con ímpetus que parecían rachas de cólera. De tiempo en tiempo, álguien se levantaba de la mesa con la servilleta al cuello y se acercaba á los vidrios empañados, para mirar hácia la calle. Todos tenían el mismo lamento en los labios, al asistir á ese comienzo de invierno que proclamaba el fin de las excursiones campestres y las meriendas locas en los bosques. Era el adios á las florestas y á los amores bucólicos, á los besos que espantan á los pájaros y á las carreras insensatas sobre el césped, á los crepúsculos rojos y á las siestas tranquilas en los recodos del camino, al abrigo del sol. ¡ Cuantos recuerdos de días felices resurgían ante el naufrágio de la estación hermosa ! Ellas pensaban en su primer caída de amor, borrachas de primavera, en un mesón de Suresnes ó en la maleza del bosque, sobre la yerba. Ellos, en los hermosos idilios comenzados y rotos, en esa inquietud febril de la juventud, que nos hace ensayar todas las cosas, sin detenernos en nada.

Quizá nacía, en el fondo de las conciencias, el pesar de un lazo desgarrado en un día de malhumor, la evocación de un perfíl casi perdido y el triste convencimiento de que, al llegar la nueva primavera, cambiarían las caras y los besos y que el capricho seguiría barajando los corazones y rompiendo los amores de ayer, para hacer los de mañana, en una evolución fatal á la que nadie podía sustraerse.

La lluvia seguía salpicando los vidrios, con sus gotas brillantes como lágrimas.

A los postres se conversó de Berladún, que reía en el manicomio, más feliz que nunca, en medio de su apoteósis imaginaria. María se había suicidado, en una noche de desesperación.

Cuando se habló de Luisa, Graveloche sonrió tristemente y confesó que había ido á verla dos veces à la cárcel, pero que ella no había querido recibirle. En cuanto á la condesa, estaba encerrada en su castillo de l'Eure, curando sus llagas en la oscuridad de una pieza donde solo entraba su lacayo. Felizmente para ella, el vitriolo no le había alcanzado á la cara; pero había caido de lleno sobre el pecho, manchándole aquella garganta escultural que era su orgullo de mujer fácil. ¿Qué dirían sus amantes futuros?

— Vale más que sea el pecho, — tronó Laviet,

dando una manotada sobre la mesa, — porque es lo último que se desnuda.

Breuer contó sus esperanzas para el próximo *Salon*. Preparaba una tela que haría oleaje : un campo vasto, muy vasto, que se perdía á lo lejos, sin horizonte, bajo el polvo dorado del sol, y, en primer plano, fuera del cuadro si era posible, una mujer de rasgos inciertos, que trataba de abarcar con sus ojos aquella inmensidad. Germán declaró que la idea era hermosa, pero Louste, atado á su clasicismo, murmuró que el cuadro sería rechazado. Él preparaba, por su parte, un paisaje : una cascada en la selva.

— Convéncete, — gruñia Germán, recomenzando su eterna disputa, — de que el arte debe decir mucho más. Limitarse á copiar, es obra de fotógrafo ; atreverse á hacer sentir, sugiriendo, es obra de artista.

Pero Louste se enfadó, diciendo que la nueva escuela se reclutaba entre los desequilibrados y que de todas aquellas fantasías, no quedaría una pincelada.

La lluvia caía y caía, inundando la calle.

Vaniat se puso de pié, levantó el vaso, lleno hasta el borde, y propuso un brindis :

— Por los que sufren. Para que la luz llegue á todos los corazones y la sonrisa à todos los

labios ; para que el amor sea artesano de dicha; para que todas las manos se estrechen y todos los séres fraternicen. Bebamos á la Razón, à la Justicia, á la Primavera y al Amor.

Y como Mauricio no hubiera levantado la copa, se explicó, diciendo :

— No brindo por quimeras. Bebamos al Dolor, que es lo único seguro.

Graveloche se levantó y se acercó á la ventana para ver caer la lluvia.

— Es un día de poetas, — murmuró Chisde, apurando su vaso ; — que hable Mauricio.

Mauricio paseó sus ojos, vagos, pidiendo consejo, y como todos calláran, recitó en voz muy baja *La Musa del Ajenjo* :

Tus ojos de felpa oscura
Tienen extrañas virtudes
Que provocan la locura.
Con su fijeza inquietante,
Parecen dos ataúdes
Que acechan almas de amante.

¡ Cuán tristes son tus amores !
El lecho en que hemos llorado
Fué un cementerio con flores.
Y el surco de mi quimera,
Parece un crespón atado
En la curva de tu ojera.

Mudos los dos en la sombra
Del diván, con miedos vanos

Soñamos que álguien nos nombra
Y, en la bruma de las dudas,
Vemos que pasan gusanos
Sobre las carnes desnudas.

No eres la muerte. Tu boca
Es un secreto sin dueño,
Y hay en tus besos de loca
Un vago mar de ambrosía
Donde navega un ensueño,
Como un vajél, hacia el día.

Pero tus ojos, estanque
Donde flotan cuerpos muertos,
Detienen el noble arranque
Y dan al alma angustiada
Una impresión de desiertos
Por donde marcha la nada.

Cuando la noche ha llegado
Y la ciudad se ilumina,
Te ofreces al que ha llorado.
Tu sexo es un vaso lleno,
Tu amor es una neblina
Y tu espasmo es un veneno.

Eres diosa y cortesana.
Hoy criminal, tu persona
Puede ser santa mañana.
Y es justo que estés serena,
Porque, si hay Dios, te perdona
Lo mismo que á Magdalena.

Cuando bajaron las escaleras espoleando car-

cajadas que sonaban en falso, la lluvia seguía cayendo sobre la calle desierta y una neblina gris flotaba sobre la ciudad como una bocanada de humo sobre una pipa.

XVII

Sería difícil explicar por qué razón Vaniat, Pontalier y Voulot, que vivían juntos en un sexto piso de la calle Monsieur-le-Prince, decidieron cambiar de casa. Quizá el estruendo de sus disputas, la argumentación bizarra de sus chanzas y el entrar y salir frecuente de sus comparsas de alegría, cundieron hasta indisponerles con el propietario. Lo cierto es que la mudanza se decidió como una carga á la bayoneta. Y fué de ver aquel desfile de cacharros y trastos rotos, llevados en triunfo, á las doce del día, por las calles Racine y Sommerard, hasta la de los Cármenes. Los tres amigos alquilaron un carretón, donde amontonaron las camas de hierro, las sillas, la mesa y los cuatro baúles. Vaniat empuñó las varas, con un caracoléo de potro jóven y Pontalier, Boulot, Jeanne y Lolotte cerraron el cortejo, empujando desde atrás y entonando la canción del Judío Errante.

Aquella noche, para festejar el cambio de

domicilio, todos fueron á la féria y se dispersaron, corriendo á sus diversiones favoritas y prometiendo reunirse, á las doce, en un café de la plaza Pigalle, para comer ostras y beber vino blanco á la salud de quien lo pagáre.

Las barracas, incendiadas de luz, resplandecían en un choque de colores vivos, entre el estruendo de las músicas, las campanas y los pregones, cascabeleando una alegría delirante, en una sacudida que se comunicaba á todos. Raquél y Mauricio se hundieron en la féria como en un manicomio. Las gentes pasaban en pelotones y en rachas, con gorjeos de pájaros libres, azotando el viento con sus risas. Los grupos se amontonaban al rededor de los charlatanes y los acróbatas, con hipos de bestias felices y carcajadas abiertas de cuerpos gordos.

Cuando llegaron ante los caballos de madera, Raquél dejó escapar un grito. Había reconocido á su hermana Laura. Mauricio no ignoraba la historia; sabía que cuando encontró á Raquél que lloraba, sentada en un banco del Luxemburgo, Laura acababa de echar calle abajo, decidida á un desastre. Se detuvieron para verla pasar, arrebatada en el vértigo de los caballos. Estaba vestida con ese lujo provoca-

tivo de las alquiladoras de amor y cabalgaba como un hombre, con la falda remangada, mostrando las piernas, entre un grupo de mujeres bien ataviadas y hombres elegantes.

Laura les vió desde lejos y bajó precipitadamente, para arrojarse en brazos de Raquél y besarla á boca llena.

— ¡ Nenette ! — le gritaron sus compañeros de fiesta.

Pero ella les hizo seña de que aguardáran y se alejó con su hermana y con Mauricio, hablando atropelladamente, sin tomar respiro, como una persona que se siente felíz al poder abrir su corazón, después de un largo silencio.

— ¡ Si supieras, — decía, ahogándose, — cuanto ha cambiado mi vida en seis meses !

Y contó su primer encuentro con un viejo que la hizo vivir quince días en un entresuelo de la calle Provence. Luego un militar, un inglés y sus cien amantes sucesivos, hasta que pudo alquilar un departamento en la plaza Breda.

Ahora bailaba en el Moulin-Rouge, tenía trajes, joyas y una sirvienta. Pero su vida no era más felíz por eso. Los hombres que desfilaban por su alcoba, envenenándola con sus besos, le habían enfermado el alma de melan-

colía. Si las cosas pudieran rehacerse, optaría por el hambre. Y recordaba sus tiempos de obrera pobre, cuando salía del taller, urgándose el bolsillo para encontrar dos sueldos y comprar una golosina.

Después quiso oir la historia de Raquél durante aquellos seis meses y cuando supo que estaba encinta, se excedió en exclamaciones. Ella no podría tener ese placer. Comparó su vida con un campo estéril, donde no era posible sembrar nada. Estaba condenada á ignorar el amor. Estaba prisionera.

Y como el tiempo pasaba, se apercibió de que tenía que volver al encuentro de sus amigos. Aquella noche haría lo que todas las noches: cenar en el *Rat-Mort* bufoneando amores, beber champaña y compartir su lecho con un desconocido.

Las dos hermanas prometieron verse amenudo.

— No vayas á casa, — dijo Laura, suspirando, — iré á la tuya; así creeré que soy todavía una mujer honrada.

Y echó á correr hácia la fiesta.

Mauricio cogió á Raquél por el brazo y se deslizó entre las barracas, gruñendo sordamente contra los estúpidos que intrigan con el Papa para comprar un bozal de duque y se abro-

gan el derecho de pisotear á la mujer que se vende por necesidad, en esa eterna especulación sobre el hambre que entierra á los miserables en la mina y los arroja, cuando son viejos, al matadero del hospital, después de haberles pagado su vida con un mendrugo.

La féria se sacudía en un grito estertóreo, redoblando sus músicas y sus cohetes. Los domadores arengaban al público, invitándole á ver las panteras, que se paseaban como instintos, en una cárcel de voluntad. Y entre la polvareda de luz que flotaba bajo la noche, se retorcían en delirio los payasos, los gimnastas, las bayaderas, los ilusionistas, riendo, saltando, deslizándose y mintiendo, en un entrevero de cosas mezcladas y perdidas que parecían brotar de un cuerno de la Abundancia, escondido bajo el manto de la Locura.

XVIII

La señora Courtil era una mujer vieja y flaca que cotorreaba de tiempo en tiempo, escupiendo por una boca desdentada en forma de media luna. Era, además, propietaria de una nariz dictatorial, vestía modas imposibles y arbolaba grandes sombreros, empenachados de plumas verdes. Tenía, al parecer, sesenta años y nadie le conocía más amigo que sus dos perros. Á las diez de la noche entraba al café, se sentaba en la terraza, bebía ajenjo y á la una de la mañana, cuando las alegrías comenzaban á dispersarse, las parejas jóvenes se hundían en el hueco de las puertas y en las ventanas brillaban luces de alcoba entrecortadas por sombras desnudas, tomaba en brazos á sus perros y se dirigía á su vivienda, situada en una calleja oscura, á espaldas del Panteón.

Por las noches, en el entrevero de las risas, tenía que soportar más de una chanza grosera y un calificativo audaz, pero nadà la hacía desertar

su puesto. En vano Chisde le escribió una carta de amor y Germán encontró medio de hacer una caricatura sangrienta. Nada logró romper su silencio. En torno suyo relampagueaba el placer, chisporroteando besos y prolongando carcajadas en las bocas húmedas. Eran mujeres jóvenes que remangaban los vestidos de seda susurrando cifras y hombres de toda condición y edad que venían al café, como iban á la féria: unos para comprar, otros para ver y otros para vigilar la venta. Pero nadie, entre tanta gente, había observado que la madre Courtil seguía á las parejas con los ojos y las arrullaba en silencio, subrayando los amores con una mueca, empujando con la voluntad para precipitar los desenlaces, impacientándose con la irresolución de algunos, alegrándose con el empuje de otros y sonriendo indefinible y largamente cuando dos nuevos ilusos se desprendían del café para matar una ilusión. ¿ Era simplemente una buena mujer que recordaba su juventud y la revivía con los ojos, ó una bruja vengativa, que acechaba los besos, adivinando las lágrimas? Nadie había pensado en ello.

Pero aquella noche, cuando Clara bajó del fiacre, con la alegría bulliciosa de una mujer que acaba de adquirir dos rastacueros y se pro-

pone liquidarlos, ocurrió una cosa anormal. Clara zigzagueó entre las mesas, como una racha, seguida por sus dos ridículos personajes, pero al llegar ante la señora Courtil, tuvo la mala suerte de pisar á uno de los perros.

— ¡ Torpe ! — dijo la vieja, tomando en brazos al can, que seguía quejándose con un aullido lastimero — ¿ dónde lleva Vd. los ojos ?

Clara le contestó que el café no se había hecho para los perros y que aquellos dos eran repugnantes. Á lo cual la madre Courtil argumentó que los hombres que Clara recibía en su cuarto, no eran más limpios. Clara la trató de « vieja osamenta », la Courtil de « carne de hospital », y, añadiendo palabra á la palabra, insulto al insulto y ódio al ódio, se habrían lanzado la una sobre la otra, si los camareros no intervienen para separarlas.

— ¡ Carne maldita ! — gritó la vieja, extendiendo su mano flaca. — Las noches de triunfo huyen muy pronto. Cuando vengas, á la vuelta de los años, á ocupar mi sitio en esta mesa, otras más jóvenes que tú, se acercarán para insultarte.

Y como Clara se esquivó empujada por otras mujeres, la madre Courtil recobró su calma, apuró un gran trago y continuó paseando sus

ojos pequeños sobre los grupos, con el mismo relámpago de goce cuando una nueva pareja se desataba del café y atravesaba la plaza. Se habría dicho que quería agotar todas aquellas fuerzas jóvenes y hacerles beber de un trago toda la vida, para verlas caer al fin, como frutas cariadas.

Raquél y Mauricio estaban sentados en un recorte de sombra con Laura que había venido á visitarles. Se habló de la féria de la noche anterior. Y Laura refirió como su compañero de aquella noche, había sido un conde húngaro, roido por la escrófula, que escupía cuajarones verdosos sobre el pañuelo. Raquél hizo un mohín de repugnancia. Pero Laura se encogió de hombros y siguió contando las peripecias de la cena. Aquellos señores se habían empeñado en hacerlas bailar desnudas sobre el mantel. Uno de ellos estaba tan borracho, que tuvo que ser conducido por un camarero hasta el carruaje. ¡Un carruaje blasonado, — añadía contoneándose en la silla, — con dos caballos soberbios y un cochero burlón que nos miraba con un aire insolente!

Eran las doce de la noche. Las parejas se anudaban en el café, bajo los focos de luz eléctrica. La señora Courtil, clavada en su silla, sonreía

con sus ojos pequeños. Y los grupos que atravesaban la calle, se hundían en el hotel de en frente, cuya muestra roja brillaba como un cuajarón de sangre.

XIX

Mauricio volvía por el bulevar como un sonámbulo, asistiendo al desfile de los árboles y los reverberos, que se perseguían hasta perderse en el fondo borrado de la noche. La luna tejía en el cielo, la telaraña de las nubes. Era un pedazo de luna deforme y monstruoso, donde Mauricio veía gesticular todas las pasiones.

Entró á la taberna del Panteón, sin saber lo que hacía. (La luna no era, quizá, más que un desgarrón sobre una tela, detrás de la cual había mucha luz.)

Indiscutiblemente, estaba borracho. Cuando Laviet se acercó y le estrechó la mano, sintió un escalofrío de realismo que le despeñó desde la altura.

El café resplandecía y se incendiaba, atestado de gente. El humo de las pipas, el eterno humo de las pipas, que es la atmósfera habitual del barrio latino, ponía cortinas de tul entre los grupos y los hacía aparecer como visiones de

teatro, trás una nube, á la manera de la Margarita del Fausto, — hilando palabras, — en una conversación incesante y sorda, que se ahogaba bajo el techo.

Mauricio pensó en esos cerebros estragados por la bebida y la lectura, que cultivan la úlcera de una vida bohemia, con la esperanza de arrancarle el extraño pus de una nueva modalidad, — una modalidad nueva, que pudo ser la genialidad de un temperamento (Mürger), pero nunca el catecismo de una escuela. Había asistido á la última dispersión de fuerzas jóvenes, empobrecidas en la atmósfera de los cafés, y condenaba esa manera de tener talento.

Aquella racha de nubes intelectuales arrastradas por un viento malo hácia el mar, solo había dejado trás ella vibraciones intensas y entrecortadas. Solo había sido una neblina que cayó sobre el mundo en un momento de laxitud, vistiendo los séres de formas imprecisas, prolongando siluetas y reviviendo fantasmas; una escuela de renunciamiento y de cansancio, que creyó decir la última palabra sobre un universo en agonía. Pero el mundo se renueva, como el tronco de los cedros. Hay florecimientos de energía en el fondo de todas las catástrofes. Y aquel lastimoso universo carcomido, cuyos funerales

se cantaron en 1840, da racimos de audacia y de vigor, reanudando su historia.

Mauricio trató de ponerse bien á caballo sobre su idea. Quería escribir sobre eso un opúsculo : *El entierro de los sepultureros.*

Los cohetes de risas subían entre los muros pintarrajeados de bacantes y faunos. Una mujer trepó sobre una silla y dijo versos. Eran versos de estopa; banderillas que se clavaban en el instinto, para excitarlo.

Mauricio cerró los ojos, y se dejó mecer por las olas, dando manotadas sobre sus convicciones, para no perder pié. Estaba borracho, pero asistía á la ronda de su borrachera con un espíritu más perspicaz; la beodez era un anteojo que ponía los objetos á su alcance y le permitía masticarlos, hasta arrancarles la sávia.

Todo aquel mundo artificioso que había combatido sin atreverse á abandonar, toda aquella vida falsa, que era su enemiga y su tentadora, le aparecía en su desnudez, mostrando la inutilidad de sus llagas voluntarias y sus dolores rebuscados.

Su esfuerzo consistiría en epilogar aquellas luchas. No se resignaba á perpetuar — aún á riesgo de ser célebre, — la mentira de los hombres que admiraba apesar suyo. Quería

tener audacia y lanzarse á la arena. Los triunfos más seguros, son los más lejanos. Se veía tan grande, que se habría juzgado empequeñecido, á haber cobrado en vida, su jornal de gloria. No confiaba en verse. Su mejor triunfo consistiría en no asistir á él y ser vengado, al cabo de mucho tiempo, por la fuerza de un alma que renacía después de un desastre.

Todas sus ambiciones confusas y mezcladas se irguieron ante él y la visión de algo brillante, como un despertar, pasó cabalgando sobre el humo. Había encontrado su ruta. Después de tantas vacilaciones y tantas partidas falsas, iba á poder emprender la carrera, con un rumbo fijo y un objeto. Había vivido cinco años de literatura estéril, imponiendo silencio á su alma para repetir la vibración de almas ajenas. Y un día, á la luz de un relámpago, encontraba su camino. De ahí á la meta, solo había la distancia de sus músculos.

XX

Breuer y Germán no salían de su taller, donde discutían las últimas pinceladas de sus cuadros. Y como Tonelle adoraba la carne fácil de los modelos y Mauricio seguía con interés la obra de Breuer, los dos poetas iban al taller de los pintores por la tarde, á la hora en que la luz comenzaba á desfallecer dando los últimos aletazos rojos sobre los vidrios. Una vez allí, aprobaban las modificaciones, condenaban un rasgo y encendían las pipas, mientras las mujeres, todavía desnudas, se dejaban caer, fumando cigarrillos turcos, sobre los tapices orientales.

Dos horas después, Mauricio y Tonelle descendían las escaleras y se daban á andar sin rumbo por las callejas del barrio latino. Una tarde, ó por mejor decir, una noche, porque ya brillaban las luces de gas á lo largo de las aceras, se internaron en el barrio que Huysmans ha descrito tantas veces como un hacinamiento de casas medioevales, donde tirita una población de

traperos y meretrices de baja estofa, encerrados en un ángulo, junto al río, entre el bulevar de Saint-Michel y el de Saint-Germain.

Venían empapados de tristeza, porque al volver una calle, en la encrucijada de una plazoleta oscura, habían asistido à una de esas escenas brutales en que palpitan los instintos : un hombre que corría, perseguido por otros, como una béstia, cruzando entre los carruajes y atropellando á los transeuntes, mientras los que venían detrás gritaban : ¡ A él ! ¡ A él !... ¡ Es el ladrón ! El fugitivo se abría paso entre la multitud, con los ojos fuera de las órbitas, latigueado por el miedo. Y el grupo de perseguidores se acrecía, se multiplicaba, se convertía en ejército, clamoreando su insulto, sin saber siquiera si había robado. Bastó que álguien lanzára la acusación terrible, para que todos hicieran coro, felices de hincar la garra en la víctima. Nadie se preguntaba las circunstancias del robo. Nadie trataba de asegurarse de que el robo existía. El perro de presa despertaba en los transeuntes pacíficos y los desencadenaba, en un empuje unánime, sobre la liebre.

Y aquel cuadro rápido y terrible, que se agrandaba en la imaginación como una silueta de pesadilla, les había hecho perder rumbo.

Cuando desembocaron en la calle Galande, advirtieron una multitud bulliciosa, que estacionaba, contenida por los agentes, ante un incendio. Desde lejos se veían las columnas de humo y las lenguas rojas de las llamas que bailaban bajo la oscuridad del cielo. Las gentes acudían de todas partes, como á una fiesta. En el espacio libre que limitaban los guardias, se veían brillar los cascos de cobre de los bomberos, bajo el fulgor de las teas. La casa ardía y se desplomaba, con un estallido de vidrios y un derrumbe de techos, entrecortados por gritos de dolor y juramentos de cólera. Las bombas seguían arrojando torrentes de agua y levantando torbellinos de humo. A veces se divisaban las escaleras de salvamento por donde los bomberos y los vecinos bajaban ó subían como sombras que huyen sobre un muro.

Un cuarto de hora después, comenzaron á pasar las angarillas con los heridos y los muertos. Y en uno de esos soplos raros que sacuden á las multitudes, corrió de boca en boca la noticia, nacida quién sabe donde, de que entre los muertos se contaba un estudiante que acudió entre los primeros y pereció bajo el derrumbe, al pretender salvar á un niño.

El humo siguió elevándose, en bocanadas

enormes. Un olor acre se esparció por el barrio. Y los curiosos comenzaron á dispersarse, mientras los bomberos, bajo la luz vacilante de las teas, continuaban sacando los trastos húmedos que se habían salvado de la catástrofe y amontonándolos sobre la acera, en grandes pilas informes.

— Vamos al hospital,—dijo Tonelle, cogiendo á Mauricio por el brazo; — ¿Quién puede ser el estudiante?

— Una invención, — repuso Mauricio, con su incredulidad de siempre; — entre la multitud hay novelistas oscuros que aprovechan los entreveros para poner en circulación sus obras.

Pero Tonelle se obstinó en ir y Mauricio le acompañó, con un gesto aburrido. Cuando llegaron à la calle Lacépède, un grupo de mirones estacionaba ante la puerta de la Pitié. Gracias á su amistad con ciertos internos, pudieron forzar la consigna que prohibía entrar. Y en la sala del fondo, sobre una mesa de mármol, entre un niño carbonizado y una mujer ensangrentada, divisaron el cadáver de un jóven rubio que había sido un compañero.

Era Graveloche, el loco esplendoroso que se hizo un alma del aturdimiento. Sus carcajadas parecían aletear todavía sobre el cuerpo rígido.

XXI

El cadáver de Graveloche fué trasportado al taller de Germán y colocado sobre una mesa, entre dos cirios. La habitación guardó su fisonomía de siempre. Solo se notaba un mueble más. Sobre los divanes y los tapices donde los modelos arrastraban ayer sus cuerpos desnudos, había grupos de mujeres enlutadas, pero las conversaciones eran las mismas, con la única diferencia de que se tenían á media voz. En un ángulo yacían, amontonados, los trastos de dibujo, los botes de pintura, los caballetes y las telas; y sobre un velador, como una ironía del ovido, quedaba aún el corsé de seda, que alguna mujer desconocida dejó aquella mañana, al abandonar el lecho de Germán.

Los hombres fumaban en el patio, repuestos del primer estupor, conversando las agudezas de siempre. Apenas si se interrumpian de tiempo en tiempo para observar la entrada de un amigo ó comentar los defectos de un colega. Y el

muerto seguía durmiendo dentro de su estuche, como una cosa, en medio de todas aquellas voluntades que continuaban evolucionando.

Fué un entierro económico. Treinta y dos francos, recolectados entre una docena de camaradas, permitieron pagar un convoy de octava clase. En cuanto al alojamiento en el cementerio, se convino en que iría á la fosa común. No había estado acostumbrado á dormir en camas muelles y no extrañaría la pobreza de su último asilo.

Mauricio se encargó de prevenir á los padres, dos pobres agricultores de Bretaña, que enviaron veinte francos para pompas de iglesia. Hacía seis años que no veían á su hijo y no contaban verle más. En el corazón de ellos, Graveloche no hizo más que pasar de una muerte á otra. La carta con que el campesino hizo respuesta, terminaba así :

« Se alejó de nosotros porque no quería trabajar la tierra como sus hermanos; decía que en París se haría una posición, y á pesar de mis consejos y mis súplicas, fué á esa ciudad que no conozco, pero que mi padre me enseñó á temer. Todos le hemos perdonado, pero será un ejemplo para los que quedan. El hijo debe continuar el oficio de sus padres, porque si triunfa y

llega á ser más, les humilla. El mío fué rebelde; su rebeldía ha sido castigada y solo debemos llorar su fin. Pero habría sido cien veces más venturoso en este rincón del campo, donde, según él, vivimos como bestias, pero donde estamos más de acuerdo con nosotros mismos. De las agitaciones de la gran ciudad, solo nos llega de tiempo en tiempo un señor que quiere ser diputado y solicita nuestros votos, prometiéndonos la vuelta del Rey. Si S. M. fuera aún nuestro dueño, mi hijo no habría abandonado el hogar. Pueblo sin Rey, pueblo desnaturalizado, dice el señor cura que sabe latin y ha leido muchos libros. Todo lo cual me hace creer que la desgracia que me aflige, es un castigo de Dios. (Firmado) JUAN. »

La carta tuvo mucho éxito entre aquella juventud revolucionaria.

— Si los hijos siguieran el oficio de los padres, — decía Tonelle, irónicamente, — yo sería carnicero en Honfleur, Rispi licorista en Bourg-la-Reine y Germán boticario en Amiens.

— Sin contar, — añadió Louste, — con que votaríamos el restablecimiento del trono.

Mauricio observaba, tratando de desentrañar la filosofía de aquellos incidentes. ¿Todos los hombres eran iguales? ¿Un sér nace con una

vocación, ó su vocación brota al calor del medio en que vive? ¿El padre de Tonelle, colocado en la situación de su hijo, habría obrado como éste? La vida es un entrevero de razones que se combaten. ¿Dónde comenzaba el atavismo? ¿Dónde el libre arbitrio? Aquel paisano ignorante de Bretaña, estaba, á pesar de su ideal monárquico, más cerca del anarquismo, es decir, de la liberación total del hombre, que no lo estuvo Graveloche con su socialismo intransigente. ¿Toda doctrina era un desequilibrio? ¿La razón era un miraje? Era difícil encontrar rumbo, en medio de tantas tinieblas.

Y cuando llegó la hora de llevar el cuerpo, después de dos noches de un velorio que había terminado en reunión de amigos; cuando colocaron el ataúd, como una maleta, sobre el carro cubierto de trapos negros; y cuando el cortejo echó á andar por las calles llenas de vida y atestadas de transeuntes, Mauricio pensó en la ridiculez de aquella mascarada impuesta por las costumbres.

Un sol amarillo y alegre como una cascada de oro, caía de lleno sobre las aceras, poniendo risas en la boca de las mujeres, encendiendo la mirada de los hombres y abriendo grandes horizontes de vida en el fondo de las almas. Las

gentes parecían volver de una fiesta. Una mujer se detuvo ante un escaparate y estendió disimuladamente la mano, para recibir una carta. Dos chicuelos reñían en un portal, disputándose un volante. En una esquina desentonaba una murga, atacando una marcha alegre. Y el convoy seguía su camino calle abajo... Cuando era difícil pasar, el conductor del carro fúnebre disputaba á voces con los otros cocheros. Solo algunos hombres se descubrían distraidamente, saludando á un muerto desconocido.

Como se estila en París, los compañeros del difunto fueron á pié, en un grupo compacto, detrás del féretro. Eran, entre hombres y mujeres, una docena.

El cementerio, con los árboles verdes todavía bajo el sol, parecía un jardin, donde los muertos estaban como en una villa de recreo, durmiendo las vacaciones de la vida en sus nichos de piedra.

Las ceremonias son cortas cuando se dispone de pocos francos. El portero del cementerio recibió á Graveloche como á un inquilino de sexto piso, empujándole para que pasára pronto. El agujero estaba cavado junto á un muro y así que cayó el féretro, los sepultureros empuñaron las palas y arrojaron la tierra á grandes golpes, hasta llenar la hoya. Un amigo dijo unas

cortas frases de adios y todo se dió por terminado.

Al salir, Mauricio y Raquél se cogieron por el brazo y descendieron la Avenida. El sol moría en el fondo de la calle, detrás de los árboles, y en el cielo enmarañado de nubes, quedaban grandes manchas rojas, como rastros de sangre. Los amantes caminaron en silencio y se alejaron, hasta convertirse en dos siluetas oscuras que se confundieron con el crepúsculo.

XXII

Laviet volvía borracho por las aceras húmedas de rocío que espejeaban, desiertas, bajo las luces. Debía ser muy tarde. Laviet soltó un juramento. ¿Por qué le seguía el eco de sus pisadas, martilleando trás él, como si anduviera por subterráneos? Y con su inconciencia de beodo, se volvió, crispando los puños. Aquel retumbar de golpes sordos, repiqueteados bajo la noche, le aterraba. Las notas se prolongaban con un chirrido de mandíbulas y huesos rotos. Parecía que los muertos daban cabezadas en las tumbas para romper el mármol y libertar sus esqueletos. Y Laviet, obsedido por el eco de sus pasos, trató de tranquilizarse, imponiéndose la visión de un cuerpo rígido que se descomponía y se liquidaba evaporando miasmas putrefactos y chorreando humores, hasta dejar ver la osamenta amarilla y manchada que se desmontaba como un juguete de niño.

A lo lejos brilló la linterna de un trapero, con

lentas oscilaciones desiguales. Una lluvia menuda y fría comenzó á caer, azotando de frente. Y el viento se retorció con sílbidos y rachas bruscas.

— Apretaré el paso, — gruñó Laviet, hundiendo las manos en los bolsillos del pantalón y tratando de mantenerse firme; — el tiempo está borracho como yo, y dos borrachos no pueden estar de acuerdo.

Sus pasos resonaron más fuertes y más siniestros en el silencio de la calle. Toc... tac... toc...

— Así pasamos por la vida, — murmuró, sonriendo con los ojos; — unos de puntillas y otros taconeando recio; pero el ruido se ahoga al mismo tiempo. La gloria es el eco de un paso.

Y pensó en las luchas y las catástrofes á que había asistido en aquel año de amistades mezcladas. Todos corrían trás la gloria, concibiéndola en sus matices diversos, según sus preferencias y sus dotes: unos la gloria de ser comentados después de su muerte; otros la de hacerse un hueco cómodo en la vida con un diploma universitario; y otros la de ser felices y nada más que felices: la más humana. Pero todos habían tropezado y caído, sin alcanzar la meta, empujados unos por la vida, otros por las cosas, otros por las gentes y otros por ellos mismos. Era una nueva hornada de *ratés* que

irían á llenar las redacciones anónimas, las oficinas de los ministerios y los burdeles. Los que creyeron ser genios, se limitarían á escribir libros que firmarían otros; los que ambicionaron la toga, se contentarían con la pluma del escribiente; y las incautas que imaginaron amores eternos, se resignarían á ofrecerse á los transeuntes, junto á los murallones del río.

— Así es la vida, — suspiró Laviet, apretando cada vez más el paso; — felizmente me he convencido á tiempo. Y pensó en sus primeros ensayos de autor dramático, cuando hacía antesalas en el vestíbulo del Odéon, esperando á Ginisty con cinco actos en el bolsillo; en las decepciones sufridas, las esperanzas rotas y las lágrimas devoradas, hasta llegar á aquella única representación, que fué un desastre. Al día siguiente, comenzó su nueva era de borracho. Tenía veinticinco años, sabía que podía hacer mucho aún, pero renunció á todo, entregándose á una vida de vencido. ¿Para qué? Todo estaba hueco.

Laviet se detuvo al atravesar la calle San Antonio, entró á una taberna, vació un vaso de un trago y continuó su camino por la del Petit-Musc hasta el puente Sully.

— Todos acabarán por pensar como yo, — murmuraba mientras atravesaba el Sena. — Y

pasaba revista á la falange de amigos, destrozada y dispersa, después de los últimos vuelcos. Breuer y Germán no habían conseguido hacer aceptar sus cuadros en el *Salon* y habían rasgado las telas, jurando que no pintarían más. Blanca Masculin, detenida en la frontera rusa y acusada de contrabando de explosivos, acabaría sus días entre los hielos de la Siberia. Laura y Lolotte, lloraban en el hospital Broca, devoradas por una enfermedad terrible. Rispi se había visto obligado á abandonar su puesto en el *Gil Blas*, á consecuencia de una historia indecorosa. Luisa estaba en la cárcel, y Berladún en el manicomio. Chisde había sido revocado de su empleo en el hospital y hablaba de abandonar la medicina. María se había suicidado. Emma y Bertha pasaban las noches en la *Brasserie d'Harcourt*, acechando un cliente nuevo. El griego Cyclo había regresado á Atenas, llamado por la muerte de un hermano. Alicia recorría el bulevar con su madre, librada, otra vez, á todas las perversiones. Graveloche había muerto. Y la condesa, con la cara roída por el vitriolo, había caído en brazos de un lacayo.

— ¡Hermoso balance de fin de año! — rumiaba el borracho, subiendo la calle de las Escuelas para llegar á su casa.

Solo quedaban en pié, Louste, con la mediocridad de sus cuadros, que todos aceptaban, porque á nadie podían dañar y la pareja inseparable : Mauricio y Raquél.

Y los tres sobrevivientes del último naufrágio, encaramados sobre una trabazón de esperanzas, navegaban por la imaginación de Laviet, izando bandera de triunfo. A medida que la figura de Louste se empalidecía, en una consagración de Academia, la de Mauricio se cubría de resplandores rebeldes.

— ¡Diablo de Mauricio! — gruñó el borracho, escupiendo un juramento, — quizá ha sido el más sabio de todos. Ha evitado el desgaste de la primera juventud, se ha resistido á la tentación del triunfo inmediato, se ha negado á intentar ataques estériles y ha acumulado fuerzas en el silencio y la soledad. Lleva un Hércules esculpido en el alma. Sus mismos enemigos se han encargado de hacerle notar los abismos en que podía caer. Ha triunfado de todos, sin mover los brazos. Cuando ha callado, otros se han preocupado de hacer ruido al rededor de su nombre y la misma hostilidad de muchos contra él, ha sido el título que le ha valido la consideración de los mejores.

— Quizá, — rumió Laviet, cerrando los ojos

para ver más claro, — quizá el amor es el único pedestal de una vida de lucha. Los que se dispersan en uniones fáciles, socavan su firmeza. Mauricio se ha fabricado « una vida aislada, estrecha y alta como una torre, pero con una gran ventana abierta sobre el porvenir. » La frase es de Huysmans, pero el provecho de Mauricio.

La nieve había comenzado á caer en copos gruesos, poniendo guirnaldas blancas sobre los árboles, entapizando las aceras, y amontonándose junto á los muros. La ciudad estaba toda blanca, bajo la noche.

Cuando Laviet, se detuvo ante el portal de su casa, el reloj de Saint-Séverin, pregonó las tres, con sus campanadas lentas y sentenciosas.

— ... Pero el porvenir, — murmuró el borracho, continuando su galope sobre aquella idea, — el porvenir, es una palabra.

Y cerró la puerta con un golpe recio, que se prolongó como un aullido.

MARCELA

I

Después de las confidencias á que se había dejado llevar en un momento de abandono, Venosta evitó las ocasiones de encontrarme. Comprendí que se avergonzaba de haber manifestado buenos sentimientos y escrúpulos puritanos en un ambiente donde solo se respiraba egoismo. Venosta solo había asistido á nuestras conversaciones de café, en las que flotaba esa ironía y esa incredulidad mortal que son la esencia misma de nuestra pobre vida de sonámbulos. Ignoraba las vidas interiores. Y nos juzgaba á todos con el mismo desprecio de alma grande que vé hervir en torno suyo una multitud de séres sin forma, inacabados y grotescos. Quizá tenía razón al apre-

ciarnos así. Lo único que puedo afirmar es que sus confidencias me conmovieron y que si otros encontraron en sus palabras un pretexto para desatar risas vacías, yo sentí hondamente lo que él habia sentido y me interesé en esa historia de amor tan simple y tan humana.

Pocas semanas más tarde, la casualidad nos reunió en una de las salas de la Sorbona. Nos acercaba una coincidencia : habíamos experimentado la misma curiosidad al anuncio de la *causerie* del Dr. X*** sobre « los supraterrestres ». Al salir, nos estrechamos la mano y Venosta me propuso fumar un cigarrillo en el jardín del Luxemburgo. Los árboles desnudos lloraban su invierno, la nieve cubría los caminos y el cielo borroso parecía caer à plomo sobre las ramas. Nos sentamos en un banco y Venosta se apresuró à hablar :

— Después de lo que hemos conversado la noche última, — me dijo, — debemos ser hermanos ó enemigos. Mi manera agresiva, no tolera las situaciones falsas.

Le miré fijamente y me comprendió. Teníamos amistad para una vida.

— El principio de aquella aventura, — comenzó entonces, como si, acallados sus escrúpulos, continuára una historia, — había sido

un tanto original. Un conjunto de ideas y de paisajes morales, contribuyeron á darle cierto tinte de intriga. Nos conocimos por casualidad y nos hablamos por no saber hacer otra cosa. Ella tenía quince años y estaba en su primer floración de deseos confusos y de ilusiones locas. Yo era un niño vanidoso; — un niño, porque solo así puedo explicar mi torpeza. Nuestro idilio no duró mucho tiempo. Una tarde, sin saber cómo, entramos á un hotel, dispuestos á asesinar nuestra hermosa mentira. Repito que fuimos dos insensatos. Desgraciadamente, solo lo comprendí al amanecer, cuando se disipó mi locura.

Nada hay más triste que un despertar sobre el lecho de cortinas rojas de una casa amueblada de *faubourg*, en una mañana de invierno. Parece que el alma estuviera cubierta de copos de nieve como los vidrios de la ventana. Se siente un extraño deseo de morir y de desangrarse lentamente para no prolongar el esfuerzo de devorar sollozos. No es posible atribuir una causa inmediata á la angústia, pero el corazón se hiela y siente caer las flores de escarcha dentro de sí, como caen sobre las guardillas de las casas.

Es una impresión que no olvidaré jamás. Una luz enferma de aurora tardía se filtraba por los vidrios. Sobre la mesa habían quedado la botella

de champaña, los vasos, el ramo de violetas marchitas y el par de guantes de Marcela. Junto á la cama, sobre una silla, se amontonaban en desórden sus vestidos. Y en el suelo, cerca de la chimenea que chisporroteaba aún con sus últimos carbones, yacía la falsa carta de la amiga, — el pretexto tradicional y siempre nuevo que la había permitido salir para acudir á la cita. Era la historia trivial y eterna : un temperamento jóven y curioso, una madre cándida que la creía en casa de una compañera de taller y la inevitable caída en un lecho de ocasión, después de un més de conversaciones y besos furtivos á lo largo de las calles poco frecuentadas, en el misterio inquietante de los crepúsculos...

Pero un vaho de vergüenza, flotaba como una acusación ante el sacrificio inútil de esa vida, consumado fríamente, sin que interviniera el amor. Tuve la sensación de haber cometido una acción mala. ¿No era acaso un crímen apoderarse de una alma fresca y deshojarla por capricho? Me hice el reproche infantil de haber seducido á Marcela. Y en pleno París, en el tercer piso de aquella casa amueblada donde los sillones conservaban todavía las huellas de tantos cuerpos desnudos, me dí á discurrir como un campesino sentimental que ignora la vida. La idea

del porvenir de Marcela iba y volvía ante mí, entre un torbellino de mujeres que se ofrecían, solicitando á los transeuntes desde el hueco de las puertas.

Y toda la historia de aquel amorío resurgió en mi memoria, desde el primer encuentro feliz ante el escaparate de una tienda, hasta el reciente beso de carne bajo la luz ténue y rosada de la lámpara moribunda. ¿Qué fuerza misteriosa me había impelido á atraerla y doblarla bajo mis músculos de hombre, si nunca la había deseado, si no podia amarla nunca? ¿La vanidad estúpida de exhibir un éxito amoroso y vanagloriarme de él ante los amigos...?

Y mientras yo discurría de esta suerte, Marcela dormía, ofreciendo la tentación de sus labios que se abrían todavía para el beso, de sus labios empalidecidos y marchitos que yo había ajado y mordido aquella noche.

El día avanzaba y se posesionaba de la ciudad con su claridad borrosa de invierno. Un pequeño sol rojo, que daba la sensación de algo muy frío, asomaba por sobre el techo de las casas, como sobre un mar de hielo, en la tristeza de los paisajes polares. Mi pipa humeaba un resplandor de cobre, en la penumbra de la alcoba. En la calle, á lo largo de las aceras de una blancura inmacu-

lada, resbalaba, de tarde en tarde, un transeunte, apretando el paso. Y yo seguía masticando mis pensamientos de invierno. Y Marcela dormía.

La idea de que podía despertar y abrir sus grandes ojos, primero desorientados y llenos de lágrimas enseguida, al recordar lo que había ocurrido; la idea de que debía levantarse y vestirse, en esa pantomima grotesca de la mujer fácil que encontramos todas las mañanas en todos los *carrefours*, de regreso de la *garçonnière*, con los ojos hundidos y el corsé bajo el brazo; la idea de que aquella chicuela modesta y fragante, se levantaría con audacias de mujer que aún no ha sacudido la borrachera del beso, — todo, lo que había pasado y lo que debía pasar, me sumió en una amargura suprema, donde solo sobrenadaba la idea de huir. ¿Qué aberración innoble me había impelido?

En vano me decía el egoísmo que Marcela tenía quince años y el deseo de ser mujer. A lo largo de las calles incendiadas de luz, á la salida de los talleres, habría encontrado mil ocasiones de hacerse amar y realizar su caída, en brazos de uno de esos desocupados que obseden la multitud, al acecho de una aventura. Pero, ¿por qué había sido yo, — precisamente yo?

Bajo el cobertor se dibujaba un cuerpo tan poco

desarrollado, que parecía el de un niño. Marcela seguía durmiendo, con los cabellos en desórden...

Mi deseo de huir fué más fuerte que mi voluntad. No pude resistir á la tentación de abrir la puerta. Y todo pareció decidirse en aquel momento. Me vestí aprisa, deslizé un billete azúl en uno de los guantes de Marcela, la besé desde lejos, con la esperanza y me precipité por las escaleras, como un malhechor, hasta la calle.

Arriba quedaba una ilusión. Traté de consolarme, pensando que mi querida de una noche lloraría una hora y me olvidaría después. Nuestro deseo, como el ala de una mariposa, se había desvanecido entre nuestros labios y solo nos quedaba de él un reproche, como del ala de la mariposa el polvo dorado entre los dedos.

El despertar de Marcela debió ser terrible, al encontrarse sola, en aquel cuarto de hotel al que había entrado cediendo á mis súplicas. Quizá hundió la cabeza bajo el cobertor y lloró muchas lágrimas. Quizá se vistió á prisa y salió del cuarto con el alma en derrota.

II

Pero Marcela no estaba perdida para mí. Cuando la abandoné en el cuarto del hotel, después de nuestra primer noche de locura, me pareció poder olvidar todo lo que había pasado. Al cabo de una semana, me convencí de que era imposible. Aquella chicuela no era más que una rosa frágil, que yo había desgajado al pasar, por capricho, para aspirar dos minutos el perfume y arrojarla al arroyo. Pero la conciencia me reprochaba esa acción. Á lo largo de mis días grises, no cesaba de ver la flor que yacía en medio del camino, sobre el lodo, intacta todavía, pero condenada á contaminarse. Bastaría que un transeunte distraído la oprimiese bajo el pié, para que se hundiera en la charca. Y me obsedía la idea de volver hácia atrás y tornar á subir hasta nuestro primer ensueño, para recojerla y salvarla.

Marcela vivía en un quinto piso, cerca de la plaza Clichy. La mejor manera de dar con ella,

era ir á su casa. Pero me inquietaba la idea de encontrar á su madre, una viejecita amarilla, vestida de negro, muy parlanchina y muy inquieta, á quien había tenido ocasión de ver una vez, al remontar el *faubourg*, bajo la lluvia. ¿Cómo explicar mi visita? Pensé escribirle, pero era tan difícil decir lo que había ocurrido, que acabé por decidirme á esperar.

Entonces conocí, durante largos días, la inquietud tediosa de los largos paseos por aquella calle desierta, donde las casas parecían deshabitadas. Nunca ví salir, ni entrar á nadie por ninguna puerta. La calle era propiedad exclusiva de un mercader ambulante, que pasaba todos los días al anochecer, solo, con una regularidad siniestra, pregonando algo que no comprendí jamás.

Al cabo de tres días de acecho, ví salir á Marcela. Pasó junto á mí, con su madre y descendieron hácia el río. Marcela volvió dos veces la cabeza. Yo seguí detrás.

Las calles huían, las unas trás las otras, con una monotonía desesperante. Atravesamos un puente, bajo los arcos del cual pasaba el Sena. Marcela se inclinó sobre el parapeto y sentí un escalofrío. Comprendí que miraba las barcas que se deslizaban cargadas de mercaderías. Pero

solo estuve tranquilo cuando la ví alejarse.

Seguimos andando. Me irritaba que las gentes que se cruzaban con nosotros, pasáran contentas, borboteando risas, como si regresáran de una boda. ¿Qué encontraban en la naturaleza ó en la vida, para alegrarse de ese modo? Para distraer mis ojos, los fijé obstinadamente sobre Marcela, cuyo cuerpo pequeño y sin curvas, se dibujaba, en líneas vagas, bajo el vestido. La seguí con la mirada por entre los claros que dejaban los transeuntes. Á veces desaparecía. Otras, solo dejaba ver el volante de la falda. Hasta que de pronto, en la rue du Bac, se detuvo ante un escaparate y su madre desapareció bajo una puerta.

Era la ocasión. Sin embargo, permanecí inmóvil, sin atreverme á salvar los pocos pasos que nos separaban. Marcela sabía que yo estaba ahí y fingió no verme. Cuando me acerqué y la estreché la mano, se impuso una sonrisa y me preguntó si había estado fuera de París. La dije que la había buscado. Contestó que salía poco y que había pedido en el taller una semana de descanso. Un malestar extraño nos separaba. ¿Por qué nos era tan difícil volver á hablar de lo que antes nos decíamos tan fácilmente? Entre nosotros había algo que era necesario desgarrar,

para poder juntarnos otra vez. Entonces me lancé resueltamente y la dije todo.

Las palabras salieron en oleadas, desbordando la frase. Marcela guardó silencio. Su mano se abandonó entre las mías. Me confesó que había sufrido. Yo la conté mis horas de espera frente á su casa. Me perdonó con una sonrisa. Y como nuestros labios se hinchaban para el beso, nos cogimos por el brazo y sin advertirlo echamos á andar, deshojando nuevas margaritas de porvenir, al borde del murallón que costea el Sena.

Una primavera había reflorecido para nosotros. Aquel día era un paréntesis de sol, abierto en mitad de la nieve que lloraba sobre la ciudad desde hacía tanto tiempo. Sin decirnos nada, caminamos durante muchas horas, hasta que la noche se apoderó de las calles. Entonces pensamos en la viejecita amarilla vestida de negro. La madre de Marcela había debido esperar. ¿Por qué la habíamos abandonado? Pero un vértigo nos empujaba. Marcela se encogió de hombros y en un recorte de sombra, junto al muro, me consoló con un beso.

En las calles estrechas y sombrías nos codeaba una multitud indiferente. Nadie adivinaba nuestra felicidad, nadie se volvía para reir con

nosotros. Y sin embargo, eso debía verse. ¡Estábamos tan alegres!

Por momentos, me sobrecogía una idea incómoda. ¿Por qué era tan dichoso al lado de aquella mujer á quien no quería? En ese momento, creía, efectivamente, no quererla. Una série infinita de razonamientos, se alineaban dentro de mi cerebro, los unos frente á los otros, como soldados de madera. Yo los contaba. Fué una taréa infantil, que me hizo caminar durante un buen trecho con los ojos vacíos.

Un acuerdo tácito dirigió nuestros pasos hácia la estación del Norte. Yo tenía entonces, en un quinto piso, un departamento compuesto de dormitorio y gabinete. Recuerdo que subimos las escaleras con lentitud, como si tratáramos de darnos cuenta exacta de lo que hacíamos. En un minuto habíamos resuelto dos cosas decisivas : ella, abandonar la casa paterna; yo, abdicar mi libertad. Los dos estábamos consternados. La faz de nuestro pequeño mundo de todos los días, había cambiado completamente. ¿Qué nos esperaba al fin del camino?

Nunca olvidaré la sensación de expectativa que nos separó al entrar á mi gabinete de trabajo. Los ojos inquietos de Marcela examinaron la habitación, como si comprendiese que se insta-

laba allí por algun tiempo y quisiese familiarizarse con las cosas que vivirían á su lado. Yo consideré el porvenir que me aguardaba, encerrado en aquella jaula con una chicuela. Quizá estuvimos los dos á punto de renunciar. Yo no ignoraba que comprometía mi porvenir y me obligaba á provocar un rompimiento doloroso, dentro de un año, cuando terminára los estudios. Ella comprendía que se separaba para siempre de su familia y se condenaba á verse dentro de poco tiempo abandonada y sola, en medio de una vida hostíl que la devoraría. Pero un empuje inexplicable, una terquedad malsana, nos hizo persistir en nuestra resolución. Sentimos una extraña voluptuosidad al arrojar, en un gesto de pródigos, toda nuestra felicidad al mar. Por un año de dicha mediocre, íbamos á sacrificar dos vidas.

Marcela se sacó lentamente el sombrero y se arregló el peinado ante la chimenea, tratando de perseguirme en el espejo con una sonrisa.

— ¿ Sabes? — dijo, señalando un vaso, donde yo solia poner claveles, — desde el amanecer bajaré al mercado y siempre habrá flores frescas.

III

Los comentarios de los vecinos no nos impidieron vivir felices durante los dos primeros meses. Como mis recursos no alcanzaban para nuestras necesidades, me ví obligado á copiar manuscritos y dar lecciones de ruso. Pero Marcela tenía sonrisas tan tiernas y palabras tan cariñosas, que me consideraba el más felíz de los hombres, apesar de nuestra estrechez.

Marcela bajaba todas las mañanas al mercado para comprar flores. Y siempre volvía cargada de cintas y baratijas inútiles. Gran parte de nuestro dinero pasaba á las mercerías del barrio. Cuando le observaba nuestra situación y las necesidades premiosas de la vida, me echaba los brazos al cuello y me decía que sus coqueterías eran una prueba de cariño, puesto que se hermoseaba para mí.

Por ese tiempo hicimos amistad con un vecino pintor que vivía en la misma casa y ocupaba un inmenso taller en el sexto piso. Se llamaba Jean Turpin y era un bohémio bullicioso y alegre

que disputaba á voces en la escalera con sus acreedores y hablaba siempre á gritos, con entusiasmos y cóleras incoherentes. Tenía una cara regular de *rapin* de Montmartre, llevaba la barba en punta y esgrimía dos ojos insolentes y burlones que no desarmaban ante nadie.

Su taller era un hacinamiento de tapices turcos, terciopelos manchados, bronces chinos y muebles antiguos, sobre los cuales yacían cien telas comenzadas. Jean Turpin reinaba sobre aquel desórden, subrayando sus frases con grandes gestos y arrojando bocanadas de humo, con la pipa entre los dientes.

Marcela estaba muy contenta. Turpin decía cosas espirituales, y contaba historias crudas que la hacían llorar de risa. Cuando subíamos al taller, después del almuerzo, Marcela se ponía á jugar á los naipes con Turpin y yo me acurrucaba en un sillón, junto á la inmensa ventana que daba sobre el viaducto de la estación del Norte. Turpin se volvía á veces y me empujaba á tomar parte en el juego. Pero yo me resistía, alegando mi poca afición. La verdad es que me sentía intimidado junto á aquel hombre alegre y conversador que tenía un fondo inagotable de recursos y de anécdotas. Su palabra llenaba toda la conversación. Yo solo dejaba caer de tarde en tarde

un monosílabo, avergonzado de no poder competir con él. Temía que Marcela hiciera comparaciones enojosas entre ambos y comprendía que su pequeño corazón frívolo, se dejaba llevar á una admiración desmedida por aquel amigo verboso.

Mis estudios se resintieron de estas preocupaciones. No me gustaba dejar sola á Marcela. Mis visitas á la facultad fueron ménos frecuentes. Y los libros quedaron olvidados sobre una mesa.

A veces pasábamos el día en el café, jugando al dominó con Turpin y otros pintores y modelos del barrio. Mi carácter retraído y tímido me hacía asistir con disgusto á aquellas reuniones bulliciosas. Pero Marcela se divertía.

Turpin venía también á nuestra casa y entraba de golpe, abriendo todas las puertas y llamándome en voz muy alta « mon cher ami », como si nuestras relaciones datáran de muchos años atrás. No me atrevía á romper con él, porque temía el enojo de Marcela y porque yo mismo empezaba á sufrir su ascendiente. Además, me humillaba el pensamiento de que mi querida podía vacilar entre los dos. Un orgullo malvado me inducía á aguardar, seguro de que nadie podía suplantarme.

Cuando me encontraba á solas con Marcela

llegaba hasta afectar sincera amistad por Turpin y á elogiar su buen humor, como si no temiera nada. Marcela se dejaba llevar por su admiración y pasaba revista á los últimos chistes del pintor, reanudando sus risas locas. Solo una vez pareció notar mis inquietudes.

— ¿Por qué no hablas, cuando estamos en el taller? — me dijo.

Yo la contesté que era mi carácter, que nunca había podido ser bullicioso, pero que sin embargo pasaba muy buenos ratos en compañía de nuestro amigo.

— ¿Y por qué no puedes ser tú también como él? — insistió, pensando en algo muy lejano. — Si consintieras en abandonar tu eterna tristeza, nos aburriríamos ménos.

Entonces empecé á comprender que todo estaba perdido. Marcela se acicalaba todos los días con mayor cuidado y solo estaba verdaderamente alegre en compañía de Turpin. El pintor parecía no reparar en Marcela y la trataba como á un camarada de taller. Pero la caída era inevitable.

Confieso que pasé muchas noches sin dormir, tratando de marcarme una línea de conducta. Mi voluntad oscilaba entre dos resoluciones: alejar á Marcela de aquella casa, ofreciéndole un viaje

que me permitiría rehacer mi dominación ó dejar que se desenvolviese el proceso de aquella enfermedad y aguardar con paciencia el desenlace inevitable. Tuve un instante la idea de abofetear á Turpin, insultar á Marcela y mudarme á otro barrio, á otra ciudad, volver quizá á Rusia. Pero desde hacía un mes estaba viviendo en plena novela y quise tener la constancia de no abandonar mi papel hasta el desenlace. Me imaginaba ser el Alberto ó el Luis de los folletines de todos los diarios, y suponía que el público asistía á mi intriga y la seguía con ojos curiosos, discutiendo mi actitud, como en un proceso. Por instantes me acometía un violento deseo de matar. Evocaba la *mise en scène* obligada del flagrante delito y realizaba mentalmente el crímen, para satisfacer á mis espectadores imaginarios. Cuando recobraba la calma, comprendía la locura de todas mis suposiciones. Marcela no me había engañado todavía. Me constaba; puesto que no la abandonaba un minuto. Pero la *infidelidad moral* que había sorprendido, paralizaba todos mis proyectos de arreglo. ¿De qué me serviría emprender un viaje y cambiar de casa, si el mal no estaba en Turpin, sino en Marcela? El peligro viajaría con nosotros. Marcela se aburría. Aquella mujercita menuda y frágil no se amoldaba á la

placidez de mis costumbres hoscas. Quería luz, aire y muchas risas. Valía más abandonarla á sus preferencias y aprovechar esa ocasión imprevista de romper mis compromisos y reanudar mi libertad y mis estudios. Recién entonces me apercibí de que amaba á Marcela. Comprendí que esa mujer me había encadenado á su vida. Y me abandoné sin freno á mi pasión, obstinándome en aplazar el golpe.

Marcela se apercibió de mi vigilancia y me lo hizo comprender. Su carácter se tornó desigual y violento. Mi presencia constante la irritaba. Hasta que una noche me reprochó el abandono de mis estudios y me aconsejó que volviera á la facultad.

Era imposible seguir prolongando la situación. Recuerdo que encontré medio de fingir una sonrisa alegre al besarla en la boca.

— Tienes razón, — le dije, — tus palabras me prueban que te ocupas de mi porvenir. Mañana reanudo mis estudios.

Pero mi resolución estaba tomada. Fuí hipócrita por una de esas aberraciones increíbles que nos llevan á desear apurar el sufrimiento hasta el fin. Quería estar seguro, *ver* la traición y comprometer definitivamente mi dignidad de polichinela. Poseía todos los detalles de lo que iba á

ocurrir. *Sabía* que mi primer ausencia sería la ocasión que Marcela acechaba desde hacía tanto tiempo. Sin embargo, me decidí á favorecer mi pérdida. Hay momentos en que flota en torno nuestro algo tan irremediable, que vale más abandonar toda resistencia y desencadenar voluntariamente la catástrofe.

Aquella noche fingí dormir mejor que nunca y á la mañana siguiente me levanté muy tranquilo y bajé las escaleras, con un libro bajo el brazo.

Fué la eterna historia. Seguí por la acera hasta doblar la calle, aguardé media hora en un café de la vecindad y volví sobre mis pasos. Al llegar á la escalera me arrepentí de regresar tan pronto. Volví á salir y caminé mucho tiempo por las calles. Cuando me pareció que el golpe era seguro, volví á entrar. Subí las escaleras muy despacio y abrí la puerta. Nadie salió á recibirme. Entré y lo revolví todo. En el espejo del armario, me sorprendí una risa muda que me dió miedo. Entonces me senté al borde de la cama y me quedé con los ojos fijos en la alfombra.

De pronto me levanté, buscando una arma. Volví á tener la sensación de que habia un público que me espiaba, escondido detrás de los

muebles y de que era necesario hacer grandes gestos. Encontré un revólver y lo escondí en mi bolsillo. No tenía ninguna resolución formada. Solo me dirigía una voluntad imperiosa de *ver*. Sin embargo, subí lentamente la escalera que me separaba del taller de Turpin. Puse la mano en el picaporte. La puerta no tenía llave. Y entré.

IV

Con una mirada abarqué toda la escena. Marcela estaba sobre un diván, fumando un cigarrillo y Turpin tenía la misma sonrisa de siempre. Los dos hicieron un gesto de contrariedad, como niños que se ven sorprendidos en una travesura. Fué un minuto vacío. Yo aguardaba los llantos y las súplicas con que se adornan estos casos en las novelas. Pero ninguno de los dos pareció tener la noción exacta de lo que ocurría. Esa tranquilidad me desconcertó. Quise hablar, busqué una palabra decisiva para fulminarlos, pero no encontré nada. Entonces saqué el revólver y apunté.

Todo fué muy rápido. Turpin tuvo apenas el tiempo de precipitarse sobre mí y arrebatarme el arma. No sé lo que ocurrió después. Me encontré sentado en una silla, enjugándome la frente con el pañuelo. Marcela sollozaba sobre el diván, escondiendo el rostro entre las manos. Y Turpin estaba sentado frente á mí.

Un gran silencio reinó en el taller. Parecía que hubiera muerto álguien. Los trenes de la estación del Norte, pasaban por el viaducto lanzando sílbidos locos, como si pidieran auxilio. Tuve la tentación de abrir la ventana y arrojarme sobre la vía férrea. Pero una bocanada de cólera me subió á la garganta. Fué una válvula abierta. Me desaté en injúrias. Parecía que todo lo que había callado en mis silencios resurgía simultáneamente, en un torrente de palabras duras. Los cubrí de lodo y les escupí frases infames.

Turpin escuchó en silencio y se encogió de hombros. Luego me miró fijamente, con una seriedad que yo no esperaba de él.

— No sabe Vd. una palabra de la vida, — me dijo, — conversemos. Siempre nos quedará lugar para insultarnos. También tuve un tiempo en que me obstiné, como Vd., en vivir mis novelas favoritas. Fuí entusiasta, enamorado, celoso, provocador, espadachín... pero la filosofía de los hechos, me ha obligado á buscar terrenos más sólidos. Vamos á cuentas. Vd. es un estudiante á quien falta un año para terminar la carrera y que así que consiga el título de doctor partirá para Rusia. Ahora bien ; ¿si es indiscutible que dentro de un año se dispone Vd. á abandonar á Marcela, con qué razón se enfada Vd., por qué

ella se adelanta á su deseo y le abandona á Vd. ahora?

Yo había previsto un crímen, un pugilato, un drama, pero confieso que no había soñado nunca que llegaríamos á conversar tranquilamente.

La actitud de Turpin me pareció tan insensata, que creí que se había vuelto loco. Su manera de encarar el asunto estaba fuera de todas mis suposiciones. Sin embargo, su razonamiento me descubrió una perspectiva desconocida. Era evidente que si yo pensaba separarme de Marcela al terminar el año, Marcela tenía el derecho de elejir otra fecha más próxima. Pero todavía sobrenadaban en mí muchas convicciones atávicas que me llevaban á suponer la omnipotencia del hombre. Me pareció una humillación admitir y sancionar que Marcela podía tener otra voluntad que la mía. Todos mis recuerdos y toda mi educación me hacían suponer que la suma de los derechos residía en mí y que yo era el único dueño de prolongar ó de interrumpir aquellas relaciones... Además, estaba enamorado y aquel amor, como todos los amores, era una racha salvaje que me mordía y me empujaba á ser injusto, violento é inaccesible á la razón.

Todo esto, en un minuto. Entre la pregunta de

Turpin y mi respuesta, no me dió más tiempo que el necesario para responder. Las ideas se atropellaron buscando salida, como animales perseguidos. Tuve que dominar el tumulto para imponerme una sonrisa.

— Perfectamente, — dije, — reconozco el derecho de Marcela. Pero Vd. ¿tenía también el derecho de destruir mi casa y deshacer mi felicidad?

Turpin sonrió desdeñosamente, como si mi argumento estuviera destruido de antemano.

— La madre de Marcela, — respondió con lentitud, — á quien Vds. abandonaron en mitad de la calle, ¿no podría preguntarle á Vd. lo mismo?

Una llamarada de ódio me subió á los ojos. La evidencia de que no tenía razón, me inspiró cierta ferocidad vergonzosa. Todos mis filósofos favoritos estaban ahí, diciéndome á voces que Turpin hablaba como un oráculo y que yo era un majadero. Sentí por primera vez el frío de la vida. Me pareció que había grandes derrumbamientos dentro de mí y que mi corazón se llenaba de escombros. La revelación de que el egoísmo era el alma del mundo, me consternó. Yo había sido criminal con la madre de Marcela; Marcela y Turpin lo eran conmigo. Y el mundo seguía rodando sobre su eje : la mentira.

Entonces dejé caer todas mis cóleras, como un vencido y pregunté :

— ¿Qué hará Vd. con *ella?* — con una voz de fatiga, donde gravitaba toda mi angústia.

— ¿Con Marcela? — repitió Turpin, como si no comprendiese; — ... Marcela es una mariposa y pasará de mi casa á otra casa, como pasó de la de Vd. á la mía. Nadie puede detenerla. Es su destino.

— ¿Entonces, Vd. no la quiere? — interrogué, creyendo que aquello era imposible y que los dos estábamos soñando.

— ¿Yo? — repuso Turpin, encogiéndose de hombros.

Y con cierto tono paternal añadió :

— Este primer ensayo, será una vacuna. Ha estado Vd. viviendo en un París de Eugenio Sué y no conoce el real. Es una fantasía suponer que entre Marcela y yo media un amor y que los tres hemos representado el eterno drama que hace la fortuna de los novelistas. No me conoce Vd., — dijo, mirándome con dos grandes ojos francos que me convencieron. — Desde que habitamos en la misma casa, ha visto Vd. subir á mi taller muchas mujeres hermosas, ¿verdad? — continuó con un extraño acento sincero; — las había rubias y morenas, altas y menudas :

todas se desnudaban en mi taller con la misma facilidad profesional y todas estaban á mi alcance. Habría sido una aberración. Marcela me es completamente indiferente.

No acerté á comprender. En mi cabeza silbaban vientos locos. Tuve la idea inverosímil de que los hombres y las cosas se retorcían en un carnaval extravagante.

— Contesta, — continuó Turpin, dirigiéndose á Marcela, que seguía fumando cigarrillos, — ¿qué ha sucedido entre nosotros desde que estás aquí?

— Subí, — dijo Marcela con su voz tranquila — y dije que quería que hicieras mi retrato. Tú me contestaste que no tenías tiempo. Entonces me dejé caer sobre el sofá y aguardé. Es un proyecto que tengo desde hace muchas semanas. Quiero ser modelo.

Comprendí la realidad y me avergoncé de la vida. Mis veinte años se sublevaron bajo el azote. Quise cerrar los ojos y olvidar todo lo que había visto. Pero las figuras y los hechos siguieron desfilando por la imaginación, en pelotones de escoria. Pensé que todo había concluido y supliqué á Turpin que me devolviera el revólver para matarme.

Marcela me vió llorar y se sacó el cigarrillo de los labios:

— Eres un imbécil, — me dijo, desatando todos sus instintos contenidos; — si no me puedes pagar los trajes que quiero, ¿por qué te enfadas? Tu vida modesta es muy estrecha para mí. Soy jóven y hermosa y quiero ser libre. ¿Creías que me iba á eternizar en tu quinto piso? Puedes vanagloriarte de haberme aburrido demasiado. Tus libros y tus sermones me han hecho perder tres meses de juventud. Si no lo has comprendido antes, es porque eres ciego. Estabas siempre conmigo y no veías mi pensamiento. He tenido que aprovechar tu ausencia para evadirme. Estoy aburrida de esa vida. ¿Lo oyes? *J'en ai soupé de ta boîte!*

El taller se había llenado de sombra. Turpin me impidió contestar, empujándome hasta la salida. Al tenderme la mano, se encogió de hombros como era su costumbre y:

— Esa es la hembra, — me dijo en voz baja, señalando el cuerpo de Marcela, que, en la penumbra, parecía una serpiente.

V

Cuando entré á mi cuarto, me dejé caer sobre la cama. Estaba fatigado, como si hubiera caminado muchas leguas. Tenía fiebre y me parecía ver animales raros que corrían sobre los muros. Un frío glacial serpenteaba sobre mis espaldas. Y mis ideas eran confusas, como después de una pesadilla.

Traté de darme cuenta exacta de lo ocurrido y me impuse la tarea de deletrear los hechos para comprenderlos bien. Había vivido tres meses en plena ilusión de imposible, creyendo que Marcela compartía mis gustos y podía ser feliz en mi modesta habitación de estudiante. Había ignorado tercamente sus tendencias más fáciles de adivinar. Y me había improvisado con cuatro mentiras voluntarias, un pequeño paraíso de vidrio que debía romperse al menor tropiezo. Toda mi perspicácia se había reducido á cerrar los ojos. Toda mi sabiduría, á creer eterno lo que era fugáz. Y los reproches eran

vanos. Mi error había sido amar á Marcela. Sus coqueterías, sus desvíos, sus largos silencios, todo, debió hacerme sospechar la verdad. Había estudiado cinco años de filosofía y me dejaba engañar como un niño. Era un sarcasmo. Pero lo que me despistaba y me dejaba perplejo entre tantas incongruencias, era la manera imprevista de desatar el nudo. Si Marcela hubiese huido con otro ó se hubiese refugiado en casa de un nuevo amante, su resolución me hubiera parecido más lógica. Lo que me consternaba era su deseo inverosímil de salir á la calle para librarse á la casualidad. Trocaba el rincón caliente de nuestra casa por un puñado de quimeras. Quizá corría ella también trás una ilusión, que yo no podía adivinar porque estaba atado á mi egoísmo. Tuve la idea de advertirle que perseguía una sombra y detenerla y forzarla á volver sobre sus pasos. Pero comprendí que era imposible. Toda mi piedad, era impotente para luchar contra el destino. Marcela estaba perdida.

Entonces pensé en la filosofía extraña de Turpin, que parecía asistir á la vida como á una cosa insignificante y teatral que dependía de sus pinceles. Todos los sufrimientos le eran al propio tiempo desconocidos y familiares. Tenía una sonrisa para todas las penas. Y experimenté un

deseo violento de ser como él, de pasar por las calles como un extraño, ajeno á la lágrima y al goce, relleno de indiferencia como un muñeco.

Mi sensibilidad se había exasperado en las largas soledades anteriores á mi encuentro con Marcela. Juzgué que después de la crísis, todo volvería lentamente á su cauce. No había nada irreparable en mi aventura. Al terminar el año, regresaría á Rusia con el título de doctor. Mis paisajes familiares me harían olvidar muy pronto lo ocurrido. Y llegué á creer que podría ser feliz...

Un campanillazo violento me despertó. Mis nervios me empujaron y corrí á abrir, aturdido, presintiendo una nueva desgracia. Era Marcela.

Mil ideas inverosímiles se combatieron dentro de mí. Pensé un minuto en que se había arrepentido y volvía. Pero me saludó fríamente. Venía á buscar su ropa. Entró á *nuestro* cuarto, abrió el ropero y seleccionó sus camisas, sus enaguas, sus vestidos... A medida que los sacaba, los iba amontonando sobre las sillas, sobre la cama ó sobre la mesa, con una lentitud que acrecía mi tortura. Luego trajo un baúl y continuó su tarea.

Yo la dejaba hacer, siguiéndola con los ojos, como un demente. Toda mi resignación, había

desaparecido. La cólera volvía á renacer dentro de mí. A veces pensaba en arrojarme sobre Marcela para oprimirle el cuello y ahogarla. Otras veces quería caer á sus piés y abrazarle las rodillas, para recordarle nuestro amor y suplicarle que no me dejára solo. Por momentos me imponía la voluntad de permanecer indiferente y estudiaba, para el instante del « adios », un frío saludo amistoso. Pasé en revista todas las actitudes posibles y no encontré ninguna adecuada á mi caso. Para distraer mis nervios, encendí la pipa.

Lo que más me lastimaba era el silencio de Marcela. El cuidado meticuloso con que disponía sus ropas en el baúl, me parecía una provocación y un medio imaginado para torturarme. Cuando la ví contar los pañuelos, no pude contenerme :

— ¿ Piensas que te he robado alguno ? — le dije, con un tono brutal que me desagradó cuando lo oí.

Había algo que me empujaba, apesar mío, á provocar una disputa.

Marcela me miró con sus ojos vacíos de amor y de ódio. No pareció sentir el insulto. Y siguió ordenando su equipo, sin desplegar los labios.

Entonces me precipité sobre ella y la derribé,

injuriándola, como un hombre vil. Fué una escena salvaje. Marcela se sirvió de su vocabulario de arrabal. Nuestras bocas vomitaron palabras innobles. Y luchamos un minuto, como dos bestias. ¡ Todo por un beso, el último !

— ¿ Y qué has ganado al fin ? — me preguntó sencillamente, cuando se levantó con los cabellos sueltos y el corpiño desceñido, después de la lucha.

Comprendí que tenía razón y me escondí en la sombra, avergonzado. Mi humillación me ardía en la mejilla. Traté de penetrarme de la idea de que todo estaba irremediablemente perdido. Y me dejé caer, exausto, sin voluntad.

Marcela se volvió á peinar ante el espejo y siguió arreglando sus trastos.

Cuando encontró la fotografía que yo le había dado el més anterior con una dedicatoria, se volvió para preguntarme :

— ¿ Me la das ?

Yo hice un gesto negativo y ella la colocó sobre la mesa.

Después cerró el baúl, le echó llave y se sentó encima, como si aguardára. Yo me obstiné en no hablar. Pero ella rompió el silencio.

— No me guardes rencor, — me dijo como si siguiéramos siendo los mejores amigos; — tú

debes terminar tu carrera, yo debo pensar en la mía. Es justo que nos separemos como nos encontramos, fríamente, cediendo á una necesidad cuya causa no podemos adivinar. Tú pensabas dejarme en Junio, yo te dejo en Enero. Y es mejor que sea así. No ganaríamos nada con prolongar una agonía. Tus palabras y los libros que me has obligado á leer, me han enseñado muchas cosas. Nuestro amor habría sido eterno, si el mundo no hubiese existido. Pero todo conspira para separarnos. El ejemplo de lo que vemos me lleva á mí hácia el lujo y las modas y á tí hácia el renombre y los honores. Somos dos prisioneros de lo que existe. Tú pensabas sacrificarme mañana, porque soy un obstáculo para tus ambiciones. Yo te sacrifico ahora, por que tú también lo eres para las mías. Cada cual trata de salvar su esperanza de porvenir, que es lo único que nos hace seguir viviendo. Si quieres escuchar mi franqueza, somos dos pobres diablos y nos quemaremos en la llama. Pero esa insensatez, es nuestra razón de vida. Debemos evitar los grandes gestos y abstenernos de ahuecar la voz para representar nuestros ridículos dramas pasados de moda. Entre tú y yo, hay algo irreparable. Parece que un mónstruo nos cierra el paso en medio del camino, indicándonos rumbos dife-

rentes. De nada nos valiera resistir... Mañana ó dentro de veinte años, nos volveremos á encontrar. Tú estarás bajo mis piés ó yo bajo los tuyos. Y una extraña fatalidad nos seguirá empujando á lastimarnos y herirnos en nombre de ilusiones de porvenir.

— Mira, — concluyó, como si arrugase en el hueco de la mano todas sus ideas y las arrojase al fuego, — separémonos como dos viajeros en una estación, después de muchas horas de marcha. El tren silba y huye y solo hay tiempo de agitar la mano desde la ventanilla, gritando una última palabra que nunca se oye. Alejémonos con la ilusión de que se nos ha quedado algo por decir.

El cuarto estaba completamente oscuro. Encendí la lámpara y acompañé á Marcela hasta la salida. En el descanso nos dimos un beso y todo concluyó. Media hora después, entró un mozo de cuerda que se llevó el baúl. Y me quedé solo.

— Pero, — dije, improvisando un epílogo, — el tiempo se ha encargado de borrar esos recuerdos con otros.

— En tres años he vivido mucho, — repuso Venosta, sintiendo no acceder á mi opinión; — pero esa historia resurge entre las demás, como ciertos colores vivos que es difícil recubrir con otras capas de pintura. Sin embargo, todo

ha cambiado en torno nuestro. Marcela ha debido cambiar también, como yo. Quizá hemos vuelto á encontrarnos y no nos hemos conocido. Quizá es la mercenaria que he tenido anoche en mis brazos.

EPÍLOGO

(De un artículo del conocido escritor francés François de Nion, publicado en *La Prensa*, de Buenos Aires, el 18 de Noviembre de 1901.)

« Puesto que estoy en el terreno de la literatura argentina, conviene que lo aproveche para decir el placer que me ha causado la lectura de un libro del Sr. Manuel Ugarte que se titula *Paisajes Parisienses.*

El título está justificado, y no creo que nuestros autores preferidos por el público parisiense y hasta *boulevardier*, tengan siempre el arranque y la observación precisa que se encuentra en este volúmen escrito en la lengua de Cervantes.

¿ Pero qué digo? ¡ La lengua de Cervantes! Creo que el ingenioso Saavedra se sorprendería mucho de ese castellano, y, que si saboreara la

nerviosidad, la precisión y el color, se indignaría un tanto de su numen pimentado, de la osadía de las expresiones y de los giros que el autor emplea para pintar y esculpir, para animar sus preciosas y singulares figuras.

El prologuista del libro, Sr. Miguel de Unamuno, se esfuerza aquí, como en sus artículos de la *España Moderna,* por señalar la influencia de corrientes modernas sobre el castellano puro, en la innovación de las figuras de pensamiento, de las asociaciones de las palabras, en el empleo del neologismo y de la expresión ultracoloreada.

Pero no estoy de acuerdo con él cuando reprocha amistosamente al autor de los *Paisajes* que algunas de sus frases son « pura y exclusivamente francesas ».

Si dijera modernas, el reproche caería, se convertiria en un elogio, y sería justo. Es hacer, creo, á la lengua y á la literatura francesa un honor merecido, atribuirles las cualidades escrupulosas de observación, el cuidado de la palabra adecuada, la pasión de hacer vivir y reflejar los matices; pero es manifestar una severidad exagerada el decir que un escritor que se inspira en estos principios, es un transpositor del francés al español ó á

cualquier otra lengua. Que la fórmula ó la iniciativa sea nuestra, convengo en ello; pero la única preocupación de querer lo más precisa y fielmente expresar el pensamiento y la apariencia, pintar la atmósfera y la decoración, hacer mover los resortes de la vida en lo físico y en lo moral, eso basta para crear esas cualidades ó esos defectos fuera de toda imitación. Tan pronto como se quiere escribir á la « moderna », se emplean estos procedimientos, pero por eso no se « afrancesa ».

Hay en las rápidas narraciones del Sr. Ugarte páginas de ironía ó de emoción, de ternura ó de censura, palabras del corazón, descripciones cortas y vivas, que hacen de ellas una obra original y vigorosa... »

FIN

ÍNDICE

5289-6-08 — Paris. — Imp. Hemmerlé et Cie.

END

PL

RE

OF REE

EASE

WIND